

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



MEMORIAL RAMÓN ORLANDIS, S.I. (en el 50 aniversario de su fallecimiento)

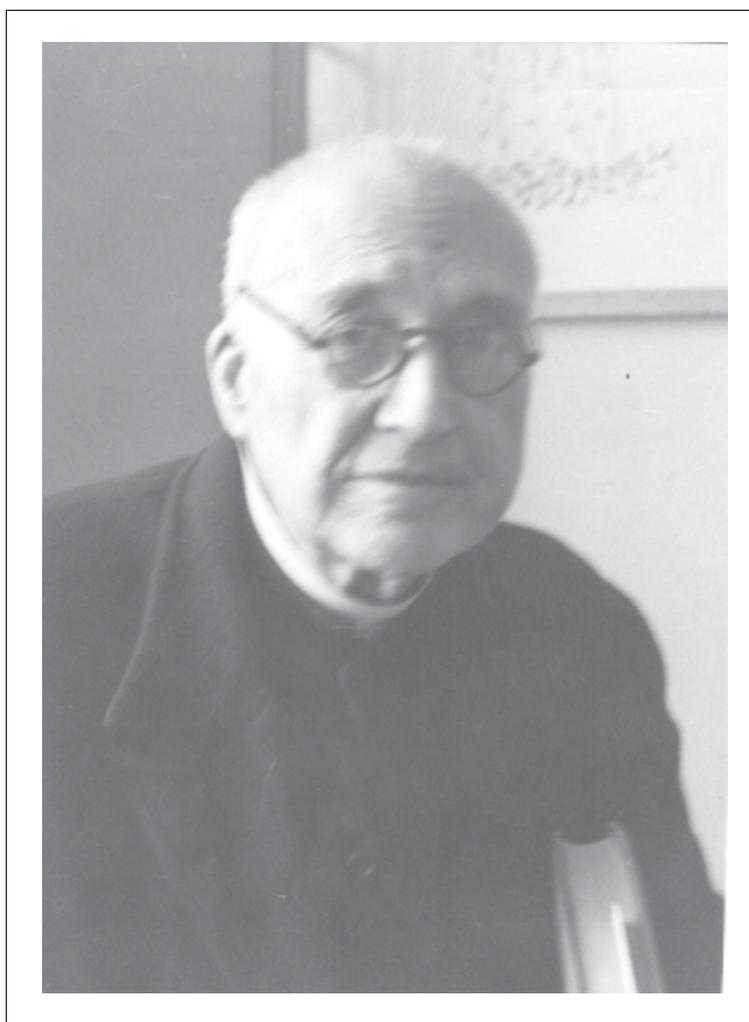
La vocación
apostólica del padre
Orlandis

Testimonios de
un carisma fecundo

Recuerdos de infancia
del padre Orlandis

Pensamientos y
ocurrencias

Un optimismo
sobrenatural



«Esta es la necesidad más urgente de nuestro tiempo: sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice. Esta vida sobrenatural es la que trae consigo el reinado de Jesucristo; ésta es la que implora sin darse cuenta la indigencia de nuestro tiempo, ésta es la que reclama el alma de nuestra sociedad.»

Año LXV- Núm. 921
Abril 2008

RAMÓN ORLANDIS, S.I.

Sumario

Pensamientos y ocurrencias <i>Ramón Orlandis Despuig, S.I. (†)</i>	3
¿Somos pesimistas? <i>Ramón Orlandis Despuig, S.I. (†)</i>	7
«El magisterio del padre Orlandis es un magisterio de seriedad, es un magisterio de sobrenaturalidad y es un magisterio de cristiandad» <i>Pedro Suñer, S.I.</i>	13
El padre Ramón Orlandis Despuig <i>Francisco de P. Solá, S.I. (†)</i>	15
La Hermandad de Hijos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, fruto del carisma apostólico del padre Ramón Orlandis <i>Antonio Pérez-Mosso Nenninger, hnscc</i>	21
Continuador del padre Ramière <i>Francisco Canals Vidal</i>	23
Recuerdos de infancia del padre Orlandis <i>Teresa Lamarca</i>	31
Un optimismo sobrenatural <i>Pere Basil Sanmartí (†)</i>	34
Setenta y cinco años <i>José María Petit Sullá (†)</i>	36
La vocación apostólica del padre Orlandis <i>Francisco Canals Vidal</i>	38
El padre Ramón Orlandis, el maestro que se hizo niño <i>Gerardo Manresa</i>	44

GRATITUD POR UN CARISMA FECUNDO

EL pasado día 12 de abril nos reunimos, en el Centre Borja de Sant Cugat del Vallès, ciento sesenta personas en los actos del Memorial Padre Ramon Orlandis, con motivo del cincuentenario de su fallecimiento. En una época de multitudes casi exclusivamente para lo inmediato y vano, sabemos qué significan estas cifras; significan que una semilla sembrada hace más de medio siglo ha fructificado, ha crecido y está dando el ciento por uno. Entre los asistentes había gentes de todas las edades, venidas de toda Cataluña, de Madrid, de Navarra, del País Vasco; se recibieron adhesiones de toda España y del extranjero, de muchas personas que no conocieron al padre Orlandis, pero que se consideran sus discípulos. A la hora de los parlamentos, pudimos escuchar todavía el testimonio de algunas personas que conocieron en vida al padre Orlandis. Pero, estas manifestaciones, que en términos humanos podríamos calificar de «éxito», debemos, como quería siempre el padre Orlandis en todo, «sobrenaturalizarlas». Lo que nos mueve no es el simple recuerdo de un hombre genial, sino la vigencia perenne de un mensaje que el padre Orlandis, como pocos en estos tiempos de desencanto pesimista, de fracaso del hombre en tantos ámbitos, supo proclamar e inculcar a un «resto» de fieles discípulos: que Dios tiene corazón y que en él está la única esperanza del hombre. Para ello bastaba con recibir el mensaje de Paray-le-Monial con aquel espíritu con que santa Teresa del Niño Jesús acogía, desde la nada y la impotencia, el Amor de Dios.

La obra del padre Orlandis ha demostrado que este mensaje, con sus matices propios, es apto para todos los hombres: padres y madres de familia, estudiantes y profesores de ciencias especulativas o prácticas, profesionales de todos los ámbitos, sacerdotes, religiosos y religiosas de vida contemplativa o activa. Así lo describió José M^a Petit en el año 2000, al conmemorar el setenta y cinco aniversario de Schola Cordis Iesu, la herencia fundamental del padre Orlandis: «La obra del padre Orlandis se vislumbra, cada vez más, como intrínseca y, por ello, no sólo perennemente válida, sino especialmente adecuada para nuestro tiempo. El padre Orlandis nos dio un ideal –verdad– para toda la vida, una luz –camino– para todos los problemas, una fuerza –vida– para todos los acontecimientos».

Quisiéramos explicar, en estas páginas, una vez más, quién fue y qué representa hoy el padre Orlandis. La falta de espacio limita describir el carisma del padre Orlandis. Pero los testimonios que hemos recogido y que publicamos, expresan, quizá más que los posibles profundos artículos, su fecundidad. Hemos querido también reproducir algunos de sus –relativamente escasos– textos. Los dos que siguen, «Pensamientos y ocurrencias» y «¿Somos pesimistas?», nos han parecido decisivos para conocer sus anhelos y sentimientos.

De su fecundidad debemos dar gracias al Sagrado Corazón: a través de la obra del padre Orlandis son muchos los bienes que hemos recibido todos los que nos sentimos sus discípulos, y que a través de estas páginas, humildemente, queremos irradiar hacia todo el mundo.

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^a
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Pensamientos y ocurrencias*

RAMÓN ORLANDIS DESPUIG, S.I. (†)

HACE cosa de diez años, se me fue presentando al pensamiento un como esbozo de agrupación, así de varones como de mujeres; esta agrupación se me antojaba que había de ser aquella *legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del Amor Misericordioso* de Dios, objeto de los deseos y de las esperanzas de santa Teresita del Niño Jesús.

Estas almas, por la luz que del cielo recibirían, tendrían una comprensión íntima de la devoción genuina al Corazón de Jesús y de los designios que ha tenido Jesús al pedirla. Estas almas arderían en celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas y, conectoras de la realidad, profundamente desengañadas de sus propias fuerzas y valer y también de la eficacia de los medios semihumanos y ordinarios que nuestra pobre razón puede excogitar para hacer frente a las circunstancias y dificultades extraordinarias de nuestros tiempos, pondrían para su apostolado toda la confianza en el medio que el mismo Divino Redentor nos ha dado para vencerlas: la práctica y difusión de una sincera devoción al Sagrado Corazón de Jesús, según las normas y caminos que Jesús se ha dignado señalarnos.

Verdadera inteligencia de la devoción al Corazón de Jesús

PARA mejor comprender lo que entendía yo por devoción sincera al Corazón de Jesús, convendrá indicar tres etapas por las cuales, desde que esta devoción se hizo pública y universal, se ha ido, a mi parecer, providencialmente desarrollando.

La primera la marcan las revelaciones de Paray-le-Monial; la segunda, los escritos y obras del padre Enrique Ramière; la tercera, la difusión de los escri-

* Escrito en 1934 y expresivo del carisma apostólico del padre Orlandis, fue primero multicopiado en 1942 e impreso por primera vez en *Cristiandad*, núm. 269, de 1 de junio de 1955.

tos y la propagación de la devoción de santa Teresita del Niño Jesús.

1) La primera etapa es la de Paray; es la manifestación al mundo del Sagrado Corazón, de sus íntimos pensamientos, afectos y designios y de los tesoros de gracias, de santificación y salvación que encierra y quiere derramar sobre los hombres; es la petición de parte de Jesús de un especial culto y devoción, que se tenga y se tribute a su Corazón de

hombre y a su Corazón de Dios; es un quejarse Jesús amorosa, pero acerbamente de la ingratitud y ceguera de los hombres, que corresponden a su amor con olvido, desvíos, menosprecios e injurias, y no quieren recibir los beneficios y gracias que Él anhela concederles; pero, además, es una verdadera profecía de que Él reinará en el mundo a pesar de sus enemigos y esto porque por esta nueva redención destruirá el imperio de Satanás y sobre las ruinas del mismo levantará el imperio de su Amor.

Esta primera manifestación es por cierto atrayente, alentadora y llena de amor; pero en los escritos de santa Margarita María aparece como sobre un fondo de aus-

teridad y aparente dureza; es una revelación de Dios en su *Santidad de Amor* y en su *Santidad de Justicia*, que mal entendida puede dar ocasión a que las almas débiles y enfermizas de nuestros días se arredren y queden dudosas y perplejas.

2) La segunda etapa, considero yo que la marcan los escritos y las empresas del padre Enrique Ramière (del santo padre Ramière, como le llamaba el padre Gignhac). Los escritos: *Apostolado de la Oración*, *Esperanzas de la Iglesia*, *Reinado social de Jesucristo*, *El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano*, etc.; las empresas: *Apostolado de la Oración y Liga del Corazón de Jesús*, *Mensajeros del Sagrado Corazón*, consagración individual y social al Corazón de Jesús. La entronización difundida por los padres de los Sagrados Corazones, según declaración apostólica, no se distingue sustancialmente de la consagración propagada por el padre Ramière.

Todos los escritos y todas las obras del padre Ramière no son sino un desarrollo de lo que ya en



germen se contenía en los escritos de santa Margarita María; pero el padre Ramière, buen conocedor de las dificultades y peligros de nuestros tiempos, lleno por una parte de celo y de caridad verdadera y por otra del sentimiento de la impotencia de los esfuerzos humanos; pertrechado con una buena provisión de ciencia teológica y social, y sin duda dirigido y llevado del Espíritu de Dios, propone todo un sistema de ciencia espiritual y de sociología sobrenatural. Este sistema puede reducirse a pocas verdades fundamentales y aun cifrarse en dos principios, que son: el primero, el Corazón de Jesús es el centro de toda vida cristiana y espiritual, por ser fuente y origen de todas las gracias y dones que Dios hace al hombre, de todos los beneficios que le otorga en orden a su santificación y *divinización*; el segundo: el Corazón de Jesús es principio único y divinamente eficaz de toda restauración y renovación social en el reinado de su Amor.

Lógica consecuencia de lo dicho es que todo el esfuerzo del padre Ramière, así en sus escritos como en sus empresas, vaya ordenado a acercar a los hombres a Cristo y a su Corazón sagrado por la oración humilde y fervorosa y por la consagración o entrega sincera, consciente y amorosa de sí y de sus cosas; y esto se empeña en que lo hagan no sólo como individuos, sino también como miembros de la familia y de la sociedad a que pertenezcan, para que en ellas reine Cristo. El padre Ramière, profundo sociólogo, ve al mundo abocado a una catástrofe que tiene por humanamente inevitable; pero cree firmemente que Dios la puede evitar y aún para el caso que Dios la permitiera, estima como prenda segura de la subsiguiente espléndida restauración, la devoción al Sagrado Corazón y las promesas a ella vinculadas.

Nótese que en la doctrina del padre Ramière es sustancial la relación íntima que descubre entre la devoción al Corazón de Jesús, tesoro y fuente manantial de todas las gracias, y la devoción a la Persona Divina del Espíritu Santo, Gracia increada, como dicen los teólogos, Don primordial e infinito de Dios, que recibimos en la justificación y en la santificación. Esta relación que abiertamente hace resaltar el padre Ramière, la vemos ya insinuada en las revelaciones de Paray.

También es muy de considerar en la doctrina espiritual y social del padre Ramière, la intervención que atribuye en la obra de la santificación de las almas y en la realización de los planes salvadores de Jesús a su Madre y Madre nuestra María Santísima. La presenta de una manera precisa como medianera entre Dios y los hombres en la dispensación de la gracia.

3) En la forma que tiene santa Margarita María de proponer la devoción al Corazón de Jesús y aun

en su mismo estilo, hay un no sé qué de heroísmo y austeridad, que bien podría ser que arredrara a no pocas almas enfermizas y pusilánimes de nuestros días.

En los libros del padre Ramière se encierra una tal luz y profundidad de doctrina, que bien pudiera no estar al alcance de no pocas inteligencias débiles, de no pocos espíritus anémicos y apocados.

A estas almas pobres y débiles, miopes y enfermizas, quiere que llegue también su llamamiento misericordioso el bondadoso Corazón de Jesús, que invita a su banquete a los ciegos, cojos, etc., y les sana como Médico divino. Como mensajera de sus misericordias inefables con estas almas débiles y pequeñas envía el misericordioso Jesús a santa Teresita, para que reciban aliento, luz y confianza los pobres enfermos de espíritu, tal vez menospreciados o desahuciados de sus maestros y médicos.

Todo el fondo de santa austeridad y severidad de santa Margarita María, toda la elevación y profundidad de doctrina, de anhelos de esperanzas del padre Enrique Ramière, podrá descubrir en los breves y fragmentarios escritos de la Santita de Lisieux quien lea una y otra vez sus palabras, humilde y amorosamente. Mas, reparte ella sus enseñanzas y exhortaciones como envueltas y empapadas en su sonrisa angelical, que es de tal sencillez y agrado, que parece un reflejo viviente y sensible de la ternura del Corazón de Jesús para con los pequeñuelos. Por otra parte, sus enseñanzas van propuestas con tan sencilla llaneza y claridad transparente, que no hay espíritu, por poca cosa que sea, que no pueda hallar allí su alimento acomodado, luz que le guíe y no le ciegue. Y así son incontables las almas, antes decaídas y acobardadas, que atraídas y alentadas por el atractivo celestial de la Santa y lo consolador de su doctrina, han cobrado alientos increíbles para subir por el *ascensor* de la humilde y suave confianza hasta la más elevada cumbre del amor de sacrificio; desde el humilde y sencillo sentimiento de su nada y de su impotencia, por el camino de *la infancia espiritual*, sembrado de rosas con espinas, hasta la entrega eficaz, perfecta y absoluta de sí al Amor Misericordioso de Dios. Santa Teresita no sermonea incesantemente sobre la utilidad y necesidad de la devoción al Corazón de Jesús; tampoco teoriza sobre los principios dogmáticos y espirituales en que tal devoción se funda. Pero de la lectura de sus escritos nace espontáneamente en el alma, tan santa, dulce y salvadora devoción, porque el espíritu verdadero de la misma unge y embalsama sus palabras y en ellas el alma que antes no conocía el Amor, lo siente, lo ve y lo gusta.

Las almas tibias y sutilmente sensuales cogerán quizás de las enseñanzas de la Santa sólo las flores

con que las cubre y así distarán mucho de su espíritu, pensando que lo conocen y poseen; pero las almas débiles y humilladas, no; éstas encontrarán en las palabras de la Santa lo que antes tal vez buscaban en balde, el remedio de sus males: el Amor Misericordioso del Corazón de Jesús.

Allí conocerán con nueva luz a María, Madre de Gracia y de Misericordia; allí de una manera singular al Espíritu de Dios, al *Espíritu de Amor*, como suele hablar la Santa, en el cual llamamos a Dios, padre. De esta manera el alma se embeberá en estas devociones que son fondo y complemento de la devoción al Corazón de Jesús.

Por lo dicho se entenderá cómo concebía yo el espíritu y la formación de los que formaran *la legión*. Penetrados íntimamente del valor espiritual y social de las revelaciones de Paray, no vacilarían un punto en aceptar como principal medio de su propia santificación y también de su apostolado el cumplimiento interno y externo, fervoroso y exacto, de los encargos y peticiones que en ellas hace el Sagrado Corazón ni en esforzarse en vivir del espíritu que las anima, ni en poner siempre ante los ojos el ideal sublime que las impulsa y dirige. Encariñados con

las gracias y luces que Dios ha derramado en santa Teresita y en sus escritos, y amaestrados por la experiencia de la virtud espiritual que en ellos se encierra, imitarían su manera de practicar y propagar el espíritu verdadero de la Devoción y de alentarse y esforzarse con sus promesas.

Por fin, no contentándose en cuanto les fuera dado, perezosamente, con la fe del carbonero, procurarían comprender humilde y amorosamente, con el padre Ramière, por qué el Corazón de Jesús es el centro del dogma cristiano y de la vida espiritual y por qué su devoción ha de ser la tabla de salvación en el diluvio de males que nos amenaza y ahoga. Sabrían que no es algo accidental, sino en absoluto esencial en nuestros días el invocar y rendir homenaje a Cristo como Rey de las almas y de los pueblos; la trabazón íntima e indestructible entre la devoción a Cristo Rey y la devoción al Sagrado Corazón, etc., y otros puntos puestos en claro en los escritos del Padre y según estos conocimientos y convicciones más o menos íntimas y profundas, según la capacidad de cada persona y la luz que el Señor le comunicare, determinarían sus miras e impulsarían su acción.

Pareció a quienes concibieron la idea de una conmemoración de la muerte del padre Orlandis que yo no podía quedar ausente de esta tarea. El padre Orlandis, en efecto, fue mi maestro de espíritu y doctrina, en la concepción de la historia universal y en la vocación del trabajo por la realización del Reinado de Cristo en la historia. La continuidad de una tarea centrada toda ella en la idea del Reinado del Corazón de Jesús sobre todas las realidades humanas, que dio sentido a mi vida, deriva íntegramente del magisterio espiritual e intelectual ejercido por el padre Orlandis sobre mí.

No pueden silenciarse las dificultades halladas a lo largo de su vida precisamente en esta tarea. El padre Orlandis no enseñaba sólo especulativamente —con una intención especulativo-práctica— la tarea colectiva de los cristianos de construir una sociedad regida por el ideal del reinado de Cristo sobre ella, lo que implicaba una comprensión de la sociedad y de la historia que muchos llamaban «milenarismo», y bastantes con intención peyorativa y polémica de descalificar con tal epíteto toda esperanza de plenitud de la perfección de la sociedad cristiana en el Reino de Cristo. Esto les llevaba a tener que suavizar y matizar, con actitudes minimalistas, la

misma enseñanza de Pío XI al institucionalizar la doctrina de Cristo Rey del universo, que inevitablemente contenía la concepción de la historia de la humanidad que aquellos calificaban como «milenarismo».

El padre Orlandis, en la elaboración de su teología de la historia, enseñaba esta consumación del Reino de Cristo en la tierra como un contenido teológico que había necesariamente que profesar. Los superiores jesuitas, no favorables a esta enseñanza del padre Orlandis, le relevaron como profesor de teología. El padre Orlandis, aceptando por obediencia esta decisión, encontraría su camino en el Apostolado de la Oración, institución que, desde su fundación por parte del padre Enrique Ramière, se había consagrado a la consecución del Reinado de Cristo en el mundo. Este hecho da un misterioso sentido de unidad a toda la tarea del padre Orlandis.

La vida del padre Orlandis ha de ser para nosotros un ejemplo y un estímulo: ejemplo de servicio al Reinado de Cristo en el mundo; estímulo a no silenciar el imperativo de servicio a Cristo Rey y perseverar, por el contrario, en la que fue su tarea al servicio del Reino de Cristo.

FRANCISCO CANALS VIDAL



EL CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO
PRIMADO DE ESPAÑA

Queridos miembros de "Schola Cordis Iesu":

En el 50 aniversario del fallecimiento del P. Ramón Orlandis Despuig, S.I, quiero expresaros mi adhesión y unión espiritual a la celebración gozosa que tendrá lugar el próximo día 12 de Abril en Barcelona.

Presento con vosotros al Señor mi acción de gracias por el inmenso don para la Iglesia que ha sido la figura y el legado del P. Orlandis, incansable apóstol del Corazón de Cristo, maestro de vida espiritual en la "ciencia del amor, de la confianza y de la infancia espiritual" aprendida en la escuela de Santa Teresita, hombre de profunda esperanza en el poder de Dios sobre los acontecimientos de la historia, y sobretodo sacerdote y religioso que desde el "sentir con la Iglesia" hizo que su vida fuera "en todo amar y servir a su Divina Majestad".

La semilla del P. Orlandis que ha fecundado en Barcelona y en otros lugares de España y de América también hoy está dando abundantes frutos de vida sacerdotal en nuestra diócesis de Toledo a través de las vocaciones sacerdotales que han surgido de "Schola" y a través de la Hermandad de Hijos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Por esta razón también en Toledo nos sentimos agradecidos al P. Orlandis y a su "Schola Cordis Iesu".

Imploro la bendición del cielo sobre "Schola Cordis Iesu", sobre cada uno de sus miembros, desde los más pequeños hasta los más mayores, para que fieles a las enseñanzas de vuestro fundador sigáis siendo para nuestro mundo faro luminoso de esperanza e instrumento a través del cual muchos hombres de nuestro tiempo descubran el Amor Misericordioso del Corazón de Cristo y la presencia materna del Corazón de María.



Antonio Cañizares Llovera
Arzobispo de Toledo

Antonio Cañizares Llovera
Cardenal Arzobispo de Toledo

¿Somos pesimistas?*

RAMÓN ORLANDIS DESPUIG, S.I. (†)

UNA súplica reiterada del director de CRISTIANDAD me ha obligado a escribir el artículo que se sigue, en este día, tercer aniversario de la publicación de la Revista. La razón que ha tenido para hacerme esta petición ha sido el deseo de que la revista se haga cargo de una observación benévola y caritativa, hecha por una persona de calidad y dignísima no sólo de toda nuestra atención y respeto, sino también de nuestro agradecimiento, ya que manifiesta su interés por nuestra obra con palabras y con obras. Y por cierto que entre estas pruebas de interés no pondríamos en último lugar el que se haya dignado hacer la observación de que CRISTIANDAD se hace cargo, con toda la atención y la buena voluntad de que es capaz.

El que suscribe este artículo, en los pocos que ha publicado en la Revista, para nombrarse siempre se ha valido del pronombre plural «nosotros»; no era su intención que el tal pronombre fuera el llamado mayestático, bastante caído en desuso, sino la creencia de que en aquel momento hablaba como intérprete de la mente de todos los que forman el núcleo de la Redacción. Hoy me propongo usar el pronombre singular porque tal vez diré algo que sólo a mi persona singular se puede atribuir.

Debo advertir que como no he tenido el honor de conferir personalmente con quien ha hecho la observación que recogemos, no conozco su pensamiento en forma precisa y clara. Y así no adivino con suficiente seguridad qué es lo que ha hallado en la Revista que pueda haber motivado la observación a que en este artículo se atiende.

Se refiere esta observación a cierto pesimismo que nota en CRISTIANDAD quien nos la hace y que pudiera, según él, producir en los lectores un efecto de acobardamiento con la consiguiente inercia. A través del intermediario así concibo yo el pensamiento de quien nos hace la observación; pero he de confesar que no adivino si este efecto pesimista nace de

lo que dice la Revista o de lo que calla, o del tono con que lo dice. Tal vez hubiera sido más conveniente antes de escribir el artículo, procurar una más exacta información; pero por una parte se me urge para que lo redacte, y por otra, aun sin conocer con precisión la observación que lo ocasiona, me será dado poner ciertos puntos, a nuestro parecer de importancia, en su debido lugar.

Hagamos, pues, la suposición de que se nos dice de CRISTIANDAD que es pesimista en sus maneras de ver, juzgar y hablar, y que esto puede engendrar en los lectores caimiento de espíritu e inacción.

Conste que CRISTIANDAD no tan sólo agradece esta observación y cualquiera otra que se le haga, sino que además tiene propósito firme de examinarse con toda sinceridad y exacción para enmendarse en cuanto le sea posible. Y el que suscribe este artículo, que como en otra ocasión dije, se considera como el curador espiritual de CRISTIANDAD en su menor edad, se siente en la obligación de tener participación en este examen, cuyo resultado habrá de recaer no poco sobre su propia responsabilidad.

Dos puntos de consideración son, a lo que creo, los que ha de poner ante sí al examinar su propio espíritu por lo que se refiere al pesimismo o al optimismo.

1.º ¿Los criterios, los modos de ver y de juzgar de CRISTIANDAD son en realidad de verdad pesimistas?

2.º Dado que no lo sean ¿falta a CRISTIANDAD aquella prudencia que ordena que no todo aquello que es verdad se diga, para no ocasionar males que del conocimiento de lo verdadero pueden seguirse?

Dos pesimismos

EN primer lugar ¿los criterios y los modos de ver de CRISTIANDAD son en realidad pesimistas? Advirtamos ante todo que este calificativo puede tener dos sentidos, lo cual si no se tiene en cuenta, al aplicarse engendra confusión.

Un médico visita a un enfermo y juzga con serena objetividad que la enfermedad es incurable: se dice del dictamen del médico que es pesimista. Hablando con propiedad habría que aplicar el calificativo no al médico ni a su dictamen, sino a la realidad del mal; el dictamen del médico no hace sino afirmar un mal que en realidad existe; tal vez no habrá sido bastante mirado o prudente al manifestar su jui-

* Editorial del número 73 de *Cristiandad*, de 1 de abril de 1947, ocasionado por unas observaciones que le transmitió el director de la Revista, Fernando Serrano Misas. Trabajo decisivo para definir la relación entre la Revista y los ideales apostólicos del padre Ramière, en élse contienen unas vigorosas precisiones sobre el riesgo de debilitación del pueblo cristiano por las actitudes de los católicos liberales, que con pretexto «malminorista» son tenazmente hostiles a la afirmación íntegra del ideal cristiano y a la esperanza en su relaización.

cio delante de personas a quienes la verdad podría ocasionar males, pero esto nada merma de lo acertado del dictamen.

Otro médico se ha ganado merecida fama de impresionable, de imaginativo, de misántropo; visita a un enfermo y diagnostica que el mal es grave, que se ha de temer lo peor. En medio de su aflicción, a la familia del enfermo le queda una esperanza. El médico consultado todo lo ve negro; ¡es un pesimista!, tal vez se equivoca, sin duda exagera.

Esta distinción es absolutamente necesaria para instituir un examen de conciencia en orden a averiguar si en un espíritu o en una conducta influye o interviene el auténtico pesimismo, del cual no es ejemplar el primer médico, sino el segundo.

Presupuesto

CRISTIANDAD, como cualquier publicación que no se avenga a ser anodina, se halla en la necesidad de tener opinión, de manifestarla y de sostenerla, y esto no tan sólo en los problemas generales de doctrina y de principios, sino también en los de hecho. CRISTIANDAD, por ejemplo, con la debida prudencia y moderación, aun a riesgo de equivocarse, ha de intentar comprender la actual situación del mundo y de sus constituyentes y desentrañar los bienes y males, las venturas y desdichas de que para un futuro más o menos próximo o lejano está preñado el mundo actual. Que en los juicios de hecho y de valor a que aludimos pueda influir el sentimiento o el prejuicio es indiscutible, y que en casos aislados influyan es poco menos que inevitable. En tales casos puede decirse que suele errar más quien menos piensa que yerra. Por esto será gran remedio y gran preventivo para no errar o siquiera para errar menos el prestar siempre atención al parecer de los demás, aun de los adversarios, cuánto más de las personas sensatas y benévolas.

De aquí que CRISTIANDAD ante la insinuación amistosa que la nota de pesimismo, no puede menos de preguntarse: ¿en realidad soy pesimista?, ¿influye en mis criterios y apreciaciones ese humor negro, enfermedad de espíritus decadentes y engendradora de anemia e inactividad espiritual?, ¿me parezco al segundo médico?

Optimismo nuclear

A quienquiera que haya leído con atención siquiera mediana los números de CRISTIANDAD publicados hasta ahora, le habrá debido de entrar por los ojos la expresión insistente de una idea, la reiteración incesante de una esperanza:

la idea de la realeza de Cristo, la esperanza de una realización del reinado de Cristo sobre la tierra con una perfección mayor que la que ha alcanzado hasta ahora. Esta idea y esta esperanza estructuradas, o por mejor decir, organizadas, vitalizadas, constituyen un ideal: ideal es éste de luz y de fuerza, ideal de vigoroso optimismo cristiano. Ideal que en lo que tiene de nuclear y esencial no es sino la herencia recibida por la Iglesia, de Cristo y de sus Apóstoles, que encierra el impulso de expansión vital de la verdad evangélica hasta conseguir la adecuación del Reino de Cristo de hecho con el de derecho, o lo que es lo mismo, la aceptación plena del encargo de Jesucristo *docete omnes gentes*: haced que todas las naciones acepten y acaten vuestro *magisterio*, admitan la buena nueva de que sois mensajeros, disfruten de los bienes que en esta buena nueva se les ofrecen.

Cada vez se ve con luz más clara que el deseo de Jesucristo manifestado en su Iglesia y por su Iglesia es que este ideal saludable y levantado penetre no tan sólo en el alma de los sacerdotes y de los religiosos consagrados a Él con vínculos especiales, sino que también oriente y vitalice el espíritu de todo cristiano. No es otra la significación de la Acción Católica. ¿No se habría de definir la Acción Católica como la movilización general del pueblo cristiano? Y, ¿es posible una auténtica movilización general sin que el pueblo movilizado sienta vitalmente el ideal que le moviliza? y ¿es posible el entusiasmo por un ideal, sin la fe en este ideal, en su virtualidad, en la posibilidad de su realización?

Todos los números de CRISTIANDAD son una profesión de fe y de esperanza en este ideal y si en ellos a las veces transpira la indignación contra los malminoristas, por ejemplo, contra los católicos liberales, no es porque CRISTIANDAD ignore u olvide que en ciertas ocasiones, en sobradas ocasiones, por desgracia, es necesario y lícito contentarse y aun acogerse al mal menor, sino porque los católicos liberales de ayer y no menos los de hoy, prácticamente por lo menos, hacen de la hipótesis tesis, alaban y encarecen el bienestar de la Iglesia en las naciones en que se vive en la hipótesis, menosprecian como visionarios a los que aún hoy en día osan hablar del ideal y no pocas veces achacan a la intransigencia de éstos, para ellos visionarios, a su falta de cultura, de comprensión y de caridad, casi todos los males del mundo y de la Iglesia; la severidad y la dureza de trato la guardan para los *intransigentes*, mientras que la amabilidad y aun la melosidad untuosa la reservan para los que hacen necesaria la hipótesis. A los *intransigentes* a duras penas les otorgan la opinión de buena fe, que prodigan a manos llenas a los incrédulos, a los herejes, a los cismáticos. De la condescendencia con éstos parecen esperar todo el bien,

por lo menos el escaso bien con que se contentan. ¿Esta táctica, esta manera de pensar podrá dar otro resultado que el obscurecerse en la mente de los cristianos sencillos la convicción cristiana, que debe rechazar con dignidad todo error en la fe, toda mutilación en la verdad cristiana? Y esas tácticas de esperar el bien de la Iglesia de la alianza con los que, si no están abiertamente contra ella, por lo menos es cierto que están fuera de ella ¿no será causa de que se debilite el espíritu sobrenatural, la esperanza en los medios eficacísimos, en realidad los únicos eficaces, que son patrimonio exclusivo de la Iglesia?

Perdóneme el lector la digresión. Decíamos que CRISTIANDAD, los que forman el núcleo de su redacción, llevan en su corazón el ideal cristiano, y añado ahora que tienen la persuasión de que cuanto más dista el mundo de la plena realización de este ideal, cuanto mayores son las exigencias malaventuradas de la hipótesis, más necesario es conservar puro y vivo en la mente y en el corazón este ideal, y profesarlo públicamente.

León XIII, el gran León XIII, en su luminosa encíclica *Libertas* esto encarga cuando reconoce la necesidad eventual de la hipótesis, la necesidad de acogerse al sistema de las llamadas libertades modernas. *Quod sentit de ipsis Ecclesia, idem ipsi sentiant*, lo mismo que de estas libertades siente la Iglesia, sientan ellos, los católicos que viven en una nación en que la hipótesis es necesaria.

Por lo mismo, ¿por qué disimularlo?, CRISTIANDAD siente su espíritu encogerse, al llegar a su noticia ciertas alabanzas sin ningún género de distingos, de naciones en que por necesidad se vive en la hipótesis, alabanzas que celebran el bienestar, la cultura de aquellas naciones, como si fueran espejo en que las demás se han de mirar, ejemplar que han de imitar, ideal que han de emular.

El optimismo de que acabamos de hablar es, como decimos, nuclear, substancial; de él habrían de participar todos los cristianos, porque no es sino la flor de las virtudes teologales, la flor fructífera del celo por la gloria de Dios, la exaltación de la Iglesia y el bien del género humano. Ahora preguntamos: si CRISTIANDAD es fruto de esta flor, siquiera fruto humilde, ¿cómo podría ser substancialmente engendradora de pesimismo? Una sola explicación se podría dar de ello: la

ineptitud de los que la redactan, la falta de dotes naturales, la falta de formación, o tal vez la falta de espíritu sobrenatural, que esteriliza las obras apostólicas que más fruto habrían de dar.

El optimismo del padre Ramière

MAS, adelantemos un paso: los redactores ordinarios de CRISTIANDAD, los que constituyen el núcleo de la Redacción, deben en buena parte su formación a los libros en que el padre Enrique Ramière nos ha legado su pensamiento

y su espíritu. CRISTIANDAD no se considera, ni se puede legítimamente considerar, como órgano oficial ni oficioso del Apostolado de la Oración, cuyo segundo y definitivo fundador fue el padre Ramière; pero hay que reconocer que trae su origen del Apostolado, que en el Apostolado halla su fuerza y que en el Apostolado encuentra la concreción de su espíritu.

Pues bien, ¿quién habrá, por poco versado que esté en los libros del padre Ramière, por poco que conozca su vida y su actuación, que pueda tacharle de pesimista? En vida se le echó en cara una excesiva benevolencia para con los católicos liberales de aquel tiempo y aquí mismo, en Barcelona, vio la luz un libro en que por esta razón se atacaba duramente una de sus obras fun-



El P. Enrique Ramière, S.I.

damentales *La soberanía social de Jesucristo*. Por otra parte, su optimismo no se limitaba a lo substancial que hemos descrito, no relegaba las esperanzas de la Iglesia para la otra vida, sino que pasó su vida inculcando en los lectores de sus libros la confianza en un triunfo de la Iglesia en este mundo, triunfo de que las luchas actuales de la Iglesia no le hacían dudar, antes al contrario le aseguraban en su convicción.

Esto no dejó también de acarrearle contradicción, porque se puso tacha en su doctrina como afín al *milenarismo*. Verdad es que, con algunos recortes, sus libros vencieron la oposición y de aquel en que con más amplitud declara y defiende su manera de pensar *Les espérances de l'Église*, se publicaron varias ediciones, una de ellas encabezada por una carta de Pío IX. Ahora bien, ¿hay para qué disimularlo?, los que forman el núcleo de la Redacción de CRISTIANDAD participan de este

pensamiento del padre Ramière, lo cual si no es para ellos el motivo substancial de su trabajo y sacrificio no escaso, no deja de alentarles y consolarles.

Es por otra parte indudable que si yo mismo, con quien ellos tan íntimamente y por tanto tiempo han convivido, hubiera desacreditado con mis censuras estas ideas del padre Ramière, no se hubieran a ellas aficionado.

Pero ¿cómo podía yo hacerlo así, cuando lejos de serle contrario, compartía su parecer? Antes de haber leído ninguna obra de dicho autor, ya me había formado mi sistema, en lo substancial, idéntico al suyo.

He de confesar que desde el primer momento me intranquilizaba algún tanto una manera de escrúpulo. No se me ocultaban las graves censuras que veía fulminar por no pocos autores serios contra el *milenarismo*; pero, por otra parte, notaba que al proponer el estado de la cuestión, no concordaban entre sí y atribuían a los milenaristas absurdos y ridiculeces tan grandes que ni siquiera valían la pena de tomarlas en consideración. Ejemplo de esto puede ser la descripción y refutación del milenarismo que el que fue cardenal Billot nos ha dejado en el tratado *De Novissimis*. Lo que yo pensaba nada tenía que ver con aquellas ridiculeces. Averiguando más, hallé que autores serios, en obras publicadas a la luz del día, por ejemplo, el conocido teólogo padre Palmieri, venían a decir substancialmente lo que yo pensaba. Después advertí que también coincidía el mío con el pensamiento del padre Ramière, se entiende también en lo substancial, y sabiendo quién era el padre Ramière aún me tranquilicé más. Estudié las fuentes y me pareció que mi sistema resolvía muchas incoherencias, muchas aparentes antinomias. Y por fin, cuando el inmortal Pío XI publicó sus encíclicas sobre el Reino de Cristo y sobre el Corazón de Jesús me convencí de que substancialmente mis ideas, lejos de contradecir a las del Romano Pontífice, en ningún punto esencial discrepaban de la palabra del Papa. No hay para qué discutir en este momento el valor doctrinal de los documentos pontificios a que me refiero, sólo observaré que si éstos no tienen fuerza de definición ¿no sería por lo menos injurioso y peligroso decir que el Papa en ellos afirma, sea como sea, cosas que linden con el error milenarista?

Pío XI, en la encíclica *Miserentissimus Redemptor*, como término y consiguiente de una exposición de hechos concienzuda e intencionada, llega a afirmar que en la institución de la fiesta de Cristo Rey ha querido dar un anticipo de aquel día faustísimo en que el mundo espontáneamente se sujetará al suavísimo Imperio de Cristo; *gaudia iam tum illius diei praecepimus auspiciatissimi quo die omnis orbis libens volensque Christi Regis*

suavissimae dominationi parebit. Si se tienen en cuenta los bienes que según el mismo Romano Pontífice en sus anteriores encíclicas *Ubi arcano Dei* y *Quas primas* afirmaba ser fruto natural de la aceptación por el mundo de la soberanía de Cristo, entre los cuales no era el menor la paz social y la internacional, ¿qué más es lo que esperaba el padre Ramière y el autor de este artículo? Tanto es así que dos artículos que he publicado en *CRISTIANDAD* en que circunstancialmente hube de declarar mis ideas, no fueron otra cosa sino un comentario de las encíclicas de Pío XI *Ubi arcano Dei*, *Quas primas* y *Miserentissimus*, de la encíclica *Annum Sacrum* de León XIII, precedente obligado de las de Pío XI, y de la *Summi Pontificatus* del actual pontífice, complemento de todas éstas, ya que en ella a todas las citadas las hace suyas.

La teología de la historia

FORMADOS, los que constituyen el núcleo de la Redacción, en *Schola Cordis Iesu*, y por ende en el seno del Apostolado de la Oración, cuyo lema se expresa en aquella petición «*Adveniat Regnum tuum*», es obvio que concibieran vivos deseos de entender a fondo la idea contenida en la fórmula universalmente admitida «El Reinado social de Jesucristo». Natural fue que para ello acudieran a las obras del padre Ramière. Éste, en sus luminosos tratados intelectuales no se encierra en el círculo de las verdades y de los principios abstractos; hace ver las normas y las leyes de la Providencia divina actuando en la vida de los pueblos y de todo el género humano, y acude a la revelación divina para rastrear los planes que Dios ha trazado a la humanidad y para sondear con humilde osadía lo que en lo porvenir estos planes le reservan. Y para esto, estudia la historia no tan sólo a la luz de la razón, sino también a la luz más poderosa de la revelación divina. Y si no crea una ciencia que ya cultivaron por ejemplo san Agustín y Bossuet, fue quien primero le dio el nombre adecuado y lleno de significación de teología de la historia.

Ahora bien, los miembros de *Schola Cordis Iesu* se aficionaron a esta ciencia y se esforzaron en adquirirla con ecuánime seriedad. De aquí tuvo origen una serie de conferencias o lecciones dadas por mí con libertad de espíritu, porque tenía bien conocida la capacidad, la prudencia de mis oyentes y su inquebrantable y humilde adhesión a la autoridad y a las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia. En estas lecciones hubimos de tratar de todo: de historia, de filosofía, de sociología, de política, de teología, de Escritura. Con qué provecho, podránlo juzgar los lectores de *CRISTIANDAD*.

Cuando se me preguntaba qué me proponía en estas conferencias, solía yo contestar: mi intento no es otro sino el de formar celadores del Apostolado de la Oración, y ante la extrañeza de quien preguntaba, respondía yo que el Apostolado, la idea del padre Ramière, sobre todo entre los varones, no tenía tanta aceptación como merecía, porque se miraba por muchos así como una beatería, lo cual era absoluta perversión de la concepción del padre Ramière y suponía una incompreensión lamentable de la devoción al Corazón de Jesús, de las revelaciones de Paray-le-Monial y de su fin providencial, todo lo cual constaba con toda certeza por los documentos pontificios.

La sujeción a la Iglesia

EN toda esta mi actuación he procurado siempre fomentar en los que me rodeaban aquel sano optimismo cristiano que hemos denominado nuclear, pero supuesto que la opinión descrita en el párrafo que hemos titulado «el optimismo del padre Ramière» sea probable y defendible, ¿quién no echará de ver que, dada la condición humana y el espíritu social de nuestros tiempos, proporcionará un nuevo y valioso elemento de luz y de vigor en orden a la intensificación de la actividad de celo y de apostolado? ¿Por qué, pues, no aquilatar los grados de probabilidad en que tal esperanza puede fundarse? ¿Por qué no compartir con el segundo fundador del Apostolado de la Oración este incentivo, si quiera accidental, de optimismo?

Ante todo era preciso purificar dicha esperanza

de toda ilusoria imaginación. Lejos de nosotros las esperanzas claramente heterodoxas condenadas por la Iglesia, de una era paradisíaca, sin pecado original ni concupiscencia. Lejos de nosotros fantasear una era de una santidad dulzona, sin cruz ni mortificación. Fuera de nosotros la idea de un cambio en la organización de la Iglesia, ni la de un enriquecimiento esencial de la misma. La Iglesia que posee la sangre de Cristo y el don del Espíritu no puede ser más rica, porque su riqueza es infinita.

Mas, de estas riquezas de la Iglesia no participan todos los hombres llamados a ser miembros de ella, y aun los que de ellas participan, podrían adquirirlas y poseerla en grado superior a aquél en que las poseen. Y entonces puede ocurrir un problema que tendría visos de malsana curiosidad. ¿Hasta qué grado puede esperarse que llegará la Iglesia en este su posible perfeccionamiento extensivo e intensivo? ¿Se puede esperar, por ejemplo, que haya en el mundo una época en que no se cometan pecados mortales? Imaginémonos, para hacernos cargo lo que sucedería, si todo el mundo fuera como se cuenta de las Reducciones del Paraguay, de las que la fama decía que allí no se pecaba mortalmente. Claro es que aquellas gentes podían pecar, pero si la fama era verdadera, la gracia de Dios, la educación y las cautelas les preservaban. Mas esperar esto para el mundo entero es no sólo gratuito, sino, además, según lo que yo entiendo, contrario a los datos de la revelación divina.

Los que tenemos la discutible esperanza de que hablamos, no esperamos (por lo menos puedo asegurar de mí) sino aquello de lo cual Pío XI nos dice que es anticipo la institución de la fiesta de

De todo corazón y con mi pobre oración me uno a todos los socios y amigos de Schola Cordis Iesu en la celebración del cincuentenario del fallecimiento del padre Ramón Orlandis.

Cuando yo llegué a Schola en el año 1976 acababa de cumplir los 18 años, me di cuenta bien pronto de que el padre Orlandis murió muy pocos meses antes de que yo naciera. Este es uno de aquellos hechos pequeños y casi escondidos que de un modo especial me hacen sentir unida al fundador de Schola. Cuando él moría yo nacía. Gracias a la entrega y dirección del padre Orlandis, y de la mano de sus hijos y nietos espirituales, he recibido la gracia de haber nacido y crecido en una nueva familia, la de Schola Cordis Iesu.

El encuentro con la vida espiritual y los ideales del Apostolado de la Oración, la devoción al

dulcísimo Corazón de Jesús y su propagación, la fuerza de la esperanza en Cristo Rey, el trabajo y la oración por el reinado de Cristo, el encuentro con santa Teresita del Niño Jesús, el sentimiento vivo de pertenencia a la Iglesia, la seriedad en el estudio, todo esto y mucho más es lo que he recibido del padre Orlandis a través del ejemplo y la dedicación de quienes son sus más fieles hijos.

Ruego a Dios Nuestro Señor conceda a Schola y a cada uno de sus socios la gracia de continuar fielmente la vocación y los ideales que tan intensamente vivió el padre Orlandis y los muy queridos miembros de Schola Cordis Iesu que ya estarán con él en el Cielo.

Desde Suiza unidos en el Sagrado Corazón de Jesús

MERCEDES PALET

Cristo Rey: la aceptación voluntaria por las naciones de la Soberanía Social de Jesucristo, de todas las naciones por lo menos con una totalidad moral.

Y llegamos ahora al punto crucial. ¿Podríase admitir como probable la presencia visible de Cristo Rey en la tierra, como defienden los milenaristas? En modo alguno; porque ni esto se funda en la revelación, ni es compatible con la institución indefectible del Pontificado en los sucesores de Pedro. ¿Para qué un virrey en donde reside el mismo Rey?

Y llegó un día a nuestros oídos la noticia de la prohibición del milenarismo, aun del mitigado. Y antes de conocer el decreto del Santo Oficio anuncié en público la existencia del decreto, añadiendo que si en él se proscribía cualquiera proposición que hubiera yo sostenido, la dieran por retractada, y añadí que sería para mí un placer, porque siempre lo es el salir de una equivocación.

Mas llegó a mis manos el decreto y en él hallé lo que ya sabía: la prohibición del milenarismo aun del mitigado, pero hallé algo más: la virtual absolución del padre Ramière, etc. Porque el Santo Oficio, al prohibir el milenarismo mitigado, no prohíbe una vaguedad, sino que precisa lo que prohíbe y lo que entiende por milenarismo mitigado. ¿Y en qué consiste éste según el decreto de prohibición? En el sostener que Jesucristo, antes del juicio final vendrá visiblemente a esta tierra para reinar. Nunca jamás, que sepamos, el padre Ramière enseñó lo que prohíbe el decreto. De mí ciertamente me dice la conciencia que jamás lo he enseñado ni pensado.

Perdónenos el buen amigo que ha dado ocasión a este artículo, si no halla en él lo que tenía derecho a esperar. Creo que sin este artículo previo no me hubiera sido posible declarar mi pensamiento sobre el optimismo o el pesimismo de CRISTIANDAD.

Convento del Sagrado Corazón
y de la Virgen del Carmelo

Jesús sea siempre en vuestras almas

No quisiéramos faltar en esta ocasión, y por medio de estas letras, mostrar toda nuestra gratitud y unión a la labor del padre Orlandis manifestada en Schola Cordis Iesu.

Nuestra vocación nació en el seno de una familia cristiana, con una arraigada devoción al Corazón de Jesús, a san José y a santa Teresita. El Señor nos concedió la gracia de que algunos de nuestros mayores fueron mártires que dieron su vida para que España fuera del Sagrado Corazón. Esto marcó profundamente la vida de nuestra familia.

Nuestros padres conocieron Schola en la famosa reunión de Huici, viendo con gozo un mismo sentir en todo; y a partir de entonces nos hemos beneficiado de todo el tesoro de Schola en la devoción al Corazón de Jesús, en la infancia espiritual y en su formación.

La concreción más cercana de este espíritu, de lo que Schola es y, por tanto, la herencia del padre Orlandis, lo hemos aprendido en la fidelidad y tradición de nuestro padre, en la abnegación y sacrificio de nuestra madre y en el espíritu ardiente de don Antonio Pérez-Mosso, al que suponemos allí presente. Pedimos una oración por nuestro padre. Él es quien debía haber dado este testimonio de gratitud, pero por misericordiosa

providencia de Dios, él no puede acudir. Nosotras nos atrevemos a balbucir lo que él hubiera dicho muchísimo mejor.

Más adelante, Dios quiso llamarnos a vivir este espíritu en el Carmelo, escuchando el grito del Corazón de Jesús: «busqué consoladores y no los hallé», y con un deseo de trabajar y entregarnos por instaurar el Reino de Cristo. Como decía el padre Orlandis, perteneciendo a la legión de almas pequeñas, profundamente desengañadas de su valer, que ponen toda su confianza en la misericordia del Corazón de Jesús, y ninguna en los medios semihumanos que nuestra pobre razón puede excogitar.

Pedimos a la Virgen María, intercesora de todas las gracias y Reina y Madre del Carmelo que siga habiendo innumerables almas pequeñas, fieles a esta vocación que Dios manifestó al padre Orlandis para bien de la Iglesia, y que tan sencilla y fecundamente se vive en el Carmelo.

Con todo nuestro afecto y gratitud pedimos una oración por este pequeño convento de Aravaca para que vivamos así, como es nuestro mayor deseo. Desde el silencio de nuestras celdas nos unimos en el mismo anhelo, clamando: ¡Adveniat Regnum tuum!

Muy unidas en Nuestro Señor sus menores hermanas

PALOMA DEL SGDO. CORAZÓN, ICD.
ROSARIO DEL CORAZÓN DE JESÚS, ICD.
Aravaca (Madrid)

«El magisterio del padre Orlandis es un magisterio de seriedad, es un magisterio de sobrenaturalidad y es un magisterio de cristiandad»

Homilía del padre Pedro Suñer, S.I., en la misa del cincuentenario

No es poco lo que se ha escrito y dicho del padre Orlandis. No es propio de este momento que hagamos memoria de todo ello. Otros lo harán mejor en los parlamentos después de nuestra comida de hermandad. Lo pertinente ahora es aplicar la palabra de Dios a nuestra circunstancia, para sacar provecho de ella.

En el salmo hemos rezado: «¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación». Esta es nuestra actitud fundamental en este momento: Dar gracias a Dios por el bien que Él nos ha hecho, y hoy especialmente por el bien que nos ha hecho, tanto personalmente como en grupo, a través del magisterio del padre Ramón Orlandis Despuig. Sí será oportuno subrayar algunos de los bienes mayores que este magisterio nos ha reportado.

Releyendo los parlamentos habidos en otras efemérides conmemorativas del padre Orlandis, he observado como subrayaban diferentes componentes de este magisterio, todos ellos dignos de ser tenidos en cuenta:

Se ha dicho (vg. el padre José M.^a Murall en su crónica mortuoria de *Cristiandad*, núm. 331) que el magisterio del padre Orlandis derivaba a su vez del magisterio que ejercieron en él tres grandes maestros: santo Tomás, el padre Ramière y santa Teresita. El padre Roberto Cayuela (en su nota necrológica publicada en aquel mismo número) resalta un triple magisterio del padre Orlandis: maestro de letras humanas, maestro de ciencias sagradas y maestro de vida espiritual. El propio padre Orlandis, en su capital escrito «Pensamientos y ocurrencias» sintetiza su vida y magisterio en la «Verdadera inteligencia de la devoción al Corazón de Jesús» distinguiendo en la historia de esta devoción tres etapas, que subrayan distintas facetas: la etapa de Paray, con santa Margarita y san Claudio, que revela el Dios del Amor, pero también —dice Orlandis— el Dios de la justicia; la etapa del nacimiento e implantación del Apostolado de la Oración sobre todo por obra del padre Enrique Ramière, donde se destaca la dimensión social del reinado de este Amor; y finalmente la etapa de santa Teresita, mensajera de las misericordias del divino Corazón para con las almas pequeñas.

Sin ánimo de corregir ni de apartarme de tan atinadas observaciones, sino simplemente de asumir-

las en otros conceptos, me permitiría decir que en el magisterio del padre Orlandis encontramos tres rasgos que son de perenne actualidad y que creo que Schola ha de esforzarse en conservarlos y cultivarlos, especialmente en los momentos presentes: El magisterio del padre Orlandis es un magisterio de seriedad, es un magisterio de sobrenaturalidad y es un magisterio de Cristiandad.

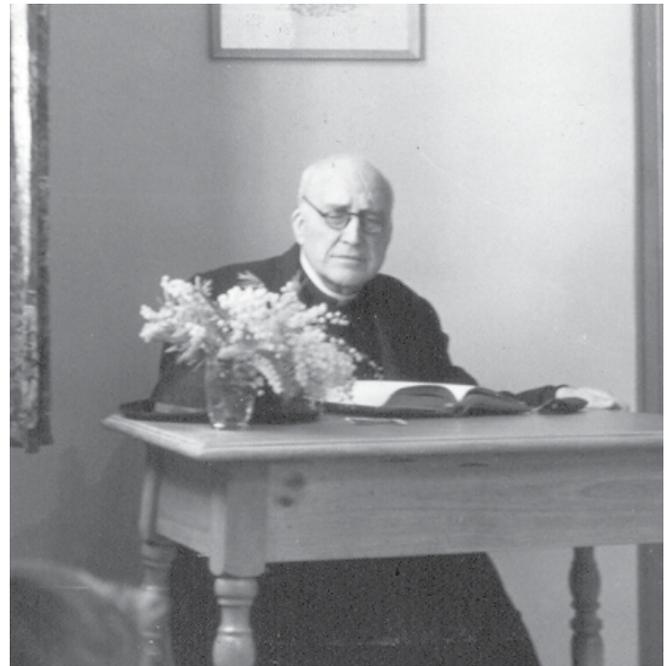
Magisterio de seriedad. No soportaba la petulancia. Huía de las personas e instituciones que ponen la inteligencia, no al servicio de la verdad, sino de la vanidad, de la moda, de todo viento de doctrina. El padre Orlandis sabía que la inteligencia ha de estar solamente al servicio de la verdad, fuera ésta antigua o nueva, cómoda o incómoda. Hemos leído en el Evangelio (Jn 6, 53-58) que muchos, sin haberlo entendido, se escandalizaban del sermón eucarístico de Jesús. Éste les dejó marchar y añadió, volviéndose a los discípulos: «¿También vosotros queréis marcharos?» Esta actitud evangélica de renuncia a halagar los oídos del oyente, de exigirle la adhesión incondicional a la verdad, cómoda o incómoda, era propia del magisterio de Orlandis. Y, como Jesús, Orlandis perdió discípulos, pero obtuvo la decidida respuesta de sus mejores oyentes: «¿A quién vamos a acudir. Tú tienes palabras de vida eterna».

Magisterio de sobrenaturalidad. Ya conocéis su máxima: «Hay que sobrenaturalizarlo todo». El hombre no se salva a sí mismo: se salva por la gracia, el don de Dios, que nos eleva a la condición inmerecida de hijos suyos. Lo cual requiere una radical humildad y actitud de constante acción de gracias. Hay que huir de un humanismo que, explícita o implícitamente, pone en el hombre el primer motor de su salvación. La salvación viene de Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Lo cual no es reducir a Dios a un puro medio para la salvación del hombre. Dios no está al servicio del hombre, sino el hombre al servicio de Dios. Eso sí, quien pone a Dios por delante consigue el mejor servicio al hombre. Es lo que dice Jesús en el Evangelio: «El que halla su vida la perderá; el que la pierda por amor de mi, la hallará» (Mt 10, 39). Por consiguiente, el hombre no es ni el principio ni el fin de su propia realización. Todo es gracia, gracia sobrenatural.

Magisterio de Cristiandad. Lo anteriormente di-

cho no quiere decir en absoluto que la religión sea algo intimista, reducido a una mera relación del individuo con Dios, carente de proyección social. Al contrario, como acabamos de decir, poner la vida al servicio de Dios es la manera de salvarla. Y esto no sólo vale para la vida individual, sino también para la vida social, porque la vida social es una exigencia de la naturaleza humana. Si no hay salvación del hombre sin la gracia, tampoco habrá salvación de la sociedad sin ella. Por consiguiente, el cristianismo lleva inexorablemente a la Cristiandad. Sólo una sociedad fundada en Cristo llegará a ser una sociedad justa y verdaderamente realizadora del ser humano. Por esto el padre Orlandis, siguiendo la doctrina tradicional de la Iglesia, y singularmente la del padre Ramière, enseñaba el reinado social del Corazón de Jesús.

Naturalmente todo esto no se realizará si la Iglesia no calienta el corazón de la civilización y la cultura. La primera lectura de hoy nos presenta la Iglesia naciente, llena de vitalidad: «Se iba construyendo y progresaba en la fidelidad al Señor y se multiplicaba animada por el Espíritu Santo» (He 9,31-32). Esta vitalidad se manifestaba también en la acción social: Tabita, modelo de cristianos, «hacía infinidad de obras buenas y limosnas». Por desgracia la Iglesia actual en muchas partes (gracias a Dios, no en todas) languidece. Pese a ello, no podemos renunciar a la esperanza de realizar la Cristiandad. Nuestra primera lectura nos narra que la oración de Pedro resucita a Tabita, modelo de la Iglesia. Ore-



El padre Ramón Orlandis, S.I., hablando en Schola Cordis Iesu.

mos también nosotros para que el Señor resucite nuestra Iglesia y así su vitalidad renacida haga renacer una nueva Cristiandad. Nos lo exige nuestra fidelidad al magisterio eclesial, tan insistentemente repetido por nuestro fundador, el padre Ramón Orlandis. Que él desde el cielo nos siga ayudando.

Queridos amigos:

Cincuenta años de la muerte del padre Ramón Orlandis, de la Compañía de Jesús. Que decía de los proyectos que, aun cuando a veces no fructificasen, eran al menos las flores que dan gloria a Dios. Su obra, además, ha dado fruto. En vosotros. Y también en nosotros. Y, por qué no, misteriosamente, por doquier. Pese al crudo invierno que llegó poco después de su muerte. El tribunal de la praxis, inmisericorde al aventar las obras humanas, hoy en la crisis de la modernidad «fuerte», sustituida con poca ganancia por su fase débil, deja en cambio enhiestas las ideas-fuerza del padre Orlandis: la realeza social de Cristo, hecha patente a través de la devoción a su Sagrado Corazón, remedio providencial de nuestro tiempo indigente. La confusión actual no permite a tantos, aun bienintencionados, calibrarlo adecuadamente. Pero vosotros habéis hecho de ello vuestra vocación y vuestro servicio. En los que os acompañamos desde otras obras de apostolado in-

telectual y político. Hablando de una coyuntura heroica de nuestro pasado no tan remoto, que ha dado una abundante cosecha de santos, Francisco Canals se preguntaba a principios de los años setenta qué hubiese sido si hubiesen sido admitidas por los leales a la Tradición las consignas de «unión católica», «mal menor», «posibilismo» o «acatamiento al poder constituido». Hoy quizá sea ése, de nuevo, uno de los signos misteriosos que los tiempos nos obligan a escrutar sin descanso, a fin de reforzar siempre más la fidelidad a los propios carismas.

Pero, perdonad. Estas palabras sólo querían mostraros nuestra cercanía espiritual en momentos en que algunas actividades contemporáneas junto con la distancia física que separa Madrid de Barcelona nos impiden acompañaros como hubiéramos querido.

Sirvan, por si falta hiciere, para haceros llegar, una vez más, nuestra amistad en la Verdad.

MIGUEL AYUSO

El padre Ramón Orlandis Despuig

FRANCISCO DE P. SOLÁ, S.I. (†)*

QUIEN haya leído, o lea ahora, el núm. 331 (septiembre de 1958) de *CRISTIANDAD*, no necesita más noticias sobre el fundador de *Schola Cordis Iesu*. ¿Pueden superarse las firmas de M.^a Asunción López, José M.^a Murall S.I., Roberto Cayuela, S.I., Francisco Segura S.I., Luis Creus Vidal, Jaime Bofill, Minoves-García-Die, Pedro Basil, Francisco Canals Vidal, y algunos más? Tomo, pues, la pluma sin ánimo de enseñar nada nuevo, sino únicamente con el deseo de contribuir a honrar aquel santo y sabio varón a quien traté poco (pero muy intensamente) en vida y a quien velé las noches anteriores a su muerte y fui (con el H. enfermero) el único testigo de su plácido trance en una madrugada pocos momentos después de celebrar la santa Misa «pro agonizantibus», en la capillita que estaba junto a su aposento y desde la cual él hubiera podido –si hubiera en aquellos momentos podido tener conciencia– seguir el santo Sacrificio de Jesús.

A modo de «testimonio histórico», a los datos biográficos que se dan, muy completos, en el mencionado número 331 de *CRISTIANDAD*, queremos añadir (traducido al pie de la letra) el EGO del padre Orlandis. Se llama EGO (título casero y familiar) a un escrito que redactan los candidatos a jesuitas al ingresar en el noviciado, siguiendo una pauta o esquema prefijado. Comienza siempre como éste del padre Orlandis: «EGO, Raimundus Orlandis et Despuig... Yo Ramón...». El documento, pues, escrito todo él de puño y letra del novicio, reza así:

«Yo, Ramón Orlandis y Despuig, Español, he sido admitido en la Compañía de Jesús por el R.P. Jaime Vigo, Prepósito Provincial de la Provincia de Aragón.

«He ingresado en la casa de probación de Santa María Verulense el día doce del mes de julio del año mil ochocientos noventa y cinco, bajo el Maestro de Novicios Luis Adroer.

«Nací de matrimonio legítimo en Palma de Ma-

llorca en la diócesis Mallorquina, provincia Balear, el día dos del mes de Diciembre del año mil ochocientos setenta y tres. Fui bautizado el mismo día en la Parroquia de San Jaime de la misma ciudad. Fui confirmado el día primero del mes de Diciembre del año mil ochocientos setenta y seis, por el Ilustrísimo D. Mateo Jaume y Garau, Obispo de Mallorca. Tengo padres, Ramón Orlandis y Luisa Despuig, difuntos; eran de condición nobles. Tengo dos hermanos, uno célibe y otro casado y una hermana casada.

«Pasé mi vida, hasta los doce años, en casa, donde aprendí los rudimentos de gramática con maestro particular. Luego, a los doce años, fui enviado al Colegio de S. José en Valencia, en cuyas aulas, interno, aprendí tres años de Humanidades, de los profesores PP. Ferreres, Traval, y Casas S.I.; estudié un año de Retórica con P. Cubí, me dediqué a la Filosofía dos años bajo los profesores PP. Sedó y Vidal, a saber, el primer año Lógica y Ontología, el segundo Psicología y Ética. Desde el año mil ochocientos noventa y dos me dediqué tres años al Derecho civil y a la Filosofía y Letras en el Colegio de estudios superiores de Deusto, bajo los profesores PP. Pajares, Echeverría y Leza, García Alcalde y Romeo S.I. y Hermanos Arregui Izquierdo, Zarandona y Llera S.I. En la Universidad de Salamanca recibí el grado de “prolytae” [doctorado o licenciatura] en Filosofía y Letras.

»Tengo memoria fácil para captar y tenaz para retener. Creo tener entendimiento [o talento] que capta bien lo que estudio.

»Siento propensión natural y voluntaria al estudio, principalmente para las letras humanas y la Filosofía.

»Por lo que toca a los ministerios [ocupaciones, trabajos] me siento indiferente.

»No creo que los estudios hayan dañado mi salud.

»Siento que tengo fuerzas espirituales y corporales para los estudios y otras ocupaciones de la Compañía.

»Las fuerzas corporales son buenas y firmes.

»Mi complexión, creo, es mixta [mezcla] flemática y nerviosa.

»No tengo defecto alguno corporal; tengo algo de miopía. En mi familia reinó buena salud.

»Mi vocación comenzó el año mil ochocientos noventa y tres, y durante algún tiempo vacilé; por

*El padre Francisco de P. Solá Carrió, S.I., teólogo internacionalmente reconocido, en especial por su teología sobre María y sobre José, socio de la Pontificia Academia Romana Internacional y vicepresidente de la Sociedad Iberoamericana de Josefología, profesor durante muchos años en la Facultad de Teología de Barcelona, y vicepresidente de Fundación Balmesiana, tenía una íntima compenetración de espíritu e ideales con el padre Orlandis. Este artículo fue publicado en *Cristiandad*, en el número 708-709, de abril-junio de 1990.

fin, habiéndome aconsejado y bien examinado el asunto, confirmado en mi vocación, fui admitido a la Compañía de Jesús, y con sumo gozo de mi corazón, vine a esta casa de probación de Santa María de Veruela, con ánimo [con el propósito] de vivir y morir en la misma Compañía de Jesús, observando sus reglas y todo lo que se me propone, con la gracia de Dios y la protección de la Santísima Virgen».

A continuación, a manera de cuadro sinóptico, se anotan las asignaturas cursadas, los autores estudiados, el lugar, años o cursos, número de condiscípulos, notas finales y observaciones. Según este cuadro obtuvo el bachillerato en Letras humanas, y la licenciatura (*prolyta*) en Filosofía y Letras. En todas las asignaturas tuvo siempre *Meritissimus* (Sobresaliente), menos en Filosofía y Matemáticas en el Colegio de Valencia y en Historia Universal en Deusto; la nota fue *Mediocris*, mediano o mediocre, que equivale a aprobado.

Este escrito, a pesar de su calidad de «standarismo», tiene un valor singular porque procede de un joven de 22 años que descubre un espíritu reflexivo, serio y veraz. Tiene cuidado en hacer constar que fue bautizado el mismo día de su nacimiento, significando así cuánta importancia daba al nacimiento espiritual, cualidad que durará toda su vida y manifiesta, por ejemplo, con el aprecio con que recomendará *El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano*, del padre Ramière. Sobre su talento, memoria, vigor corporal... se muestra cauto y humilde con un «creo» (*judico*, dice él).

No carece de interés la frase: «Propensionem naturalem et voluntariam ad studia sentio, praesertim ad litteras humaniores et ad Philosophiam». Siente inclinación *natural y voluntaria*. La inclinación o propensión siempre es *natural*, pero muchos no siguen sus inclinaciones, que tal vez pueden ser desordenadas o inconvenientes. El padre Orlandis acepta *voluntariamente* lo que la naturaleza espontánea y gratuitamente le da. El estudio no será la satisfacción gozosa y fácil de un instinto o sentimiento, sino la realización *consciente* de una inclinación que exige esfuerzo y dedicación. El padre Orlandis no estudia *por gusto* sino *con gusto* y con el anhelo de procurar el reinado de Cristo en los corazones; y todos sus esfuerzos irán encaminados a un fin de gloria de Dios, no de satisfacción humana.

Siente además, dice, inclinación especial por las letras humanas y la filosofía. Por letras humanas se entendía aquellos estudios que tenían como fin educar el «humanismo», es decir, el desarrollo adecuado y ecuánime de las facultades del hombre en cuanto sociable y «asociado», o sea, como miembro de una sociedad que él mismo forma, de la que él mismo es parte y a la que él mismo se debe.

Esta formación «humana» mira al hombre *ente-*

ro: mente y corazón, sentidos y potencias, cuerpo y alma; hombre y Dios. Al mundo de hoy le falta «humanismo», que podríamos denominar, más concretamente, *equilibrio*. Los griegos lo llamaban *sophrosine*, los clásicos latinos *ne quid nimis* (no pasarse de rosca), los ascetas cristianos *virtus* o *justo medio*. La ausencia del estudio del clasicismo, el predominio de las ciencias exactas (matemáticas, química, física, electrónica, etc.) ha deshumanizado a la sociedad. Basta ver la aberración del arte, del teatro, y hasta de los deportes, que no sólo están desfasados sino que han entrado en el campo peligrosísimo de la política y de la violencia. Hoy, el padre Orlandis no comprendería a esta humanidad.

Su segunda afición o inclinación voluntaria era la filosofía. Creo que el padre Orlandis entendía la filosofía en su sentido etimológico de *amante de la sabiduría* y también de *reflexión*. Tomar las cosas con seriedad, no a la ligera. Así, cuando fue profesor (lo mismo que cuando había sido estudiante) no se limitaba a comentar un texto, como hacían los comentaristas ordinarios de las «Sententiae» o de la «Summa», sino que lo hacía al modo de Sto. Tomás o de Suárez o de los grandes comentaristas, que de tal modo «comentaban» que formaban escuela propia, como los dos grandes maestros mencionados.

Otro rasgo del padre Orlandis, efecto de su «filosofismo» o espíritu de reflexión, es el que aparece en su elección de estado. En el «Ego» dice escuetamente que empezó a sentir vocación a la Compañía de Jesús en 1893 y que vaciló durante algún tiempo, pero luego, después de asesorarse con buenos consejos y examinada bien su vocación, ingresó en la Compañía de Jesús. Su vocación, pues, le nació en Deusto al cabo de un año de convivir con aquellos doctos y sabios jesuitas que menciona. No se tomó el asunto a la ligera. Consultó, examinó, pensó, y por fin se decidió. Hablando de este asunto con uno de sus discípulos de Schola Cordis Iesu, le dijo que veía algunas cosas en la Compañía de Jesús que no le gustaban, pero que sintió que era su vocación la orden de san Ignacio, y la aceptó.

Los datos escuetos, pero pensados, del joven licenciado en Filosofía y Letras y docto en Derecho, son tales que le reflejan de cuerpo entero y nos dan la clave de toda su vida de jesuita. Veámoslo en una síntesis tan breve como su «Ego».

Las calificaciones escolares de matemáticas e historia universal le designan «mediocre». Así había de ser: las matemáticas son frías, calculadoras; son el polo opuesto del humanismo, por más que el matemático pueda ser una persona muy tratable, comprensiva, «humana». Pero el «humanista» no suele ser muy matemático.

La historia universal, si se estudia en manuales,

es una sarta de datos y de fechas capaz de indigestar a la memoria más «fácil en captar y tenaz en retener» como era la del estudiante Orlandis. Tampoco le cuadraba la carrera de historia de datos y fechas.

Pero cuando la historia es filosofía, se convierte en la asignatura más acomodada al temperamento «voluntariamente aceptado» del padre Orlandis. Se convierte en filosofía de la historia. Es lo propio de su temperamento «humanista-filósofo».

Así pensaba y soñaba el joven licenciado en Salamanca y ahora novicio jesuita en la casa de Nuestra Señora de Veruela. Y con este espíritu doble emprende la carrera ascético-científica. Desde este momento la meta no ha de ser el hombre ni la sabiduría, sino el Hombre-Dios que es el Verbo, la Sabiduría humanada. Y este dualismo, que ha convertido en una unidad misteriosa: una Persona divina en dos naturalezas, llenará por completo el ideal del jesuita que va paso a paso reforzando su «humanismo» (ahora ya muy divinizado), y transformando su filosofía en teología, y convertirá al historiador «mediocre» en un doctor en teología de la historia. Y así sale el sacerdote Ramón Orlandis, S.I., que sube al altar con un corazón que no aspira más que a ser «secundum Cor Iesu» y procurar con todas sus fuerzas el Reinado de Cristo en la tierra.

Esta idea del Reinado Social de Cristo lo tenía tan en su entendimiento y en su corazón que empujó a su sobrino, el padre Juan Rovira, eminente profesor de Sagrada Escritura, a que estudiase y escribiese sobre el milenarismo. En aquellos momentos era muy mal mirada esta doctrina y el padre Rovira se encontró en un ambiente hostil. El padre Orlandis padeció mucho al ver que por ello su sobrino había perdido la cátedra, pero el Señor premió al defensor de su Reinado Social en la tierra, con la gracia del martirio. El padre Rovira estará ahora con los mártires del Apocalipsis, que tanto apreciaba, clamando justicia a Dios (Ap 6,10).

También al padre Orlandis le costó la pérdida de su docencia de Teología dogmática, Patrología, Moral, Historia de la Filosofía, que sucesivamente fue enseñando a los estudiantes jesuitas de Teología o Filosofía. Dios le destinaba a su lugar definitivo, allí donde apuntaba su temperamento ya «divinizado»: el humanismo teológico concretado en el Reinado del Corazón de Jesús. Desde 1923 vivía en la residencia de la calle de Caspe dirigiendo la obra del Apostolado de la Oración. El curso 1928-29 vuelve a Sarrià para enseñar Historia eclesiástica y Patrología a los teólogos, e Historia de la filosofía a los filósofos. En agosto de 1929 se traslada definitivamente a Barcelona para dedicarse de lleno al Apostolado de la Oración. Está ya plenamente centrado. Sin embargo los acontecimientos políticos de 1931 con la ocupación de los edificios y bienes de

la Compañía de Jesús en 1931-32 y la guerra civil de 1936 a 1939 impidieron al padre Orlandis desarrollar sus planes, pero le dieron tiempo para pensar y planear.

1939-1958. Años proféticos

SE habla mucho de profetismo en nuestros días. Cuando algún «teólogo o escriturista o liberacionista» es amonestado por la Curia Romana o directamente por el Papa, surge un murmullo sordo (no pocas veces un griterío ensordecedor o unos escritos contestatarios). Y a estos les llaman «profetas», queriendo indicar que en su día serán reconocidos, como ocurrió antaño con los auténticos profetas.

Con un espíritu muy distinto llamo yo ahora «profeta» al padre Orlandis. Él no profetizó porque no se consideraba un hombre excepcional, providencialmente enviado por Dios, para anunciar y preparar el Reinado del Corazón de Jesús, como lo fuera san Juan Bautista respecto del Mesías y santa Margarita María, el beato La Colombière y el padre Bernardo de Hoyos para esta devoción. El padre Orlandis más bien se veía como «la voz que clama en el desierto» (Mt 3,3), pero que con una mirada certera ve un porvenir, un horizonte que presiente cercano aunque el ambiente está tan negro que no ve más allá de unos metros.

El padre Orlandis que ha estudiado a fondo –ayudado también por su sobrino el padre Rovira– la Sagrada Escritura y con ella la teología de la historia, *no duda* de que Cristo ha de Reinar (con mayúscula) *en la tierra*, sobre la humanidad, por más que su *Reino no sea de este mundo* (Jn 18,36). Y goza cuando ve que Pío XI, el Vicario de Cristo, el Maestro de la Verdad, instituye la festividad de Cristo Rey del Universo destinada a explicar y preparar el Reinado Social del Corazón de Jesús. Y de nuevo se goza cuando este mismo Sumo Pontífice nos dice dos veces que ya está viendo el tiempo –cercano– en que Cristo reinará sobre la tierra. Y ve también el padre Orlandis que su ideal no es el de un soñador, de un iluso, de un hereje, sino el de un fiel hijo de la Iglesia, de un buen teólogo que confronta sus doctrinas con las del Papa y ve que coinciden.

* * *

Han pasado años de paz para España y para la Iglesia, pero de intensas maquinaciones del infierno. En 1917 la Virgen María vaticinaba solemnemente en Fátima: «Pero, al fin mi Corazón Inmaculado triunfará». Con esto anunciaba ella –evidentemente para pronto– el triunfo del Corazón de Jesús,

ya que ella no es más que la Aurora que anuncia la salida del Sol.

Con la muerte de Pío XII soplaron nuevos vientos en la Iglesia, que hicieron exclamar a Juan XXIII: «he abierto un poco las ventanas para airear el ambiente y ha entrado un huracán». Efectivamente las

«portae inferi», los poderes del Infierno se han desatado y en orden de batalla presentan la más peligrosa y fuerte lucha contra la Iglesia: la apostasía, el ataque desde dentro.

Y en este momento Dios da a la Iglesia el Papa que –permítaseme el atrevimiento, pero a esto iba el

San Bernardo (Chile), 10 de abril de 2008

Queridos hermanos de Schola Cordis Iesu:

1. Enterados de la especial conmemoración de los 50 años del fallecimiento del padre Ramón Orlandis Despuig, S.I., fundador de Schola Cordis Iesu en Barcelona, deseamos unirnos espiritualmente a ese momento con nuestro saludo y nuestras oraciones; en especial queremos dar gracias a Dios por el don maravilloso que ha sido para la Iglesia y para nosotros el carisma del padre Orlandis con toda su fuerza de esperanza sobrenatural, de empuje apostólico, de infancia espiritual y de fidelidad a la Iglesia jerárquica.

2. Como ustedes sabrán, somos un grupo de sacerdotes que en la década de los años 80 recibimos este don espiritual a través del apostolado del padre Antonio Pérez-Mosso quien fue nuestro formador en el seminario de la diócesis de Valparaíso entre 1982 y 1988; con quien después pasamos a San Bernardo en 1989 y 1990; y con el paso de los años incluso se ha podido seguir transmitiendo a otra generación de jóvenes sacerdotes. La presencia del padre Antonio, sus clases, sus conversaciones y su testimonio de vida han dejado en nosotros una huella indeleble y paulatinamente fuimos descubriendo su origen en el padre Orlandis a través de sus escritos publicados en la revista «Cristiandad».

3. En esta ocasión debemos dar testimonio que el conjunto de esta espiritualidad ha sido sostenimiento de nuestra vida interior sacerdotal y del ejercicio del ministerio en circunstancias muchas veces difíciles y adversas; ha sido demostración de su permanente vigencia y fecundidad, a pesar de nuestras fragilidades; ha sido fuerza interior para mantenernos unidos a lo largo del tiempo y con la conciencia de haber recibido una síntesis que nos liga fuertemente a la Iglesia; percibimos que estamos en plena y visible comunión con los papas y su Magisterio lo que nos da gran seguridad en nuestras vidas.

4. Queremos subrayar la importancia de la esperanza en el advenimiento del Reino de Nuestro Señor Jesucristo a la tierra que nos orienta a una

alegría profunda y a librarnos de las trampas y desorientaciones de cualquier ideología, especialmente del liberalismo imperante. El culto y devoción al Sagrado Corazón de Jesús que imprime una sobrenaturalización de todas las realidades en las que vivimos y nos hace crecer constantemente en la unión con el Señor.

El inefable camino de la infancia espiritual, indisolublemente unido a lo anterior, según el carisma doctoral de santa Teresa del Niño Jesús, tan necesario para recorrer las sendas de la confianza y de la humildad, fundamento de toda la espiritualidad. Y la orientación firme en los estudios filosóficos y teológicos siguiendo a santo Tomás de Aquino, cada uno según sus capacidades, pero que siempre nos libra de tantas confusiones doctrinales comunes en nuestros tiempos.

5. Somos conscientes de llevar un tesoro en vasijas de barro y también de la necesidad de seguir compartiendo estos dones eclesiales que, reunidos en unidad tienen su origen en lo que Dios quiso hacer a través del padre Orlandis y que se ha transmitido de diversas maneras hasta nosotros hoy. Por eso, en esta ocasión junto con reiterar nuestra acción de gracias, deseamos también expresar nuestros deseos de permanecer unidos con ustedes y con la Hermandad de Hijos de nuestra Señora del Sagrado Corazón que también vive de este espíritu y continuar nuestras vidas abandonados en el Señor.

Unidos en los Corazones de Jesús y de María, bajo el amparo protector de san José y en la esperanza del Reino de Cristo, les saludan y les bendicen,

PBROS.: ANDRÉS CHAMORRO
HEINRICH HERBORN
CARLOS CASTILLO
MAURICIO PÉREZ
MARIO BERNAL
ERIC GONZÁLEZ
PATRICIO LÓPEZ
MARCELO OLATE
BORIS MESSINA
JUAN BURGOS
RODRIGO BULBOA
ROBIN SÁEZ

título de *años proféticos*— llena el ideal del padre Orlandis: Juan Pablo II. Es el papa del Reinado del Corazón de Jesús.

En el consistorio de Navidad de 1989 daba gracias a Dios porque había podido realizar sus viajes apostólicos cumpliendo el encargo de Cristo: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda clase de gentes» y el más específico del Papa: «Confirma a tus hermanos».

Y ¿cuál es el mensaje o predicación del Papa? A una humanidad que gusta tanto de ensalzar la dignidad del hombre, los derechos humanos, etc., pero que materializada hasta el tuétano de los huesos, no sabe más que de injusticias, egoísmos, odios, rencores, guerras... a esta humanidad grita el Papa: «Gobernantes, hombres todos, ricos y pobres, el HOMBRE tiene una dignidad que no poseen los demás seres vivientes de la Tierra. Respetad y conservad esta dignidad. Pero no olvidéis que esta DIGNIDAD os viene de CRISTO».

Si no sois de Cristo, si Cristo no está en vosotros, carecéis de dignidad. Esta es la síntesis de la predicación del Papa. No faltan quienes le atacan de *demasiado humanismo*. Es que no le comprenden. Se quedan en el humanismo y no atienden a la teología, al Cristo que es el que da vida y dignidad al hombre.

Esto, creo yo, predicaría hoy el padre Orlandis, preparando así, como hace el Papa, el Reinado de Cristo sobre los hombres. Fue, pues, en realidad el profeta del Reinado de Cristo en un tiempo en que el modernismo liberal, fruto amargo y venenoso de la «Ilustración» de la Revolución francesa y condenado por san Pío X, renovaba e invadía lentamente la mentalidad universal y dentro de la misma Iglesia, con la teología nueva pasada rápidamente a teología antropológica, antropología teológica, antropología. Con esto se suplantaba a Dios para ensalzar al hombre.

En el orden político se iban deshaciendo y liquidando las monarquías para dar lugar a las democracias, y una Iglesia jerárquica se pretendía transformarla en democrática. ¿Quedaba, pues, lugar para el Reinado social y universal de Cristo Rey?

Y el padre Orlandis había intuido todo esto hacía muchos años. Su trayectoria intelectual y ascética le habían llevado, sin darse cuenta, pero «voluntariamente» a la conclusión del futuro papa Juan Pablo II (que tampoco es hoy día comprendido plenamente por muchos). El padre Orlandis, tan inte-

lectual, tan escolástico, tan tomista... rehuye todas las discusiones de **escuela** sobre el objeto formal, la esencia, el fin, etc., de la devoción al Corazón de Jesús, y se coloca en el punto céntrico de la historia universal (en la que le calificaron de «mediocre», ¡no lo olvidemos!), y allí encuentra a Cristo, el Dios-hombre (humanismo y teología) que nace en una cueva de una pequeña villa de Judea y muere en una cruz en la gran Jerusalén, elevado entre la tierra y el cielo, después de haber profetizado: «Y yo, cuando sea elevado sobre la Tierra atraeré a mí todas las cosas» (Jn 12,32). Y estas cosas son sustancialmente las almas, los hombres. Y la Iglesia lo comprende; y los mártires cantan al morir: «*Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*»; y los concilios ponen nada menos que en sus *Símbolos* o compendios de la fe «*cuius Regni non erit finis*»; y siempre todo cristiano recitará continuamente la más sublime oración y dirá: «*adveniat Regnum tuum*».

El padre Orlandis, pues, maestro en teología de la historia, funda *Schola Cordis Iesu*, la verdadera *escuela*, teológico-humanista, que se ocupará en estudiar y difundir la verdadera devoción al Corazón de Jesús: que Cristo reine en cada alma, y cada alma se sienta miembro del Cuerpo Místico de la Iglesia, y vaya así realizando el Reinado del Corazón de Jesús en la tierra.

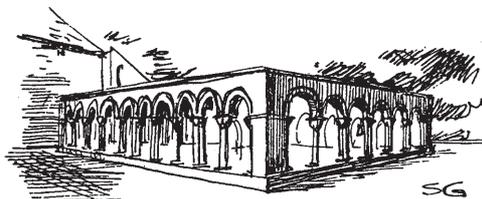
* * *

Han pasado treinta y dos años de la muerte del padre Orlandis. El mundo ha dado un tumbido radical, las dictaduras van cayendo.

Los gobernantes se han lanzado a la realización de la idea-madre de la Revolución francesa: una Europa unida en un solo sistema (por ahora el socialismo internacional), una sola religión (el agnosticismo más o menos paliado), una sola economía, un solo fin: acabar con el cristianismo.

Pero Dios escribe recto; y con Dios no se juega. Los gobernantes, la humanidad entera podría pretender prescindir de Dios, pero no podrá eliminarle, y Dios sabrá confundirla y de las piedras sacará hijos de Abraham (Mt 3,9).

¡Al fin, mi Corazón Inmaculado triunfará! Y la «esperanza contra toda esperanza» (Rm 4,18) del padre Orlandis se perpetúa con su *Schola Cordis Iesu*, y el profeta «mediocre» resultará el gran maestro del Reinado de Cristo.



Cuando pienso en la influencia que ha ejercido en mi vida el padre Orlandis, no sé como definirla, aun sintiéndola tan real. Diría, en primer lugar, una presencia familiar.

Yo no lo conocí, pues murió antes de que yo naciera. Pero su figura se me hizo familiar desde la niñez, por el pequeño cuadro que hay en la sala de estar de nuestra casa, en el que se le ve ya mayor, encorvado, con una sotana vieja, y una sonrisa humilde en el rostro, que deja intuir una sencillez de un alma llena de Dios.

Diría también que de «maestría espiritual». Confieso que, quizás por nuestra culpa, los de mi generación no lo hemos podido oír nunca, puesto que de pequeños jugando en Schola rompimos algunas de aquellas conferencias gravadas en «no sé qué formato».

Pero su enseñanza, sí que nos ha llegado y lo hemos podido saborear por su profundidad y nos ha orientado decisivamente a muchos de nosotros.

Sí, ha sido verdaderamente «maestro», porque nos ha enseñado la verdadera doctrina del «Maestro Divino». Maestro porque nos ha enseñado a escuchar a la Iglesia Madre, en tiempos en que su voz era a menudo apagada por tantas opiniones disgregadoras; maestro porque nos ha formado el entendimiento con la sólida doctrina de santo Tomás, nos ha enseñado a dejarnos moldear el corazón por el mismo Corazón de Jesús con los Ejercicios Espirituales de san Ignacio y nos ha mostrado un «caminito» hacia la santidad bajo la guía de santa Teresita. Maestro porque nos ha hecho descubrir el verdadero «sentido del cosmos y de la historia», que ciertamente está atravesado por el pecado y la apostasía, pero que está ya bajo los efectos de la gracia redentora de Cristo y esperanzada por el triunfo definitivo de su misericordia.

Aún me atrevo a decir alguna cosa más. El padre Orlandis, para nosotros ha sido como un «padre espiritual».

Pero aquí conscientemente hago una superposición de planos. Si el padre Orlandis ha ejercido una influencia paternal en nuestra vida, a esto ha colaborado (6 veces, 600 veces 6) la fidelidad pertinaz del doctor Canals en transmitirnos todo lo que de él había recibido.

Por esto hoy es preciso dar gracias a Dios nuestro Señor por la vida y la del doctor Canals, el «discípulo» del padre Orlandis. Con sus conferencias, con sus escritos, con su testimonio, con su tenacidad infatigable, ha ido ayudando al Espíritu Santo para que llegáse-

mos en la Iglesia a la Verdad completa, que es el mismo Cristo.

Creo que, como san Pablo, el doctor Canals puede decir que «nos ha engendrado en Cristo» con aquella misma Vida que él recibió del padre Orlandis.

También, vale la pena decirlo, la insistencia sobrenatural de mis padres en que viviésemos en esta familia de familias que es Schola, y la formación que a la sombra del doctor Canals, hemos recibido de José M^a Petit, mi padrino, de Alsina, de Prevosti y de tantos otros, los viernes, los sábados y especialmente en las Universidades de Verano Padre Ramon Orlandis ha ayudado mucho a que nos sintiéramos «hijos espirituales» del padre Orlandis.

Ahora, en el gozo del ejercicio de mi ministerio sacerdotal, tanto en la parroquia, como ahora que estoy estudiando en Roma, puedo constatar diariamente cuán iluminador y fecundo, por sí mismo, es el legado del padre Orlandis y la tarea apostólica de su pequeña, pero riquísima obra, Schola Cordis Iesu.

Finalmente, quiero recordar aquel ejemplo que explicaba el padre Orlandis y que a mí me hizo pensar mucho en lo que ha sido su vida: «cuando todo está oscuro, enciende una cerilla y habrá un poco de luz, pasa la luz a alguien y habrá más y cuando se extienda esta luz podrá iluminar a mucha gente».

Cristo es la Luz del mundo. La Iglesia es la Esposa santa de Cristo, depositaria de esta Luz.

Los cristianos, que por el Bautismo hemos recibido en la Iglesia la luz de Cristo, hemos sido llamados a testimoniar esta luz, para que ilumine el camino de los demás.

El padre Orlandis, que recibió esta luz de sus padres en Mallorca, y que la mantuvo viva en fidelidad a san Ignacio en la Compañía de Jesús, la transmitió con fidelidad a mucha gente, entre los cuales los de Schola nos sentimos especialmente deudores.

Si a estos cristianos, que se dejan iluminar por Cristo, y se vuelven «luz para los otros» los llamamos santos, entonces, para mí el padre Orlandis es un «santo», porque nos ha dado «mucha luz». Ha sido para nosotros y para muchos otros, «testimonio de la Luz».

MN. JOSEP M.^a MANRESA

La Hermandad de Hijos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, fruto del carisma apostólico del padre Ramón Orlandis

ANTONIO PÉREZ-MOSSO NENNINGER, HNSSC

EL pasado 12 de abril nos reuníamos los miembros de Schola Cordis Iesu, familias y amistades, en San Cugat del Vallés (Barcelona), junto a la tumba de nuestro querido padre Ramón Orlandis con motivo del 50 aniversario de su fallecimiento. Ha sido una jornada entrañable, gozosa, en la que juntos hemos orado por su eterno descanso, compartido recuerdos de quienes le conocieron, y recibido numerosos y preciosos testimonios de gratitud por los bienes que su carisma apostólico ha reportado a tantas personas; testimonios expresados en viva voz, y otros muchos de comunicaciones por carta o telegrama desde muy distintas partes, y algunas bien lejanas, de obispos, sacerdotes, religiosas y seglares, que han manifestado el benéfico influjo del espíritu del padre Orlandis sobre sus vidas y obras apostólicas.

Y testimonio no menos expresivo de fecundidad fue en este día el gran número de pequeños y de jóvenes que en el rezo del responso rodeaban la tumba del padre Orlandis después de 50 años de haber fallecido, orando por él y pidiéndole con todo cariño que nos mantenga fieles a lo que él nos ha transmitido: el amor y confianza sin límite en el Corazón de Jesús, el anhelo de que Él reine, y el ofrecernos para ello como víctimas de su amor misericordioso, abandonados del todo como niños a Él y a su Santa Madre.

Pertenece al carisma del P. Orlandis la honda persuasión de que el mundo, desquiciado, que pretende vivir según sí mismo y no según Dios, tiene remedio en el Corazón de Jesús; en que la humanidad conozca y se abra al amor del Corazón de Cristo, providencialmente manifestado a santa Margarita en Paray-le-Monial. Quiso, por ello, el padre Orlandis suscitar legiones de almas pequeñas, apóstoles del Corazón de Jesús en medio del mundo.

De esta convicción sobrenatural del P. Orlandis surgió a finales de los años ochenta la idea de fundar o instituir una asociación de sacerdotes configu-

rada por su carisma apostólico. La idea fue madurando entre sacerdotes que, antes de serlo y durante sus años de estudiantes en Barcelona, prácticamente todas las tardes de la semana fueron recibiendo a través de don Francisco Canals en Schola Cordis Iesu, Lauria 15, la gracia inmensa de este carisma. Acicate indiscutible para que la idea concreta de fundar germinase fue la convicción compartida, tras algo más de diez años de ministerios sacerdotales, del bien enorme que había supuesto para nuestras vidas y ministerios la formación recibida en Schola. De los asistentes más asiduos en aquellos años de Lauria 15 surgió o se afianzó una notable proporción de vocaciones sacerdotales. Cada vez que estos sacerdotes, dispersos después por muy distintos lugares, volvíamos a reunirnos, y especialmente con motivo de las asambleas anuales de Schola, coincidíamos en el acierto sobrenatural del padre Orlandis, transmitido a nosotros gracias al magisterio y fidelidad perseverantes del señor Canals.

Providencial fue también para que surgiese la que se llamaría después Hermandad de hijos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, el hecho gozoso de que en los años ochenta aflorase entre los hijos de familias de Schola un conjunto de vocaciones para el sacerdocio. En la incertidumbre habitual de esos momentos acerca de hacia dónde habían de orientar de manera concreta sus vocaciones, se les dijo que esperasen, que habían recibido de sus padres de Schola Cordis Iesu un tesoro muy grande, y que se trataba de ver qué quería el Señor de ellos. A los años, y viendo que perseveraban en su vocación, se les expuso y acogieron con entusiasmo la idea de

Don Antonio Pérez-Mosso preside el responso por el alma del padre Orlandis en el cementerio del Colegio Máximo de Sant Cugat del Vallès como conclusión de los actos del Memorial.



una asociación de sacerdotes con la espiritualidad del P. Orlandis, que tuvieran vida en común en grupos de al menos tres o cuatro miembros, y del todo disponibles al servicio de los obispos que acogieran a la asociación en sus diócesis.

Así partió para el Seminario Mayor de Toledo en 1989 el primero de nuestros seminaristas, José María Alsina Casanova, al que pronto seguirían otros. Pronto vinieron a continuación las conversaciones con el señor arzobispo de Toledo, nuestro querido y siempre recordado don Marcelo González Martín, para exponerle el proyecto y que él asumiese la dirección jerárquica que prescribe el Código de Derecho Canónico para toda asociación pública de clérigos que aspire a ser erigida como tal en la Iglesia. Nos acogió abrazándonos y diciéndonos que adelante. En abril de 1993, a petición del Señor Cardinal, presentábamos los primeros Estatutos y Reglamentos de la Hermandad para su aprobación. Tras un tiempo «ad experimentum», y ya con tres comunidades de sacerdotes –dos en Toledo y una en Na-

varra– autorizadas para ello por sus respectivos obispos, el 23 de enero del 2002, solemnidad de san Ildefonso, patrono de la archidiócesis toledana, daba el sucesor de don Marcelo, el señor arzobispo de Toledo, don Francisco Álvarez Martínez, y previa consulta a la Santa Sede, el decreto de aprobación de la Hermandad como asociación pública de sacerdotes, tendente a ser erigida en el futuro (según crezca el número de sus miembros y se muestre fiel a la jerarquía de la Iglesia) como sociedad de vida apostólica conforme establece el Derecho de la Iglesia.

No es el momento de proseguir explicando los pasos que la Hermandad por la bondad del Señor ha ido dando adelante: en número de vocaciones, en reconocimiento y aprecio de señores obispos, en llegar a darse ya un primer año de noviciado en Toledo, en ser creado en esta diócesis el Centro «Sagrado Corazón» para la formación de nuestros seminaristas y aspirantes a la Hermandad... Sólo cabe ahora reiterar nuestra más profunda gratitud al carisma apostólico recibido del padre Ramón Orlandis Despuig, S.I.

Este verano van a cumplirse cuatro años desde mi primer contacto con Schola. Fue durante la peregrinación de los jóvenes a Santiago de Compostela, cuando acababa de cumplir los diecinueve años y había terminado mi primer año en la Facultad de Medicina.

Desde un principio, me llamó mucho la atención el nombre de «Schola Cordis Iesu» ya que, hasta entonces y por atrevida ignorancia, siempre había considerado la devoción al Corazón de Jesús como una mera tradición sentimentalista y blanda. Además, yo era plenamente partidaria de un apostolado activo, basado y encomendado a mis propias acciones. Por todo esto, me parecía asombrosa la existencia de este grupo de jóvenes cuya formación y afán apostólico se sostenía sólidamente sobre esta devoción.

Así pues, todavía con algunas reticencias, empecé mi aprendizaje en esta escuela del Corazón de Jesús con la lectura recomendada de *Historia de un alma*. Yo ya había leído con anterioridad a santa Teresita y esta obra había pasado por mi vida discretamente, sin más huella de la que habían dejado tantas otras historias de santos. Sin embargo, por gracia de Dios, esta nueva lectura se convirtió en el detonante que empezó a abrirme el entendimiento; fui reconociendo en las palabras de la Santa, el amor que mana del Corazón de Dios y, asimismo, la llamada suplicante de este Corazón a ser amado: «¡Oh, Dios mío! ¡Vuestro amor despreciado se va a quedar en vuestro Co-

razón? Creo que si encontraseis almas que se ofrecieran como víctimas de holocausto a vuestro Amor, vos las consumiríais rápidamente; creo que gozarías no reteniendo las olas infinitas de ternura que hay en Vos». Desde este momento, comprendí el porqué de la existencia de Schola y la llamada que me hacía el Señor a empezar esta nueva vida de reparación en torno a esta escuela de su Corazón.

Durante este tiempo he recibido regalos muy grandes del Señor a través de Schola y por los que hoy y siempre estaré especialmente agradecida al padre Orlandis. En primer lugar, la oportunidad de poder formarme intelectualmente en orden a la mano providente de Jesucristo en la historia y espiritualmente siguiendo las enseñanzas de santa Teresita y de san Ignacio. En segundo lugar, Schola me ha dado un grupo estupendo de amigos, compañeros de camino, en el que nuestra amistad está fundada en Cristo, con Cristo y para Cristo.

Por último, he tenido el valiosísimo ejemplo de las familias que forman Schola; familias unidas que demuestran constantemente una entrega generosa y confiada de sus vidas al Corazón de Jesús y que se han convertido en referente claro del deseo que ha ido ahondando en mi alma estos años: fundar una familia en Schola, ser madre de Schola.

MIREIA BAYLINA MELÉ

Continuador del padre Ramière*

FRANCISCO CANALS VIDAL

—¿Quiere algo, Padre...?

—Sí, TODO.

Así respondió el padre Orlandis, muy próximo ya a su muerte, a uno de los que habían convivido íntimamente con él, que acudía a visitarle a la enfermería del Colegio Máximo de Sant Cugat del Vallès. Con un matiz de exabrupto paternalmente irónico, la frase no podría parecer anecdótica a ninguno de cuantos le conocieron.

Esta palabra, que parece evocar en su agonía el recuerdo de aquel gesto infantil, decidido y «comprometedor», con que santa Teresita del Niño Jesús «lo escogió todo»¹ puede considerarse también en nuestro padre Orlandis como expresión muy profunda de la actitud fundamental de su vida.

La *vida* personal y concreta de cada uno, como se nota en un texto de santo Tomás que se complacía el padre Orlandis en citar, la definimos aludiendo a aquello «en que máximamente se deleita, que intenta principalmente, y en lo que busca la convivencia con sus amigos».²

Para una consideración superficial resultaría difícil encontrar aquello que fue la *vida* del padre Ramón Orlandis. Se ocupó de muchas cosas, y en el orden intelectual tan característico en él, tenía una compleja diversidad de temas y de autores predilectos. Su conversación y su enseñanza se dispersaban también, al parecer, en la misma complejidad. Estas apariencias podrían llevar a un error: el de creer que se interesaba *por todo*, por todas estas cosas, dispersando su atención en una universalidad «horizontal». Sí. TODO. Afirmación y universalidad en su actitud respondían a un ideal infinito y último; el TODO que era su *vida*, y a que tendían todas las actividades de la época de su madurez, consistía nada menos que en *la plenitud de Cristo en su Reino*. La

consumada plenitud, que entreveía en visión grandiosa y sintética, del orden divino en el que todas las cosas participan y se integran en Dios «que es todo en todas las cosas».

Por esto era enemigo de «especialismos» y ponía siempre en guardia contra el peligro de «cerrarse», así en lo intelectual como en lo afectivo y vital. Y por esto también era enemigo de la dispersión y de la pluralidad. Se interesaba por muchas cosas, o por mejor decir por «todas»; pero insistía en el lema *plura ut unum*, en un esfuerzo constante hacia lo «uno». «No us tanqueu», «busqueu en tot la unitat», dijo en ocasiones decisivas para su obra.

La idea del padre Ramière

DIFÍCIL será siempre para muchos, por motivos diversos, comprender la unidad de esta vida del padre Orlandis y el audaz acierto de la obra que fue su fruto. La dificultad se hace patente considerando que lo mejor de sus energías se empleó en constituir la que fue la obra suya definitiva y característica: SCHOLA CORDIS IESU. Insistió siempre en definirla como una «Sección para formar, según el espíritu del padre Ramière, celadores del Apostolado de la Oración».

Esto podrá parecer a los intelectuales y «cultos» una mezquina beatería, indigna de un hombre de su talento profundo y genial. Para quienes participan, por el contrario, de esta «inconsciencia en lo sobrenatural» en que la beatería consiste —según la definía el propio padre—, toda su actividad y ense-

*Este artículo de nuestro colaborador Francisco Canals Vidal fue publicado hace cincuenta años, en el número que *Cristiandad* dedicó al Padre tras su fallecimiento. En él se pone de manifiesto unos de los rasgos fundamentales del pensamiento y la obra del padre Orlandis: el ser continuador del padre Ramière como apóstol de la devoción al Sagrado Corazón, como infatigable antiliberal, como firme convencido de la futura plenitud del Reino.

1. Véase *Manuscritos autobiográficos* («Historia de un alma»), de santa Teresita del Niño Jesús. Burgos, 1958.

2. S. Th. 2.^a 2.^a q. 179 a. 1. El padre Orlandis comenta principalmente este texto en su artículo «El orden de la vida y la elección», *Manresa*, enero 1936.

Queridos hermanos en Jesús y María

He recibido vuestra invitación a los actos del Memorial Padre Ramón Orlandis. Me gustaría asistir, pero ese día estaré, Dios mediante, en Ávila porque una joven de nuestra Unión Seglar profesa solemnemente en la Encarnación.

Que Dios os bendiga para seguir con vuestra revista, que tanto bien hace a las almas.

MANUEL MARTÍNEZ CANO, M.C.R.
Sentmenat (Barcelona)

ñanza en la Schola Cordis Iesu les parecería un inútil complicarse la vida.

Una y otra dificultad suponen en su planteamiento el mismo hecho negativo e idéntica deficiencia de información. El desconocimiento de lo que es el Apostolado de la Oración, consecuencia de la ignorancia del ideal del gran apóstol que fue su fundador, y cuyo continuador quiso ser el padre Orlandis: el padre Enrique Ramière, S.I.

Explicando el sentido de su enseñanza en Schola Cordis Iesu escribe el padre Orlandis: «En estas lecciones hubimos de tratar *de todo*: de historia, de filosofía, de sociología, de política, de teología, de Escritura. Cuando se me preguntaba qué me proponía en estas conferencias, solía yo contestar: Mi intento no es otro sino *el de formar celadores del Apostolado de la Oración*, y ante la extrañeza de quien preguntaba, respondía yo que el Apostolado, *la idea del padre Ramière*, sobre todo entre los varones, no tenía tanta aceptación como merecía, porque se miraba por muchos así como una beatería, lo cual era absoluta perversión de la concepción del padre Ramière y suponía una incompreensión lamentable de la devoción al Corazón de Jesús, de las revelaciones de Paray-le-Monial y de su fin providencial, todo lo cual constaba con toda certeza en los documentos pontificios».³

Este «ramierismo», insistentemente proclamado, del padre Orlandis respondía a razones profundas; era todo lo contrario a una caprichosa afición por un autor por el que se hubiera encariñado. Más bien es cierto que encontró en él la expresión de unas ideas con la que se sentía en continuidad e íntima armonía. Fue su continuador, sobre todo por coincidencia en una visión de los ideales cristianos centrada en lo que fue blanco y fin, común a ambos: el Reinado de Cristo por su Corazón.

Coincidencia en una síntesis más teológicamente elaborada por parte del padre Orlandis, pero ya desarrollada con su abundante y fecundo proselitismo por el genio apostólico que fue el padre Enrique Ramière.

Genio apostólico dotado como poquísimos apóstoles de los tiempos modernos del *sentido de la fe* y del don de situarse en el centro del misterio cristiano. Sin sugerir ninguna comparación exagerada, advertía el padre Orlandis cierta analogía de tipo entre el padre Ramière y aquel ilustre campeón de la fe que, aun siendo en algunos sentidos menor que otros doctores griegos del siglo IV, mereció quedar en la memoria del pueblo cristiano y de la Iglesia como ejemplar de este sentido de la ortodoxia y el misterio revelado: san Atanasio.

3. «¿Somos pesimistas?», *Cristiandad*, 1 abril 1947, pág. 148.

Por este don de sentir la fe, fue dado al padre Ramière elaborar el sistema de «doctrina espiritual y de sociología sobrenatural» de que se habla en «Pensamientos y ocurrencias». Esta actitud para comprenderlo todo bajo una luz sobrenatural explica el «éxito» de este gran apóstol por otra parte poco conocido. Su éxito característico consistió en que pueda afirmarse sin exageración que todas las ideas fundamentales en que insistió temáticamente han llegado a ser —en grandísima parte como consecuencia del movimiento por él creado— contenido expreso del magisterio eclesiástico y pontificio en nuestros días.⁴

Por esta especie de «don de adivinación» que le permitía no se sabe por cuáles antenas muy sensibles, presentir las futuras corrientes de ideas,⁵ el padre Ramière está en la línea que conduce directamente a las grandes encíclicas sobre el Corazón de Jesús y el Reino de Cristo. Son aquellas precisamente que nuestro padre Orlandis procuró con empeño que fuesen editadas en una obra que es expresión perfecta de la doctrina y del sentir de la Iglesia.⁶ Incluso, por su empeño insistente en enlazar la devoción al Corazón de Jesús con sus fuentes evangélicas y patrísticas, y con el misterio por excelencia de la divinización del cristiano, aparece como el precursor de la admirable *Haurietis aquas* de Pío XII. Por esto ha podido escribir el padre Andrés Aristegui, S. I., que: «El padre Orlandis, junto con el padre Ramière, y quizá por este último, se puede decir que fue uno de los precursores de la encíclica *Haurietis aquas*».⁷

Para el padre Orlandis, el «ramierismo» no hubiera podido ser entendido como una afición que limitase los horizontes y cerrase los caminos. Veía en el fundador del Apostolado de la Oración lo que en realidad fue: un «hombre de Iglesia», un ejemplar hijo de san Ignacio que mereció servirla, realizando por modo ejemplar la misión, tan propia de su vocación religiosa, del apostolado del Corazón de Jesús, e impulsando así la corriente de espíritu y de doctrina que afluyó al «impetuoso río que alegra la Ciudad de Dios» de que habla Pío XII en la primera encíclica de su pontificado: EL CULTO AL DIVINO CORAZÓN DE CRISTO REY.

4. Véase «Obra y éxito de un gran apóstol: El P. Enrique Ramière, S. I.», por Jaime Bofill Bofill.

5. Conferencia del Rdo. P. Parra publicada en «L'Apostolat de la Prière», del P. Enrique Ramière, Toulouse, 1929, pág. XXVII.

6. *Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón*, publicado por Ediciones Cristiandad, en 1949.

7. *Amigos del Corazón de Jesús*, por el P. Andrés Aristegui, S. I., publicado en *El Mensajero del Corazón de Jesús* correspondiente al mes de agosto.

Sobrenaturalismo

ESTA es la necesidad más urgente de nuestro tiempo, sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice.» Esta afirmación audaz e intencionada del padre Orlandis podía en cierto modo servir para caracterizar históricamente al padre Ramière. Fue éste representante impulsor excelso de aquel movimiento que iniciaron en Francia los apologistas contrarrevolucionarios. Nos referimos al «ultramontanismo», al progresivo acercamiento característico de las décadas de mediado el siglo xx, de los católicos franceses respecto a la Sede Romana. En esta corriente ultramontana, que tanto impulso adquirió en el pontificado de Pío IX, con actitud decididamente antiliberal, y que tuvo como órgano de mayor influencia y difusión europea a «La Civiltà Cattolica», se señala de modo particular el padre Ramière por su visión sobrenatural de la Iglesia. No dejó nunca de situar la cuestión en este punto de vista: «el galicanismo, considerando demasiado el lado humano del Papado, creía que no podían tomarse demasiadas precauciones para impedir que se desviase por las debilidades humanas el ejercicio de su divina autoridad. La devoción al Corazón de Jesús, al mostrarnos al divino Salvador siempre viviente en su Iglesia, hace que reconozcamos su voz en la de su Vicario, y nos libra del temor de verle faltar a la perpetua asistencia que le ha prometido».⁸

El sistema de pensamiento del padre Ramière, en el que inspiró la admirable institución del Apostolado de la Oración, lo formuló el padre Orlandis cifrán-

8. *Le Regne Social du Coeur de Jésus*, por Henry Ramière, Toulouse, 1892, pág. 13.

dolo en dos principios: «El primero: el Corazón de Jesús es el centro de toda vida cristiana y espiritual, por ser fuente y origen de todas las gracias y dones que Dios hace al hombre, de todos los beneficios que le otorga en orden a su santificación y *divinización*. El segundo: El Corazón de Jesús es principio único y divinamente eficaz de toda restauración y renovación social en el Reinado de su Amor».⁹

A estos dos principios se refieren las dos actitudes fundamentales que el padre Orlandis inspiró a su obra: sobrenaturalismo, antiliberalismo. Imitando el modo de ser generoso y constructivo del padre Ramière y a la vez su intransigente «odio al error» –síntoma inseparable para él de una vida de fe en estado de salud– se dijo en *CRISTIANDAD* por inspiración de su «curador espiritual» que: «*sin dejar de combatirlos* directamente emplearía un método indirecto de eficacia positiva: contra el naturalismo la propagación de la devoción al Corazón de Jesús, fuente de la vida sobrenatural; contra el liberalismo la proclamación de la Soberanía social de Jesucristo, como único remedio para salvar la sociedad».¹⁰

No es preciso insistir en el paralelismo que muestra el entronque ramierista de la obra del padre Orlandis. Señalemos solamente el carácter nuclear que en la doctrina y el espíritu cristianos tienen los puntos capitales en que se concentró el esfuerzo apostólico del padre Ramière y, coincidiendo con él, de nuestro padre Orlandis.

«El Corazón de Jesús, fuente de *vida sobrenatu-*

9. *Pensamientos y ocurrencias*, del padre Ramón Orlandis, S. I., que se publica en este mismo número.

10. «El porqué de esta revista», número de prueba de *Cristiandad*, 1944.

Jesús y María sean siempre en nuestras almas. Me alegro de poder unirme a la celebración de los 50 años de la muerte del padre Orlandis, pues es una manera de agradecer todo lo que he recibido de Schola.

Recuerdo que la primera vez que fui a Schola fue el día de la Inmaculada de 1990. Entonces yo ignoraba que ese mismo día en Roma Juan Pablo II aprobaba las Constituciones genuinas de santa Teresa para las Carmelitas Descalzas. Fue en Schola donde oí hablar por primera vez de la entonces sierva de Dios M. Maravillas y donde conocí más a fondo a santa Teresita. Y fue en Schola donde, sobre todo, descubrí al Corazón de Jesús.

Cuando al año y medio del aquel 8 de diciem-

bre entré en el Carmelo, me di cuenta de cómo mi paso por Schola había sido providencial para mi vocación. Las palabras del Corazón de Jesús a santa Maravillas –«Mi Corazón necesita ser consolado»– me parecieron la llamada que desde el Carmelo Él quería hacer en este tiempo.

Hoy me uno a todos vosotros agradeciendo a Dios la obra del padre Orlandis y todo lo que hemos recibido gracias a su fidelidad.

Ya sabéis que desde este rincón del Carmelo esta pobre carmelita os recuerda y os encomienda siempre.

M.^a PALOMA DE SAN JOSÉ, I.C.D.
Tiana (Barcelona)

ral, fuente de la *divinización* del cristiano». Este centro del dogma, fue el tema permanente del padre Ramière en el *Messenger*. Entendía que la revelación del Corazón de Jesús se dirigía precisamente a llamar de nuevo la atención de los cristianos sobre el misterio de su filiación divina por su incorporación en Cristo. En un tiempo en que –como se ha escrito– «la teología corriente había olvidado la tesis central de la divinización», su genio apostólico, o mejor dicho su instinto cristiano, hicieron que consagrara su vida a la difusión del gran dogma de la incorporación de los cristianos a Cristo, y que comprendiera la devoción al Corazón de Jesús, así entendida, como el completo desarrollo de la piedad cristiana. Fue por esto sin duda que pudo ocupar en la historia del apostolado y de la teología del Corazón de Jesús su lugar tan excepcional.

El padre Orlandis con una mentalidad y formación teológica más profunda y elaborada, en muchos aspectos, participaba de estas convicciones y sentía una admiración íntima por la obra del padre Ramière. Insistía en recomendar, como la más excelente lectura espiritual la obra «El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano».

Los aspectos en que el pensamiento del padre Orlandis avanzó en profundidad, siguiendo la misma dirección en que se movió el fundador del Apostolado de la Oración, son aquellos principalmente a que él mismo alude en *Pensamientos y ocurrencias*. Su importancia y urgencia en la moderna espiritualidad son evidentes. Centrando el misterio cristiano en el Corazón de Cristo, del Verbo hecho Hombre, para que los hombres fuesen por Él divinizados, aparece la conexión entre el culto al Corazón de Cristo y el dirigido a la persona divina del Espíritu Santo, Amor subsistente y personal, Don divino que se comunica a los hombres y habita en el alma del cris-

tianismo. No es aquí lugar ni ocasión para referirnos a las profundas concepciones teológicas con que el padre Orlandis, en la línea del padre Ramière, buscaba «alguna inteligencia» de este misterio de la inhabitación del Espíritu Santo. Nos parece que podría decirse que fue esta la preocupación central que impulsó gran parte de sus investigaciones teológicas y filosóficas. Recordemos sólo la insistencia con que urgía cuán necesario es para los fieles «conocer al Espíritu Santo», y con cuánto entusiasmo y convicción compartía la idea que expresaba el padre Ramière al decir: «¿Qué debemos hacer para poder obrar obras divinas? Imitar al Corazón de Jesús y, como Él, no obrar sino bajo la influencia del Espíritu de Dios. Así la devoción al Espíritu Santo se confundirá en nosotros con la devoción al Corazón de Jesús, y nos llenaremos de la plenitud de Dios».¹¹

En la perspectiva de esta teología, el padre Orlandis insistía con personalísima preocupación en profundizar en la idea ramierista también y de tradición montfortiana,¹² de la *maternidad espiritual de María, Esposa del Espíritu Santo* de quien Cristo nace, en su cabeza y en sus miembros. El cristiano, hecho miembro del Cuerpo de Cristo que es su Iglesia, recibe, por la fecundidad del Espíritu Santo, la divina filiación adoptiva «*en el seno de María*». La devoción y la consagración a su Corazón Inmaculado y *Maternal* –insistía con especial interés en esta advocación– se asociaron por esto mismo, en las campañas que él inspiró, a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Antiliberalismo

TENEMOS el ejemplo del padre Ramière –dijo en memorable ocasión el padre Orlandis– cuya fórmula podemos decir que era: el cristianismo no ha venido a suprimir nada de lo propio a la naturaleza humana, sino a jerarquizarlo todo en un orden de valores conducente al fin sobrenatural.»

En estas palabras pronunciadas en 1943, encontramos inesperada y curiosamente reducida a una sola fórmula aquella doctrina cifrada en el doble principio antes aludido. Es este un punto que conviene sobre todo subrayar, porque nos puede dar la clave para superar sutiles y deletéreas confusiones en que nos sume un ambiente y mentalidad que solemos llamar «moderno». Solemos en efecto considerar antinómicamente lo personal y lo social, lo íntimo y

Muy estimado padre Suñer:

He recibido la invitación a los actos del Memorial del padre Orlandis, y me adhiero a este recuerdo de tanta eficacia por el ejemplo y la obra en Barcelona.

No puedo participar porque, como sabéis, el Sr. Cardenal nos invita a reflexionar sobre el Plan Pastoral en los mismos día y hora en Santa María del Mar.

Pongo ante el Sagrario la venerada memoria del padre Orlandis y su obra, que perdura con considerables frutos para la Iglesia.

Afectuosamente,

FRANCISCO MUÑOZ ALARCÓN, pbro.

11. Enrique Ramière, S.I., *El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano*, Bilbao, 1931, capítulo VI.

12. Véase el artículo del padre José Caballero, S. I., «Una consagración mariana modelo», *Cristiandad*, núm. 257, diciembre de 1954, pág. 389

profundo y todo cuanto se refiere a la justicia y al derecho, la ley y el amor. Tendemos a sentir sobre todo las antinomias que nos planteamos en torno a la naturaleza y la gracia, a lo divino y lo humano.

Efecto de esta mentalidad es el que resulte sorprendente a muchos el hecho de que el padre Ramière, el *más* grande de los precursores de la teología del Cuerpo Místico de Cristo, fuese el primer y más consciente teólogo de su Reinado social, el vindicador de los derechos del Hijo de Dios encarnado y de su Iglesia sobre la sociedad humana, teólogo de la infalibilidad y de la autoridad del pontificado, adversario tenaz y progresivamente consciente del galicanismo y del liberalismo.

El espíritu unitario y sintético del padre Ramière, que veía en unidad la naturaleza y la gracia, el hombre con todas sus dimensiones personales y sociales, le hizo apto para la comprensión total del Reinado del amor de Cristo. Fue indiscutiblemente el principal heraldo de aquella corriente espiritual a que alude Pío XI en el famoso pasaje de la *Miserentissimus Redemptor*, en que se habla de los devotos del Corazón de Jesús que, oponiéndose al «no queremos que Éste reine sobre nosotros» de la impiedad revolucionaria proclamaron con valentía: «Es necesario que Cristo reine, venga a nosotros tu Reino».

El padre Orlandis en modo alguno hubiera considerado lícito que el Apostolado de la Oración renunciara a su gloriosa tradición, por la que mereció

desempeñar un papel de primer orden en el movimiento que promovió la institución de la fiesta de Cristo Rey. No debemos olvidar nunca quienes recibimos su formación el empeño con que procuró suscitar, principalmente a través de la revista *CRISTIANDAD*, las campañas que más directamente entroncaban con la idea de la consagración pública y universal al Corazón de Cristo entendida como proclamación de su Realeza. La expresión tal vez más característica de su síntesis, en que se contienen trabajos de valor definitivo —escritos por el padre o, bajo su dirección e inspiración por Jaime Bofill, Pedro Basil, y José-Oriol Cuffí Canadell— fué precisamente el folleto «Hacia el cuarto Año Jubilar», aquel verdadero libro de oro, como lo calificó en 1948 el padre Murall, S.I., en unas inolvidables conferencias.

La misión del Apostolado de la Oración

CUÁN rectamente sentía el padre Ramière —se decía en 1949 por la Dirección General del Apostolado de la Oración— que con incansable trabajo proclamó muy alto: Venga a nosotros el Reinado Social de Jesucristo por la devoción a su Corazón Santísimo!»

»También en nuestros tiempos, cuando el naturalismo y el materialismo producen en abundancia sus amarguísimos frutos, es necesario que se le-

¡Venga tu Reino!

*Y he que aquí que mi canal
se ha convertido en río,
y mi río se ha hecho un mar.
(Eclesiástico 24, 31)*

Aunque no ha cambiado en lo esencial y son bastantes los que estamos siguiendo las huellas de Cristo en los diferentes caminos de entrega a Dios, estoy seguro que cuando me pase por Schola encontraré un buen grupo de caras nuevas que como aquella legión de almas pequeñas quieren ser también instrumentos y víctimas del Amor de Dios, «Así, todo árbol bueno da frutos buenos» (Mt 7,17).

Ser instrumento, en el caso del ser humano y en concreto del cristiano tiene un significado eminentemente activo porque requiere un conocer en las manos de Quién somos instrumentos y un querer serlo en medio de las luchas de cada día. En estas luchas sólo ese conocimiento íntimo y personal de Dios Nuestro Señor será la brújula que nos guíe en medio de nuestro peregrinar en

la tierra. La eucaristía, el evangelio y la espiritualidad ignaciana propia del padre Ramón Orlandis, S.I., son y serán para muchos las fuentes de donde provenga ese raudal «que inunda de sabiduría como el Pisón» (Ecles 24,25).

Muchas de estas caras nuevas son retoños que han nacido de familias auténticas que son para la sociedad reflejo y reclamo de la belleza de la Verdad. Otras caras no son nuevas y ya dejaron de ser retoños pero son corazones inflamados por la sincera devoción al Sagrado Corazón. Unos y otros, son faros de luz en la sociedad contemporánea con el esfuerzo diario por conocer la experiencia espiritual de la Santa de Lisieux y son frutos de la entrega y la docilidad del padre Orlandis.

Con gran afecto e inmensa gratitud me uno en la oración a todos vosotros con motivo del Memorial Padre Ramón Orlandis.

SERVUS IN CORDE IESU,
H. MIGUEL SUBIRACHS, L.C.
Roma

vante entre los católicos *un gran movimiento sobrenatural, que tienda con todas sus fuerzas a que se establezca “el Reinado social de Jesucristo por la devoción al Sagrado Corazón”*. “Es esta la misión suavísima del Apostolado de la Oración”».

Se escribió esto aludiendo precisamente a la campaña promovida en todo el mundo hacia una renovación solemne de la consagración universal al Corazón de Jesús. La idea que en estas palabras se expresa acerca del Apostolado de la Oración, que recordamos haber oído comentar y explicar a nuestro padre Orlandis, exige que se ponga previamente en claro un punto de singular importancia.

Si el Apostolado de la Oración fuese meramente «una liga de oraciones», si sólo fuese propio de él, de un modo totalmente excluyente de cualquier actividad apostólica, *el apostolado de la oración*, no podría contarse en tal caso entre las asociaciones apostólicas propiamente dichas, incluidas en lo que de modo genérico se conoce con el nombre de Acción Católica.¹³ Se daría así el caso de que en esta «movilización general del pueblo cristiano» dirigida a la instauración del Reinado de Cristo,¹⁴ no podría considerarse como fuerza de primera línea a una institución como el Apostolado de la Oración, a la que Pío XI elogiaba precisamente porque «de modo constante desde su fundación hasta nuestros tiempos se propuso como fin peculiar el promover por todos los medios entre los pueblos y naciones el Reinado Social de Jesucristo».¹⁵

El padre Orlandis insistió siempre en concebir el Apostolado de la Oración del modo que quedó definitivamente aclarado en los nuevos Estatutos promulgados en 1952, centrados en la idea de que el programa espiritual que éste propone contiene como una síntesis resumida o norma compendiada de cuidado pastoral. Sin confundir sus actividades con las demás asociaciones apostólicas, ni emprender tal o cual actividad concreta, el Apostolado de la Oración tiene una misión apostólica *propia*, que desarrolla por sus promotores y directores, por sus órganos de difusión —el *Mensajero del Corazón de Jesús* y otros— y de *modo muy especial por sus celadores*: la de difundir el espíritu de la devoción al Corazón de Jesús y promover la corriente espiritual dirigida a establecer su Reinado. Sin usurpar el oficio propio de ninguna otra obra es también por esto el Apostolado de la Ora-

ción una obra apostólica propiamente dicha, que merece como la que más el calificativo de apostolado seglar, o de acción católica, si entendemos este término en sentido genérico.

En el empeño de profundizar en la formación de los celadores —que consideraba tarea fundamental de un director del Apostolado— entendió el padre Orlandis que el mismo bien de éste y la necesidad de hacer apto su espíritu y su doctrina para penetrar en ambientes en los que consideraba él indecoroso el resignarse a la fe del carbonero, hacían adecuado y necesario el dedicar un esfuerzo intenso y constante al estudio «teológico, ascético e histórico de la devoción al Corazón y de su providencial adecuación a las necesidades del mundo moderno». No otra cosa fue la Sección del Apostolado de la Oración por él fundada: SCHOLA CORDIS IESU.¹⁶

La teología de la historia

COMO algo exigido por el propósito de seriedad que caracterizaba su actitud espiritual e intelectual, entendía, el padre Orlandis aquella profundización en el sentido sobrenatural de la vida que perseguía en las investigaciones de teología de la historia. Propósito de seriedad decimos, porque para él nada menos adecuado a estos estudios que una curiosidad ambiciosa o pueril. También en esto seguía al padre Ramière, que dio nombre a esta ciencia, y que la concibió con el mismo fiel espíritu deseoso de conocer la realidad y sentido del Reino de Dios, en cuanto Él haya querido revelarla a los hombres.

El hombre moderno, vive en un mundo cuya apatía pública ha arrancado la fe de una multitud de almas con pretextos e ideales engañosos «sociales» y «políticos». Se le hace sumamente necesario por lo mismo, en la medida de su responsabilidad y de

16. En los estatutos de Schola Cordis Iesu aprobados por la Dirección General del Apostolado de la Oración, se la define como una sección del centro del Apostolado de la Oración erigido en la iglesia del *Sagrado Corazón de la Compañía de Jesús en Barcelona* (art. 1.º). Esta sección se propone «formar miembros del Apostolado de la Oración que... mediante el estudio teológico y filosófico, ascético e histórico de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y de su providencial adecuación a las necesidades del mundo moderno, se preparen para difundir y realizar *el ideal del Reino de Cristo en los aspectos de la vida cultural y social en su más amplio sentido*» (art. 3.º). En su artículo 5.º se establece que *la dirección de Schola Cordis Iesu estará confiada al padre director del centro del Apostolado de la Oración en la iglesia del Sagrado Corazón de Barcelona, o, en su caso, al padre de la Compañía de Jesús que sea designado a tal fin*.

13. Discurso de S. S. Pío XII al II Congreso Mundial del Apostolado seglar.

14. «El Reinado del Corazón de Cristo. Ideal común del Apostolado de la Oración y de la Acción Católica», por Pedro Basil, *Cristiandad*, núm. 206, 15 de octubre de 1952.

15. Breve de S. S. Pío XI al director general del Apostolado de la Oración, de 13 de marzo de 1926.

su cultura, el formarse en un sentido cristiano íntegro, en el «verdadero sentido que en la Iglesia militante debemos tener», de un modo que tenga en cuenta todas las dimensiones de la vida humana, individuales y sociales.

En esta línea el padre Orlandis y el padre Ramière se esforzaron, como buscando el complemento y plenitud del discernimiento ignaciano de espíritus, en llegar a aquel ideal que un teólogo ilustre señala para el hijo de san Ignacio: el de ser «hombre del rastrear divino, con una pista para lo divino y diabólico en los acontecimientos de la historia humana, un hombre que se las arregla en Jerusalén y en Babilonia».¹⁷

Jerusalén y Babilonia, la ciudad de Dios y la ciudad de Satanás, no tienen ciertamente una presencia apreciable empíricamente a primera vista, al modo de las ciudades históricas con cuyo nombre las significamos. Pero tampoco podían ser consideradas como lejanas o trascendentes, ni tampoco como puramente «interiores» al modo que las concibe a veces una mentalidad que atomiza en su visión la sociedad de los espíritus.

Para conocer esta presencia histórica del Reino de Dios, para ver los acontecimientos humanos a la luz de su juicio, ya que «Dios no es nunca neutral ante ellos ni ante el curso de la historia»,¹⁸ el padre Orlandis, avanzado en extensión y en profundidad sobre la tarea de iniciador del padre Ramière, buscó con esfuerzo prolongado durante largos años este «rastrear divino», en el estudio de la Sagrada Escritura y de la historia. No es ésta ocasión para exponer su sistema genial y pacientemente elaborado; re-

17. Hugo Rahner, S. I., *Ignacio de Loyola y su histórica formación espiritual*, Editorial Sal Terrae, 1955, pág. 46.

18. Pío XII en su mensaje de Navidad de 1952.

cordemos únicamente que él mismo caracterizaba este estudio de la teología de la historia como el tema central de su magisterio en Schola Cordis Iesu, y que aquel sistema estaba centrado en una visión «optimista» de los planes de Dios sobre la Iglesia y el mundo. No tenemos por qué esforzarnos en distinguirnos, porque él mismo lo hizo de modo preciso y rotundo, su visión teológica, de las actitudes ilusorias o confusionarias que tienden a reducir a algo meramente exterior y terreno el reino mesiánico. Insistía por otra parte también en señalar el carácter de estímulo secundario que estas «esperanzas de la Iglesia» de carácter probable, ofrecen en la vida cristiana. Insistía en cambio de un modo absoluto en el «optimismo nuclear»: su actitud en esto era para él la puesta en práctica de la consigna pontificia de proclamar tanto más alto y públicamente los derechos de Cristo cuanto más son negados y desconocidos en la sociedad moderna.

La mensajera del amor misericordioso

TRAZARÍAMOS una fisonomía incompleta del padre Orlandis como continuador del padre Ramière si olvidáramos su convicción, que llenaba cada vez más su corazón y su mente, de que en el providencial desarrollo de la devoción al Corazón de Jesús ha tenido una misión decisiva, profundamente misteriosa, la Santa que en frase de Pío XII «ha vuelto a hallar el Evangelio, el corazón mismo del Evangelio»: santa Teresita del Niño Jesús.

Los pocos párrafos que en *Pensamientos y ocurrencias* dedica el padre Orlandis a presentar esta «mensajera de las misericordias inefables del amor

Quisiera, con estas breves palabras, unirme al acto en memoria del padre Orlandis, con motivo del 50 aniversario de su muerte. Es realmente mucho lo que le debo a este santo jesuita por el tesoro que he recibido en la Schola Cordis Iesu que él fundó.

Schola ha sido para mí una verdadera familia –familia de familias– y una verdadera Escuela donde he crecido en la fe, donde he aprendido los fundamentos sólidos de la esperanza y el camino para vivir la caridad.

También me siento profundamente agradecida a todos los que nos han transmitido y siguen transmitiendo con fidelidad a las generaciones más jóvenes todo lo que el padre Orlandis quiso

para Schola. A él le pido que desde el Cielo siga bendiciendo sus trabajos.

La Madre Superiora y toda la comunidad se unen también a este homenaje, desde una gran sintonía de espiritualidad y de ideales. Rogamos que tengan un pequeño recuerdo ante la tumba del padre Orlandis pidiendo que nuestra Orden, la Orden de Hijas de María Nuestra Señora, fundada por santa Juana de Lestonnac, sea siempre fiel a lo que Dios quiere de ella y así contribuya al pronto advenimiento del Reino de Cristo.

M. MARIA PREVOSTI VIVES, O.N.S.
Talavera de la Reina (Toledo)

de Dios hacia las almas débiles y pequeñas» dejan sentir no sé qué emoción íntima de un encanto sublime y tierno. Estas palabras bastarían para revelar a todos cuantos no tuvieron la dicha de haberlo apreciado durante su vida, los aspectos más cordiales y sobrenaturalmente humanos de la grandiosa personalidad del padre Orlandis. Hombre genial y sutil sentía sin contradicción ni antinomia el mismo entusiasmo por las grandiosas perspectivas de la visión del mundo y de la historia, que por los más delicados matices de la vida del sentimiento y del corazón. En lo humano y en lo sobrenatural puede decirse que la seriedad y la ternura eran las cualidades que procuraba con empeño tenaz, por considerarlos básicos para todo esfuerzo de santificación y de apostolado.

Por esto el padre Orlandis estaba subjetivamente preparado para comprender la coherencia y el enlace objetivo entre la corriente espiritual de la devoción al Corazón de Jesús y el evangélico mensaje de santa Teresita. Su visión unificante y total superaba las contradicciones, en que otros tropiezan, entre los «grandes gestos barrocos» que se les antoja ver en el culto al Corazón del Rey universal Cristo Jesús, y las ternuras «infantiles» y «filiales» de la gran hija de santa Teresa.

La responsabilidad de Barcelona

PARECE que el padre Orlandis estuvo providencialmente dispuesto, incluso en los aspectos humanos y naturales de su persona y en los del ambiente y circunstancia en que desarrolló su obra, para concebir la grandiosa visión del mundo, que fundamentada en la verdad revelada, recogía en síntesis unitaria las enseñanzas de san Ignacio y de santo Tomás de Aquino, del padre Ramière y de santa Teresita del Niño Jesús. Después de haberse esforzado durante su vida en suscitar una corriente profunda y fecundante de auténtica vida cristiana, deja tras sí una huella espiritual imborrable.

Y es un hecho que se presenta con singular relieve al considerar el desarrollo de la vida y de la obra del padre Orlandis, que toda la tarea de su época de madurez, la que lleva el sello característico del mensaje que estaba llamado a comunicar, se realizó por entero en ésta que él llamaba «misteriosa ciudad», en esta Barcelona que tan íntimamente comprendía y amaba.

Porque nuestro padre tenía conciencia de esto y expresaba explícitamente su convicción. Creía en los destinos providenciales de Barcelona, en su misión al servicio del Reinado de Cristo. Todos recordamos la energía y entusiasmo con que ponderaba las

inmensas posibilidades de su «alma cristiana» que reveló Barcelona en el Congreso Eucarístico Internacional.

Consecuente con la seriedad de su carácter, con la conciencia tremenda de las trágicas condiciones del presente y del porvenir del mundo tenía también una viva y despierta conciencia, tensa y exigente, de la responsabilidad de esta noble ciudad.

«Me parece sin poderlo dudar, que tengo más obligación y deuda a la ciudad de Barcelona, que a ningún otro pueblo de este mundo», decía san Ignacio de Loyola. Muy probablemente podría también afirmarse que Barcelona, entre todas las ciudades de este mundo, se ha de considerar obligada y deudora respecto de san Ignacio y la Compañía de Jesús.

Aquí pues, en buena tierra, en la primera ciudad de España que recibió la semilla esparcida por el padre Ramière, ha caído también la que ha sembrado el apóstol del Reino del Corazón de Jesús, cuya palabra y cuya vida dejan grabada en la conciencia cristiana de nuestra ciudad «el esfuerzo quizá más profundo y serio que se ha hecho últimamente» en favor de este ideal.

Y el Corazón de Jesús es la señal de salvación, el arco iris de esperanza para la restauración cristiana del mundo. La responsabilidad de Barcelona, su obligación y su deuda quedan aumentadas. Sin duda el padre Orlandis intercederá para que la palabra de Dios que él tuvo la vocación de servir «no retorne ya baldía, sino que prospere todo aquello a que Dios la envió».

Acabo de recibir la convocatoria para Sant Cugat del próximo sábado, en homenaje a la memoria del padre Orlandis, S.I. (epd).

Problemas de movilidad me impedirán, sintiéndolo mucho, acudir a los actos del Centre Borja que se organizan con motivo del cincuentenario.

Presto mi total colaboración y asistencia a distancia del acto y que me asocio a cuanto ocurra en ellos.

No en vano tengo un imborrable recuerdo de la personalidad del padre Orlandis y de las innumerables horas pasadas en Schola en compañía —desde el año 1941— de los Serrano, Serra Goday, Bofill, Lamarca, Sanmartí, Pedro Basil, Creus Vidal, Cuffí, Font Rius, Minoves y tantos otros que siguen disfrutando del padre Orlandis.

JOSÉ M^a MARTÍNEZ-MARÍ ODENA

Recuerdos de infancia del padre Orlandis

TERESA LAMARCA

EN 1921 el padre Ramón Orlandis Despuig fue destinado a Barcelona, a la residencia de la calle Caspe con el cargo de promotor diocesano y director del centro del Apostolado de la Oración de la iglesia del Sagrado Corazón.

Aquí empieza la obra fundamental del padre Orlandis. Como dice la breve reseña que los jesuitas escribieron a su muerte: «Con profundo conocimiento de la potencialidad espiritual de que es capaz el Apostolado de la Oración, desde entonces concentró su actividad en promover de un modo profundo e íntimo la devoción al Sagrado Corazón de Jesús... como el medio más indicado para preparar el reinado social de Nuestro Señor Jesucristo y combatir el naturalismo, el liberalismo y el laicismo, los grandes males de la sociedad».

Fueron largos y fecundos años de sacerdocio, trabajo, estudio, enseñanza, apostolado y magisterio, a través de conferencias, tertulias, publicaciones, dirección espiritual... A esto orientó su vida toda y dedicó todos sus trabajos y obras.

Fundó el Secretariado Diocesano del Apostolado de la Oración con una sección de señoras y la de caballeros que fue Schola Cordis Iesu, dirigida principalmente a la formación de celadores.

Daba gran importancia a la educación y formación de los niños. Por su impulso se fundaron dos colegios: la Escuela Santa Ana y Estudios Schola.

De Schola y de los colegios es de donde proceden la mayoría de mis recuerdos. Son recuerdos de una niña, puesto que cuando murió el padre Orlandis todavía no había cumplido los diez años. Pero quizás nos puedan acercar a su persona.

Viví mi infancia muy cerca de Schola. En 1950 el padre Orlandis hizo ir a mis padres a vivir con M^a Asunción López a un piso en la Vía Layetana, encima del Secretariado del Apostolado de la Oración de señoras. Mi padre trabajaba en Schola, en la revista *Cristiandad* y en los últimos cuatro años (del 1954 al 1958) también en el colegio para chicos que se fundó allí, «Estudios Schola».

Recuerdo las misas en la capilla de Schola donde al finalizar rezábamos las oraciones para después de la Comunión: «Alma de Cristo», «Tomad Señor y recibid», la oración a Cristo Rey... allí las aprendí. Las misas de Gallo, tan solemnes y a la vez tan recogidas y familiares, con el padre Orlandis espléndidamente revestido... Allí hice la primera Comu-

nión. Al año siguiente, en la primera Comunión de Margarita Bofill le dedicó un pareado sencillo y hermoso: «*Margarideta, Margaridoia, / del Bon Jesús ets la joia*».

Para obtener la curación del señor Modolell, íbamos todos los días a hacer la novena al venerable Claudio la Colombière y conseguir así su beatificación.

Muchos domingos acompañábamos a mi padre a Schola porque tenía que hablar con el Padre y allí encontrábamos a Pablo López, a su esposa M^a Aurelia, a algunos de los «jóvenes» de Schola, Florencio Arnán, que nos hizo de la Santa Infancia, Sevilla...

Era una Schola cuyas familias quizás no estaban tan unidas como ahora. Con todo, yo recuerdo la buena convivencia en Viladrau con los Bofill, los Canals, los Peira, la familia Freixa... y también una convivencia allí familiar y cercana con el Padre que sabía gozar incluso viendo como trillaban el trigo.

Recuerdo al padre Orlandis en Schola. Le recuerdo muy mayor, encorvado, andando despacio, un poco vacilante, apoyado en alguien, a veces en el hombro de mi hermano a quien le oí decir: «*Tú serás el báculo de mi vejez*». Con una sonrisa muy dulce, fina, silenciosa, alegre, calmada, acogedora. Tenía con nosotros los niños un trato muy sencillo. Su presencia infundía respeto, en ningún caso temor. Pienso que tenía un corazón de niño porque parecía que gozaba con nosotros; nunca tuve la sensación de que le molestáramos, de que tenía prisa o que no le dejábamos hacer algo mucho más importante. Gozaba con nuestras obras de teatro y nuestros cantos. Mi tía cuenta que una vez que mi padre, pequeño, estaba enfermo, el Padre había ido a visitarle. Al despedirse, simulaba que se equivocaba y en lugar de ponerse su sombrero se ponía el de colegiala de mi tía, para hacer reír y alegrar a los pequeños.

En 1953 se fundó la escuela Santa Ana en unos locales de la parroquia de Santa Ana. Empezó con diez niños, como parvulario para niños y niñas que luego continuaban allí sus estudios. Los chicos al hacer primero de Bachillerato pasaban a Estudios Schola, que se fundó en 1954 en dos habitaciones de la galería de Schola, junto al despacho del padre Orlandis, aquel despacho que tenía una puerta acolchada, como de médico, y en el centro un timbre de rosca, y donde prácticamente vivía. Dentro

había una mesa, muchos libros y sillas o sillones para sentarse.

El Padre daba mucha importancia a estos colegios. En una conferencia de 1956 decía: «... *aquí está comenzando un colegio, al cual yo doy mucha importancia, mucha, pero que mucha importancia, y creo que no lo entienden los que no le dan importancia...*». Los seguía de cerca. De cierta profesora decía que no era apropiada para estar con niños porque tenía una voz muy masculina. A Santa Ana vino a hablarnos de santa Teresita. A este día pertenecen las fotografías que hizo el señor Minoves, las últimas que quedan de él.

Una vez que las niñas del colegio Santa Ana le fuimos a representar una obrita de teatro (el *Paso de las aceitunas*, de Lope de Rueda) se sentó en la silla más cercana a nosotras. Se reía muchísimo, con una



risa sin estridencias, se le veía que gozaba mucho viéndonos. Incluso se sacaba fuera de la sotana aquel audífono rectangular que a veces silbaba, y lo acercaba a nosotras para oírnos mejor. Hasta diría que nos hizo repetir alguna parte.

Para el colegio de Schola hizo un plan de estudios basado en las humanidades clásicas. Instaba, según sus propias palabras, a la «*asidua y determinada lectura de los autores clásicos... fuentes inagotables de buen gusto... donde surge en toda su hermosura el orden más admirable de las facultades humanas*», «*se ve a las claras cuánto [hace] adelantar en buen gusto el juntar a la lectura de Shakespeare la de los trágicos antiguos y la de nuestros clásicos del buen siglo*». Daba mucha importancia a la formación del gusto para prepararnos a gustar de veras lo más importante: el amor del Corazón de Jesús.

Quería acercarnos a este Corazón y que le amáramos por encima de todo. Él decía: «*aunque historiador parezco, sólo misionero soy*». Verdaderamente, esto fue durante toda su vida: misionero del Corazón de Jesús. Repetía: «*dicen que siempre hablo de lo mismo*» pero «*nunca predicaré otra cosa mientras viva*» porque «*Jesús es persona de gran Corazón*».

Es por esto que a mí me dio la primera Comunión a la temprana edad de cinco años y no me exigió en aquel «examen» previo, un conocimiento completo del Catecismo o una conducta intachable, sino que tuvo suficiente con saber que yo tenía fe, fe en Jesús que está realmente en la Sagrada Forma. También para facilitar que estuviéramos cada día muy cerca de Jesús nos dio permiso, a mis hermanos y a mí, para tomar un vaso de leche antes de salir de casa de modo que pudiéramos comulgar todos los días antes de llegar al colegio (entonces el ayuno eucarístico era desde la medianoche).

Una temporada que me portaba mal me hicieron ir a hablar con él a su despacho. Allí me hizo sentar y me fue preguntando y hablando para corregirme con seriedad y dulzura. Al final me regaló una biografía de Genoveva de Bravante y me dijo: «*Cuando lo hayas leído vienes y hablaremos sobre el libro*». Al cabo de un tiempo fui y me estuvo preguntando y comentando los pasajes más bellos de la obra. Esta era su manera de hacer: curar el mal haciendo levantar la mirada y el espíritu hacia la belleza y el bien, hacia el *Buen Jesús*, como le llamaba él.

En los colegios se fomentaba en la piedad un trato familiar, respetuoso y cercano con Jesús sacramentado: bajábamos todos los días a la iglesia de

Dos instantáneas tomadas por José M^a Minoves de la visita del padre Orlandis a la escuela Santa Ana, a la que alude Teresa Lamarca en este artículo.

Santa Ana y arrodillados en el comulgatorio, alrededor del sagrario, nos enseñaban a hablar con Él con fe y con confianza.

En el Mes de Mayo bajábamos a cantarle a María cantos sencillos pero siempre muy escogidos, profundos, de buen gusto, hermosos, de nuestra tierra, en catalán o en castellano, o en latín. El Padre era muy devoto de la Santísima Virgen; nos la mostraba en el bellissimo cuadro del altar de Schola como el camino por donde se derraman hasta nosotros todas las gracias del Corazón de Dios. En sus últimos días, en la enfermería de Sant Cugat, murmuraba la canción «*Oh Maria, mare mia, / oh consol del trist mortal, / ampareu-me i guieu-me a la patria celestial...*», que seguro había aprendido en su infancia.

Nos inculcaban un profundo amor al Papa y a la Iglesia. Recuerdo que escribimos a Pío XII para felicitarle en su 80 aniversario y la respuesta llegó en plena fiesta de la Virgen de Montserrat firmada por el cardenal Montini, el que después sería Pablo VI.

¡Con qué solicitud viviríamos, ya fallecido el padre Orlandis, la enfermedad y muerte de Pío XII, el Cónclave y la elección del nuevo Papa! Cuando la *fumata* blanca indicó que ya teníamos Papa, bajamos a la iglesia, con una alegría inmensa, a dar gracias a Dios.

Preparando la fiesta de san José, hacíamos sacrificios poniendo por cada uno un granito de trigo en una cestita para que una vez molidos sirvieran para las formas que los nuevos sacerdotes debían consagrar en el día de su ordenación, el día de san José.

En los colegios quería que con trabajo serio, dedicado, constante y humilde se fueran formando nuestras mentes y nuestros corazones, que se elevaran, de modo que todos los estudios de la ciencia y del saber, toda la belleza del mundo, dentro de una unidad, de un mismo sentido, nos llevaran a gustar el amor del Buen Jesús, a gustarle para no separarnos nunca más de Él. Así en unos versos dice: «*Amb el record del cel tot té bellesa / l'amor, la ciència, el contemplar del món*». Y M^a Asunción López dice que el Padre «tenía un modo especial de enseñar, nunca agobiante, aunque era continuo, vastísimo, pues versaba sobre todo y lo aplicaba a todas las ocasiones».

Orientaba mucho al estudio de la historia, eje y nervio de sus estudios, conferencias... que, decía, «*viene a ser el pedestal del Reinado Social de Jesucristo*». A mi padre le salvó, a los quince años, de una crisis de fe mediante el estudio de la historia.

En nuestra escuela no había notas (para nosotros las calificaciones no tenían ningún valor especial).

Nos teníamos que formar muy bien no para «hacerlo bien» sino para «hacer bien». Oigámosle a él mismo explicar esto: «*Yo no pretendo hacerlo bien, yo pretendo hacer bien. Mirad, el día 2 cumpliré ochenta años y ¿qué sacaré yo de hacerlo bien? que digan: ¡Qué bien lo hace o qué mal!, tanto da una cosa como otra. Lo que deseo es hacer bien, porque esto es lo único que llevaré al otro mundo: hacer bien. No digo que: sí, hemos de procurar hacerlo bien, esto es otra cosa, pero no por hacerlo bien, sino por hacer bien*» (conferencia del 28 de noviembre de 1955). Y en otra conferencia del lunes anterior dice: «*Encomendadme a Dios, ya que he de hacer esto... ¡Me lo han pedido! Que Nuestro Señor, no, no me lo haga hacer bien, no, no, hacerlo bien no, hacer bien... La fórmula creo que es esta: hacerlo bien no, hacer bien. ¿Qué sacaré yo de hacerlo bien? ¡Hacer bien!... Lo ha hecho muy bien ¿y a mí qué me importa? ¿He hecho bien o no he hecho bien? Por consiguiente, para hacerlo bien, he de trabajar. Ahora, para hacer bien he de esperar que Nuestro Señor haga fructificar ese poco que puedo hacer yo*».

El 24 de febrero de 1958 murió en Sant Cugat del Vallès, donde había sido trasladado un mes antes. Recuerdo que le llevábamos a su despacho flanes que le hacía mi madre y que era lo único que tomaba antes de que le llevaran a la enfermería.

Sobre su tumba, sólo tres fechas, dice María López, «evocan lacónicamente los largos años de sacerdocio, trabajo, estudio, enseñanza y magisterio del hijo de san Ignacio».

Fui testigo de la triste orfandad en que quedaron sus discípulos porque, otra vez citando a María López, «además de maestro era para todos el confidente, el amigo, el padre que se prodigaba y daba sin contar, como da la persona que ama, porque el padre Orlandis amaba a sus discípulos». Que él nos acoja en el cielo donde prometió esperarnos.

Gracias, padre Orlandis, por habernos señalado el camino del cielo, el amor del Corazón Sacratísimo de Jesús, y la fuente que derrama todas sus misericordias, la Santísima Virgen, Medianera de todas las gracias. Y confiamos en que nos saldrá a recibir a la puerta del cielo, como prometió.



Un optimismo sobrenatural

PERE BASIL SANMARTÍ (†)*

CORRÍA el año 1942. Un buen amigo, Fernando Pérez del Pulgar, había solicitado nuestra colaboración para una revista. Su propuesta cayó oportuna, pareció como una llamada providencial. En el mes de octubre el Papa había consagrado el mundo al Inmaculado Corazón de María, *para que su acción y patrocinio aceleren el triunfo del Reino de Dios*. Y ante este mundo en plena guerra, *desgarrado por feroces discordias, ardiendo en un incendio de odios, víctima de la propia iniquidad*,¹ nosotros sentíamos la necesidad —el padre Orlandis nos la había inculcado— de despertar un sano optimismo, fundado en una sólida esperanza de remedio: «*Cor Iesu Sacratissimum. Adveniat Regnum tuum*». De ahí nació la idea de esta revista.

Y un buen día nos dijo el padre: He pensado ya el título... CRISTIANDAD.

* * *

Su sentido teológico de la historia se manifiesta en la elección de este título.

«La actualidad perfecta, absoluta, definitiva es Cristo, piedra angular del templo de Dios, que es el cuerpo místico de Cristo, y la obra eterna de Dios es la formación de este Cuerpo Místico... obra actual y actualizante. Éste es el único sentido de la historia, que ojos miopes creen sorprender en movimientos cíclicos o progresivos, carentes de sentido, de vida, de razón de ser...».²

CRISTIANDAD, para el padre, no era sólo un recuerdo, mera evocación de *un hecho histórico*. Era la afirmación de *un ideal histórico* perenne; más, todavía, «un prenuncio de promesas y victoria; de la victoria de Jesucristo por amor, sobre un mundo sublevado contra su imperio de amor».³

* Pere Basil Sanmartí († 2005), miembro de Schola desde 1932, tuvo siempre en los temas fundamentales una penetración profunda con el padre Orlandis y en *Cristiandad* escribió artículos importantes y definatorios, especialmente sobre la esperanza en la paz de Cristo en el Reino de Cristo. A él se debe el nombre de *Schola*, para designar al grupo de discípulos del padre Orlandis que se venían reuniendo desde 1925, al principio con el nombre de *Iuventus*. Como abogado, Basil prestó importantes servicios tanto a *Cristiandad* como a Schola Cordis Iesu.

1. Del radiomensaje de S.S. a Fátima, con motivo de dicha consagración (octubre de 1942).

2. R. Orlandis, «Cuatro años decisivos», *Cristiandad*, número 146.

La Cristiandad medieval, aquella «verdadera sociedad de naciones, que era una familia de pueblos cristianos»,⁴ representó, sin duda, un paso incipiente en la realización de este ideal. Su actualidad para nuestros tiempos no significa —claro está— un retorno a las formas contingentes del pasado, sino la vuelta al espíritu que las informó: *la síntesis de la religión y la vida*,⁵ rota en lo individual por el protestantismo (divorcio entre la fe y las obras) y en lo social por el liberalismo (divorcio entre la vida privada y la pública).

Pero, «cuanto más dista el mundo de la plena realización de este ideal, cuanto mayores son las exigencias malaventuradas de la hipótesis, más necesario es conservar puro en la mente, y en el corazón este ideal, y profesarlo públicamente».⁶ Por esto el padre veía CRISTIANDAD, no como una revista más, una revista buena, sino como el órgano del *ideal cristiano*, de aquel espíritu de la Cristiandad, hoy concretado en la idea salvadora del REINO DE CRISTO que los papas insistentemente proponen, como *único remedio y esperanza*, al mundo enfermo de nuestros días.

«Su único remedio —decía el padre— es volver a sujetar y adaptar su inteligencia y su conducta a la doctrina que le dio vida. Es necesario que el mundo penitente vuelva a tomar sobre sí el yugo de la doctrina de Cristo, que es yugo suave porque es el de la verdad.»

«Pero —añadía—, ¿cómo persuadir al mundo a este necesario viraje?»

«Sería craso error e insensatez poner esperanza en la fuerza material. Ni la Iglesia cuenta con ella ni es el camino de Dios».⁷

* * *

Si los hombres cayeran en la cuenta de que Dios tiene Corazón, todo estaría salvado. Esta frase, que el padre no se cansaba en repetirnos, constituye, en verdad, la clave de la solución.

3. R. Orlandis, «El arco iris de la *Pax Romana*», *Cristiandad*, núm. 54.

4. Pío XI, *Ubi arcano*.

5. Pío XII, discurso con motivo de la canonización de san Nicolás de Flüe.

6. R. Orlandis, «¿Somos pesimistas?», *Cristiandad*, núm. 73.

7. R. Orlandis, «La Cruzada en los Ejercicios», *Cristiandad*, núm. 149.

La fuerza no sirve. La sola convicción no basta.⁸ *Sin Mí, nada podéis hacer* (Jn 15, 5). Sólo hay un medio, el mismo Cristo, camino sobrenatural para alcanzar nuestro fin trascendente, que lleva consigo dos consecuencias en el plano natural: el orden interior de nuestras potencias y el orden exterior con nuestros semejantes; la ordenación y pacificación de nuestra vida, la ordenación y pacificación de los pueblos.

Porque Jesucristo es el único que puede mover interiormente a los hombres, ya que, *siendo Dios, ve los corazones* (3 Reg 16,7) y *en los corazones tiene su reino*.⁹ Por esto decía el padre: «por la Persona del Maestro, a la aceptación de su doctrina; por la Persona del Rey, a la aceptación de su Ley».

Y como *medio* providencialmente adecuado, *en las circunstancias turbulentísimas de la edad moderna*,¹⁰ Cristo nos ofrece su Corazón, *símbolo e*

8. «... para persuadir al mundo de que quiera volver a Cristo parece que se ofrecen dos caminos: el de la convicción y el de la fe; o convencer al mundo de la bondad intrínseca de la doctrina de Cristo, o el de reconocer a Cristo como redentor y salvador, como el único maestro y, rindiéndole homenaje, admitir sin discusión ni mutilación su doctrina y su verdad. Este segundo fue la sapientísima táctica del Maestro de los maestros al predicar su Evangelio y la seguida por los Apóstoles y por la Iglesia docente: el homenaje rendido a la soberanía doctrinal de la Verdad divina, el camino de la fe». (R. Orlandis, «La Cruzada en los Ejercicios», *Cristiandad*, núm. 149.)

9. Pío XI, *Ubi arcano*.

10. Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*.

11. León XIII, *Annum Sacrum*.

imagen expresa de su Caridad infinita, la cual nos mueve al amor mutuo.¹¹

De ahí la conexión de medio a fin entre la devoción a su Corazón y la voluntaria aceptación de su Reino; conexión fundada en las revelaciones de Paray-le-Monial, desarrollada en los escritos del padre Ramière, e incorporada hoy al magisterio de la Iglesia por los últimos papas; conexión tan íntima que ha venido a fusionarse en una: el *Reinado del Corazón de Cristo*, reino individual y social, pero no meramente externo, jurídico, sino también interior, espiritual, porque es un Reino de Amor, el Reino de la infinita Caridad.

Hilaire Belloc decía: «No encontraremos el remedio para el mundo, hasta no haber convertido el mundo». ¹² Lo mismo pensaba nuestro padre Orlandis: «Pacificar el mundo sin convertirlo, es una utopía», pero añadía: «convertir el mundo es posible» (basta recordar la evangelización de los primeros siglos). Y con un optimismo sobrenatural, fundado en las promesas del Corazón de Cristo, decía: «los dolores del mundo actual no son de agonía, son de parto. Dios quiere salvar este mundo por su Corazón». Y lo fue repitiendo hasta su último aliento. Se lo oí por última vez en su lecho de muerte: «la salvación del mundo está en el Corazón de Jesús».

Es que el padre Orlandis creyó firmemente en aquellas palabras de León XIII, al consagrar el mundo al Corazón Sacratísimo: «En Él hay que poner la *esperanza*; de Él hay que *impetrar* y *esperar* la salvación». ¹³

12. En su obra *La crisis de nuestra civilización*.

13. Encíclica *Annum Sacrum*.

Con nuestro más afectuoso saludo en Jesús y María.

Paz y Bien.

Les agradecemos con todo el corazón la invitación a los actos del Memorial Padre Ramon Orlandis con motivo del cincuentenario de su fallecimiento.

Como somos de clausura que no salimos a la calle y además pobres tenemos que conformarnos con acompañarles solamente en lo espiritual: eso sí, estamos con Vds. asistiendo a todos los actos, ya que nos mandan la fecha y las horas en que lo celebrará.

Lo celebraremos también con mucha alegría y satisfacción, pidiéndole al padre Orlandis que

siga ayudándoles lo mismo espiritual como materialmente para que puedan seguir adelante con la revista tan buena «Cristiandad». Por ella nos enteramos muchas veces de cosas que nunca habíamos oído hablar de ellas.

Muy agradecidas por todo y saben que les tenemos siempre presentes en nuestras pobres oraciones pidiendo al Señor les bendiga y colme de gracias, de paz y de bien.

Con un saludo afectuoso de todas las hermanas pidiendo al Señor que todo resulte bien en honor del padre Orlandis, queda muy atte. afma. en Jesús y María.

SOR M.^a DEL SOCORRO MARTÍN, OCC
Villamañán (León)

Setenta y cinco años*

JOSÉ MARÍA PETIT SULLÁ (†)

EL presente número de nuestra revista está monográficamente dedicado a dar noticia y comentar el setenta y cinco aniversario de Schola Cordis Iesu.

Es un número conmemorativo de algo que nos pertenece muy plenamente pues puede decirse que CRISTIANDAD es –desde 1944– el fruto más natural e intrínseco de esta asociación. Cincuenta años atrás –porque CRISTIANDAD los tiene ya sobradamente– el que fue su inspirador, el padre Ramón Orlandis, decía de ella que no era órgano ni oficial ni oficioso del Apostolado de la Oración, aunque bebía de su espíritu y se inspiraba en el ideal del padre Ramière: «Al reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón». Pero era a todas luces evidente que la revista la hacían, bajo su responsabilidad, los miembros de Schola Cordis Iesu, cuyos estatutos la definen como una asociación privada de fieles que se caracteriza por ser una sección del Apostolado de la Oración.

CRISTIANDAD, nacida de Schola Cordis Iesu, es el vehículo de expresión de su razón de ser y forma parte esencial de su apostolado en el seno y al servicio de la Iglesia.

La celebración del aniversario de Schola –como abreviadamente se la llama de ordinario– consistió, por entero, en rendir homenaje a su fundador, el insigne padre Ramón Orlandis Despuig, S.I. Rendirle homenaje quiso decir hacer memoria de su tarea y de su magisterio y, en particular, penetrar en su enseñanza, que podemos calificar de inspirada y profética. Esta memoria y esta reflexión pública de su enseñanza se realizaron en las tan concurridas conferencias, pero también hubo lugar para las reflexiones personales que tan emotivos y esplendorosos actos nos sugirieron a cada uno de los miembros de Schola.

Una de las plasmaciones prácticas de este homenaje, que sin duda dejará más huella, ha sido la publicación de un libro que recoge, entre otros, el conjunto de sus artículos aparecidos en CRISTIANDAD,

*Artículo publicado en el número 825-826, de abril-mayo de 2000, dedicado al setenta y cinco aniversario de Schola Cordis Iesu. En este breve artículo se percibe hasta qué punto José María Petit había entendido y vivía la esencialidad del padre Orlandis. El testimonio de su hija Imma en estas mismas páginas lo corrobora. Se muestra así como un fruto esplendoroso del carisma del padre Orlandis.

para poderlos tener más a mano y saborear mejor la unidad de su doctrina y la solidez de su argumentación. Podemos decir, a partir de hoy, que tenemos el libro del padre Orlandis, el libro que –gestado en la vida interior del padre Orlandis– vio la luz a la vera de la revista CRISTIANDAD.

El conocimiento, a través de la revista que ahora aparece, de lo que fue el aniversario, dará a conocer, un poco más, el pensamiento y la tarea de persona tan genial y piadosa. Como preámbulo a este número, ¿cabe calificar aquí, en este artículo a modo de editorial, la doctrina del padre Orlandis? Si el lector así lo considera o, al menos, lo tolera, nos preguntamos: ¿es posible sintetizar lo mucho que irradiaba de su privilegiada mente y ardía en su celoso y apasionado corazón? En cualquier caso, dejaremos constancia de lo que hemos alcanzado conocer los que no le llegamos a conocer personalmente.

Que el padre Orlandis era un «jesuita sabio» es bastante tópico y, desde luego, muy verdadero. Personas que le trataron con intimidación avalan, sin titubeos, su profundidad y su cultura y aun nos hacen adivinar que lo que emergía de sus conocimientos era sólo una parte de lo que había en el fondo, como sucede con un iceberg. ¿Qué no había de ser aquel que ha sido llamado «devorador de libros» y que, sin embargo, era «hombre de tres libros», la *Suma teológica* de santo Tomás, los *Ejercicios* de san Ignacio, los *Manuscritos* de santa Teresita del Niño Jesús.

Y por eso último ya se ve también que el padre Orlandis era hombre en alto grado «sobrenatural», es decir, que no sólo sabía que la gracia, suponiendo la naturaleza, la perfecciona –como dicen maravillosamente en el plano intelectual todos los grandes libros de santo Tomás– sino que la naturaleza está destinada por libre disposición divina a recibir la gracia, como don gratuito, de manera que sólo entonces conocemos verdaderamente lo que es el hombre y cuál es su destino, según se aprende, de modo práctico, en el librito de san Ignacio. Y aprendió finalmente, de santa Teresita, que la gracia a que Dios nos llama pasa tan por encima de la naturaleza que la consideración verdadera del hombre exige, con necesidad de medio, la virtud de la humildad, esto es, la gozosa aceptación de su radical pequeñez; y una consideración tan plena –tan sentida– de la gracia –aquello que se da gratuitamente– que nos hace reconocer su procedencia sólo en el amor mi-

sericordioso de Dios que asume y resuelve todas nuestras miserias.

Esta sobrenaturalidad «total», es decir, a todos los niveles, caracteriza al padre Orlandis más que ninguna otra cosa. Al decir a todos los niveles que-remos decir que consideraba que se ha de sobrenaturalizar no sólo la vida humana sino también la misma vida espiritual. Sólo esta última consideración nos libra de la beatería.

Y su manera de ser sobrenatural le llevaba –y esto nos introduce en lo nuclear de su personalidad– a ser «sobrenaturalizador». Por eso dejó escrito algo tan sencillo como insólito: «Esta es la necesidad más urgente de nuestro tiempo, sobrenaturalizarlo todo». A los que les parezca exagerado les decimos que esto es lo que de continuo dice el Evangelio. A los que, pareciéndoles obvio, lo tengan por superfluo, sólo les podemos indicar que si el padre Orlandis decía que era lo más urgente era porque es lo más descuidado. Que hay que «sobrenaturalizar» es el mensaje que debemos oír los que tenemos la tentación de encerrarnos en lo humano de la vida humana. Y que hay que sobrenaturalizarlo «todo» es el mensaje que el padre Orlandis lanza a los que creen ya andar en la perspectiva espiritual.

La obra del padre Orlandis se vislumbra, cada vez más, como intrínseca y, por ello, no sólo perennemente válida, sino especialmente adecuada para nuestro tiempo. El padre Orlandis nos dio un ideal –verdad– para toda la vida, una luz –camino– para todas las situaciones, una fuerza –vida– para todos los acontecimientos.

Y volvemos –cerrando nuestra osadía de hablar del padre Orlandis– a su obra fundamental, la fundación de Schola Cordis Iesu, cuyo aniversario he-

mos celebrado. No hemos vuelto sobre esta obra, que tiene ya setenta y cinco años –y de ellos, cuarenta y dos sin su fundador– ni sólo ni principalmente para explicar lo que es hoy Schola, como quien hace un balance de una gestión, quien da cuenta de un resultado, que considera «presentable» porque, hoy en día –y lo decimos con pena–, hay pocas obras presentables. Pero la generosidad divina nos ha librado de este planteamiento que, por lo menos, es estéril. Nuestro objetivo conmemorativo ha sido empaparnos, un poco más –Dios quiera que mucho más– de un mensaje que nos involucra y que nos trasciende.

La integridad de los pensamientos –meditados– y las ocurrencias –inspiradas–, objetivamente nos alimenta y subjetivamente nos anima, como se «anima» quien se sabe bien «alimentado» y sabe que así puede crecer.

Por ello, gracias a Dios y a la maternal protección del Inmaculado Corazón de María, a quien Schola está consagrada, nuestra asociación crece y echa raíces. Schola Cordis Iesu, que tiene ya muchos años –apenas quedan algunos, muy queridos, de los que vivieron su nacimiento– no se caracteriza, pues, por el tiempo pasado sino por el futuro que, sabiéndolo muy difícil, lo afronta sobrenaturalmente y, por ello, con optimismo nuclear.

Nuestro reto es sencillo: seguir profundizando, seguir avanzando, seguir fructificando. La condición es una sola: no apartarnos un ápice de la «idea-fuerza» de Cristo-Rey, de la gracia eficaz que brota de su misericordioso Corazón. Nuestro consiliario, en uso de la gracia de estado, nos lo recordó, en su documentada y sentida conferencia, con claridad y simplicidad: debemos seguir las enseñanzas del padre Orlandis.

No me es difícil decir alguna cosa sobre el padre Orlandis. Es más, todos deberíamos preguntarnos esto: ¿qué ha significado y significa el padre Orlandis (Schola) en mi vida? Es importante, pues nos daremos cuenta de la cantidad de gracias que recibimos constantemente sin apenas enterarnos... y mucho más, los que lo hemos vivido desde pequeños en casa.

Y es que, para mí, oír hablar del padre Orlandis es como algo familiar. Desde que era pequeña, ha sido un nombre que he escuchado muy a menudo, sobre todo de labios de mi padre. En la mesa, en el café, en una conversación nocturna después del Rosario en familia, era en mi casa una cita frecuente: «com deia el pare Orlandis...» o «ja ho deia el pare Orlandis...». Oír frases como: «Aquest

no és modernista, però ja és savi», eran algo normal que ha formado parte de las conversaciones en mi casa durante toda mi vida.

Mi padre apreciaba al padre Orlandis, y en realidad no lo había conocido en vida (seguro que ahora están también hablando sobre Schola, en la celebración que deben estar haciendo en el Cielo con todos los miembros de Schola que ya están ahí, que no son pocos). Como decía, aunque no lo conoció en vida, de él venía lo que, a través principalmente del doctor Canals, él había recibido en Schola y consideraba nuclear en su vida. Por lo que nos lo transmitía incansablemente a los hijos.

Por ello también yo, como todos los jóvenes que no conocimos al padre Orlandis, estimo y

La vocación apostólica del padre Orlandis*

FRANCISCO CANALS VIDAL

SERÍA tarea audaz tratar de definir cuáles fueron el fin y el contenido de la rica y en cierto sentido diversa tarea de dirección espiritual, de magisterio teológico y filosófico, y de consejo y orientación para la presencia y actividad de los seculares en la sociedad y en la vida pública, del padre Orlandis, a no ser porque él mismo lo expresó en algunos artículos publicados en *Cristiandad*, que se contienen en la presente miscelánea, y de una forma muy especial en un escrito titulado «Pensamientos y ocurrencias».** Redactado en 1934, sus ideas remontan al año 1924, pero no fue reproducido en forma ciclostilada hasta diciembre del año 1942:

«Hace cosa de diez años –decía el padre Orlandis en 1934– me fue viniendo al pensamiento un como esbozo de agrupación, así de hombres como de mujeres; esta agrupación se me antojaba que había de ser aquella *legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del Amor misericordioso de Dios*, objeto de los deseos y las esperanzas de santa Teresita del Niño Jesús».

La fecha de 1924 nos lleva al tiempo inmediatamente anterior al comienzo de las reuniones con el padre Orlandis de los jóvenes congregantes marianos –agrupados con el nombre de *Iuventus*– que serían el núcleo fundacional de Schola.

* Publicado en *Cristiandad*, núm. 825-826, de marzo-abril de 2000.

** Reproducido en este mismo número.

Su reproducción ciclostilada coincide en el tiempo con las conferencias dadas por el padre Orlandis para orientar a los de Schola Cordis Iesu en la fundación de la revista *Cristiandad* (25 de octubre de 1942 y 7 de febrero de 1943).

Por último, el escrito fue impreso y publicado en *Cristiandad*, en su número 269, de 1 de junio en 1955, y sería citado en las sucesivas redacciones de los estatutos de Schola Cordis Iesu.

«Pensamientos y ocurrencias» acompaña, pues, incluso cronológicamente, las etapas que señalan el nacimiento, la maduración y la fructificación de los grupos y tareas en que se plasmaría la ulterior presencia y actuación del carisma apostólico del padre Orlandis. El propio padre lo comunicaba en conversaciones personales como expresando la síntesis de la vocación y la tarea apostólica que se sentía llamado a inspirar y alentar en sus discípulos.

Lo primero que se puede advertir en su lectura es que versa total y únicamente sobre la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, en la que debían poner toda su confianza quienes se incorporasen a la agrupación que él presentaba:

«Estas almas por la luz que del cielo recibirían tendrían una comprensión íntima de la devoción genuina al Corazón de Jesús y de los designios que ha tenido Jesús al pedirla. Estas almas arderían en celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas y, conocedoras de la realidad, profundamente desengañadas de sus propias fuerzas y valer y también de

agradezco profundamente su fecunda labor apostólica. Agradecer al Señor la labor del padre Orlandis es para mí agradecer al Señor lo que Schola ha sido y es en mi vida.

En Schola he conocido que Dios me ama con un corazón humano, he conocido a mi madre María, a la paternal figura de san José. He conocido a santa Teresita y su caminito de Infancia espiritual... prácticamente todo. Pero no es sólo la dimensión espiritual de la persona, sino que para mí Schola va también muy ligado a todo lo «humano» en mi vida. De Schola es mi familia –padres y hermanos–, en Schola he vivido desde niña, de Schola son mis amigos... Schola me lo ha dado todo... ¡hasta un novio! y parece que, si Dios quiere, futuro marido.

Ni mi vida, ni la vida de mi familia, se parecería en nada a lo que es si no fuera por Schola, y eso se lo debemos al padre Orlandis. Por eso, comprendo que le debo personalmente mucho a este jesuita que murió hace cincuenta años.

Como creo en la comunicación que hay entre el Cielo y la tierra, además de dar gracias a Dios, muchas gracias a Dios, también quiero pedirle al padre Orlandis que interceda por nosotros, que siga trabajando por Schola (como no ha dejado de hacer en estos cincuenta años), para que seamos fieles al don recibido y trabajemos todos unidos, como una gran familia, por la extensión del Reinado del Sagrado Corazón de Jesús.

IMMA PETIT GRALLA



Santa Teresa del Niño Jesús

la eficacia de los medios semihumanos y ordinarios que nuestra pobre razón puede excogitar para hacer frente a las circunstancias y dificultades extraordinarias de nuestros tiempos, pondrían para su apostolado toda la confianza en el medio que el mismo Divino Redentor nos ha dado para vencerlas: la práctica y difusión y una sincera devoción al Sagrado Corazón de Jesús, según las normas y caminos que Jesús se ha dignado señalarnos».

«Lo nuestro es la devoción al Corazón de Jesús», decía, e insistía en advertir que el demonio «pasa por todo», con tal de que no nos entreguemos al servicio del Corazón de Jesús.

Los pensamientos y «ocurrencias» —expresión sutil y velada de algo no obtenido «por la raciocinación propia», sino «dado inmediatamente por Dios nuestro Señor»— son un llamamiento a la comprensión de lo que es, en el designio divino, una devoción sincera al Corazón de Jesús. Con este fin el padre Orlandis alude a tres etapas por las que se ha desarrollado providencialmente esta devoción.

La primera la marcan las revelaciones de Paray-le-Monial; la segunda, los escritos y las obras del padre Enrique Ramière; la tercera, la difusión de los escritos y la propagación de la devoción de Santa Teresita del Niño Jesús.

La primera etapa es la de Paray-le-Monial. Siempre, en sus escritos y en sus conferencias, hablaba de la devoción al Corazón de Jesús según el contenido de los escritos de santa Margarita María de Alacoque,

y se apoyaba en ellos no sólo para hacer comprender lo que entendía por devoción sincera al Corazón de Jesús, sino para alentar con las palabras de la Santa la esperanza del pueblo cristiano y piadoso del reinado de Cristo de justicia y caridad.

En las revelaciones de santa Margarita María de Alacoque y en el sentimiento de los fieles devotos del Corazón de Jesús, en la liturgia y en el magisterio pontificio, hallamos no sólo la petición de Jesús de una reparación y consuelo ante la ingratitud de los hombres que rehusan recibir los beneficios y gracias que anhela concederles, sino también el anuncio de una misteriosa promesa escatológica: en el designio divino, esta devoción es el camino por el que Dios se propone que colaboremos al cumplimiento de su verdadera profecía de que Él reinará en el mundo a pesar de sus enemigos, porque por esta nueva redención destruirá el imperio de Satanás y sobre las ruinas del mismo levantará el imperio de su amor.

La segunda etapa es la de la obra apostólica del padre Enrique Ramière; del «santo padre Ramière», anota, aludiendo al padre Gignhac, que había afirmado su convicción de que el gran apóstol del Corazón de Jesús había entrado directamente en el cielo sin pasar por el purgatorio.

Entre sus escritos enumera: *El Apostolado de la Oración, Las Esperanzas de la Iglesia, El Reinado social de Jesucristo, El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano*; entre sus obras, el Apostolado de la Oración, los *Mensajeros del Sagrado Corazón*, las consagraciones individuales y sociales al Sagrado Corazón de Jesús.

Desarrollando lo que se contenía en germen en santa Margarita María de Alacoque, lleno de celo y caridad verdadera, y sintiendo la impotencia de los esfuerzos humanos ante las dificultades de nuestro tiempo, el padre Ramière propone todo un sistema de ciencia espiritual y de sociología sobrenatural, que puede sintetizarse en dos principios:

*El Corazón de Jesús es el centro de toda la vida cristiana y espiritual por ser fuente de todas las gracias y dones que Dios hace al hombre y de todos los beneficios que le otorga para su *santificación y divinización*.

*El Corazón de Jesús es el principio único y divinamente eficaz de toda restauración y renovación social en el reinado de su amor.

Por esto, todo su esfuerzo se ordena a acercar a los hombres al Corazón de Cristo por la oración humilde y la consagración sincera; y esto no sólo como individuos sino como miembros de la familia y de la sociedad para que en ella reine Cristo.

Las promesas vinculadas a la devoción al Corazón de Jesús son para el padre Ramière, que ve el mundo abocado a una catástrofe humanamente in-

evitable, prenda segura de la futura espléndida restauración en el reinado del amor de Cristo.

El padre Orlandis subraya todavía dos cosas en la doctrina espiritual del padre Ramière: la relación inseparable entre la devoción al Corazón de Jesús y la devoción al Espíritu Santo, Gracia increada, Don infinito y primordial de Dios que recibimos en la justificación y en la santificación; la presencia de María en la realización de los planes salvadores de Dios, María, madre de Jesús y madre nuestra, medianera entre Dios y los hombres en la dispensación de la gracia.

Pero al hablar el padre Orlandis de la tercera etapa, encontramos la «ocurrencia» fundamental, la que orientó definitivamente su entera vida apostólica, su convicción de que el Amor misericordioso del Señor dio a la Iglesia a santa Teresita del Niño Jesús —el padre Orlandis la nombraba siempre así, con el dimi-

Jesús reine en nuestras almas. Muy queridos todos: con estas líneas quiero unirme al memorial del padre Orlandis que estáis celebrando.

Hablar del padre Orlandis es principalmente para mí hablar de Schola, la principal depositaria de su rico magisterio. En Schola, esa gran familia de familias en la que «nacé y crecí», recibí ese tesoro que como una pequeña semilla germinó y ha ido creciendo día a día en mi vida. Muy principalmente señalar el descubrimiento de los «tesoros escondidos» en el Corazón de Jesús y el deseo grande del establecimiento de su reinado en la sociedad y en todos los corazones (deseo que el Señor quiso señalar más al darme en el Carmelo el nombre de Cristo Rey, pues no lo escogí yo) y después, cómo no, la devoción a santa Teresita de la que el Señor sin merecerlo quiso hacerme hermana, y el descubrimiento de su mano del camino de infancia espiritual.

Se puede decir que todas estas enseñanzas junto con la valiosísima ayuda y ejemplo de mi familia fueron las que me condujeron a mi querido carmelo. Por todo esto junto con todos vosotros «Cantaré eternamente las Misericordias del Señor».

Quiero aprovechar estas líneas para enviaros a todos y cada uno mi recuerdo y mi oración en el que con tanto cariño estáis presentes. Os queda muy unida en los Corazones de Jesús, José y María esta pobre carmelita

CARMEN DE CRISTO REY, I.C.D.
Tiana (Barcelona)

nutivo que ella deseaba— como nueva y especialísima mensajera de su Corazón.

El padre Orlandis sintió que en santa Teresita dio el Señor a su Iglesia un mensaje capaz de llegar a «inteligencias débiles», a «espíritus anémicos y apocados» a las «almas pobres y débiles, miopes y enfermizas».

Invencible ante todas las tentaciones de rebeldía y soberbia por las que el humo de Satanás impregna la modernidad liberal, democrática y revolucionaria, el Amor paterno de Dios, expresado en el Corazón de Cristo, ha mostrado por santa Teresita, decía el padre Orlandis, la divina «democracia» por la que quiere que, de un modo especial en estos difíciles tiempos, *los pobres sean evangelizados*, y se anuncie que el Señor *vino a salvar a los pecadores*, y se proponga como camino único para entrar en el Reino de los cielos, el *hacerse como niños*.

El bondadoso Corazón de Jesús, «que invita a su banquete a los ciegos, cojos, etc., y les sana como médico divino», envía a Teresita, como mensajera de sus misericordias inefables, «a las almas débiles y *pequeñas* para que reciban aliento... luz y confianza los pobres enfermos de espíritu, tal vez menospreciados o desahuciados por sus maestros y médicos».

El padre Orlandis ve en santa Teresita del Niño Jesús «un reflejo viviente y sensible de la ternura del Corazón de Jesús con los pequeñuelos». En un párrafo que no admite ni requiere glosa ni comentario dice: «sus enseñanzas van propuestas con tan sencilla llaneza y claridad transparente, que no hay espíritu, por poca cosa que sea, que no pueda hallar allí su alimento acomodado, luz que le guíe y no le ciegue. Y así son incontables las almas, antes decaídas y acobardadas, que atraídas y alentadas por el atractivo celestial de la Santa y lo consolador de su doctrina, han cobrado alientos increíbles para subir por el ascensor de la humilde y suave confianza hasta la más elevada cumbre del amor de sacrificio; desde el humilde y sencillo sentimiento de su nada y de su impotencia, por el camino de la infancia espiritual, hasta la entrega eficaz, perfecta y absoluta de sí, al amor misericordioso de Dios».

Apoyados en este sentimiento de su nada y de su impotencia, que santa Teresita reconocía como una gracia mayor que todas las consolaciones y cansinas, entendía el padre Orlandis que los que se incorporasen a la *legión* de almas pequeñas no vacilarían en aceptar como principal medio de su propia santificación y también de su apostolado el cumplimiento de los encargos y peticiones que en las revelaciones de Paray hace el Sagrado Corazón, y que imitarían la manera de practicar y propagar santa Teresita el espíritu verdadero de la Devoción y de alentarse y esforzarse con sus promesas.

El contenido de «Pensamientos y ocurrencias»

mereció la aprobación plena y el elogio sin reservas del santo obispo Irurita. La profunda comunión de espíritu entre el padre Orlandis y el que pronto sería mártir de la fe cristiana se revela en el hecho de que, refiriéndose el doctor Irurita a la dirección del padre Orlandis a los socios de Schola, dijo a uno de ellos, Luis Creus Vidal, que dio testimonio de ello en el número 5 de *Cristiandad* (1 de junio de 1944, p. 4):

«Síganla –me insistió– sin titubeos. Cuanto ella les mande y recomiende hacer es el obispo de Barcelona quien lo manda y recomienda».

En el último párrafo de «Pensamientos y ocurrencias» hablaba el padre Orlandis finalmente de los contenidos, y del sentido y finalidad de la tarea formativa que sería, a lo largo de muchas décadas, objeto de su perseverante actividad hacia los socios de Schola Cordis Iesu:

«Comprender, humilde y amorosamente, con el padre Ramière, por qué el Corazón de Jesús es el centro del dogma cristiano y de la vida espiritual y por qué su devoción ha de ser la tabla de salvación en el diluvio de males que nos amenaza y ahoga. Sabrían que no es algo accidental, sino en absoluto esencial en nuestros días el invocar y rendir homenaje a Cristo como rey de las almas y de los pueblos; la trabazón íntima e indestructible entre la devoción a Cristo Rey y la devoción al Sagrado Corazón, etc., y otros puntos puestos en claro en los escritos del padre, y según estos conocimientos y convicciones más o me-

nos íntimas y profundas, según la capacidad de cada persona y la luz que el Señor le comunicare, determinarían sus miras e impulsarían su acción».

En estas últimas palabras encontramos descrita por anticipado la historia del magisterio que, en conferencias, que tendrían a partir de 1940, y hasta pocas semanas antes de su muerte en 1958 un ritmo semanal constante, y en muchas conversaciones y «clases particulares» de muy diversas materias, desarrollaría el padre Orlandis.

«En estas lecciones –escribió él mismo el 1 de abril de 1947– hubimos de tratar de todo: de historia, de filosofía, de sociología, de política, de teología, de Escritura. Con qué provecho, podránlo juzgar los lectores de *Cristiandad*. Cuando se me preguntaba qué me proponía en estas conferencias, solía yo contestar: mi intento no es otro sino el de formar celadores del Apostolado de la Oración».

Los frutos de su tarea formativa se hicieron visibles. En 1962, el entonces director nacional del Apostolado de la Oración padre Luis González hablando en Barcelona, calificó a Schola Cordis Iesu como «única en el mundo en cuanto a desarrollar en el plano cultural el ideal del Apostolado de la Oración». Y el padre Juan Bautista Janssens, prepósito general de la Compañía de Jesús, escribía, en ocasión del XXX aniversario de Schola en carta de 16 de mayo de 1955 a su presidente, Domingo Sanmartí Font:

«Les felicito... por el magnífico y sólido trabajo

A.M.D.G.

El padre Orlandis soñaba con «una legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del Amor Misericordioso de Dios, objeto de los deseos y de las esperanzas de santa Teresita del Niño Jesús», y para realizar esta inspiración del Espíritu Santo hizo que estas almas «centraran todo su apostolado en la práctica y difusión de una sincera devoción al Corazón de Jesús».

Creo que, por puro don de Dios, puedo contarme entre estas almas que han tenido la suerte de recibir, de un modo u otro, la influencia fecundísima de la vida y del magisterio del padre Orlandis.

Podría decir que mi propia vocación no tendría sentido sin Schola: por un lado la vocación a la enseñanza, que me viene directamente de ella; y por otro lado, de forma quizá más indirecta, la llamada del Corazón de Jesús a consagrarme a Él está profundamente enraizada en todo lo recibido en mi familia, que a su vez está empapado en el espíritu que anima a Schola. Y es que, como

dijo el padre Orlandis: «Dios no hace nada porque sí». Por todo este tesoro recibido, doy muchas gracias a Dios.

Estoy igualmente agradecida por poder vivir de la esperanza en que «esta devoción al Corazón de Jesús es el remedio social del mundo actual y que como consecuencia del triunfo de esta devoción ha de venir la época profetizada de paz y prosperidad en la Iglesia, coincidente con el Reinado Social de Jesucristo». Pido a Dios para que, según el deseo del padre Orlandis, «estas verdades, que pocas personas hallaríamos que las comprendieran con la evidencia que se nos presentan a nosotros, no sean para satisfacer nuestra curiosidad sino para que nuestra actuación sea en consecuencia». Unidos en la esperanza de la llegada del Reino de Cristo por la devoción a los Corazones de Jesús y de María.

Les encomiendo a todos.

MARÍA TERESA PÉREZ-MOSSO, O.N.S.
Valdemoro (Madrid)

realizado por ustedes en estos seis lustros. Al propagar las grandes enseñanzas que se encierran en la sólida devoción al Sagrado Corazón de Jesús y en los documentos pontificios para promover el reinado de Cristo en el mundo, estáis realizando un apostolado muy en consonancia con las necesidades de nuestra época».

Vivía el padre Orlandis él mismo su consigna *plura ut unum*: su teología de la historia, en su propio sistema y en el del padre Enrique Ramière, que veía como sustancialmente idénticos, y que entendía como algo opinable o discutible, se ordenaba al *optimismo nuclear* del que deberían participar todos los cristianos: «la esperanza de una realización del reinado de Cristo sobre la tierra con una perfección mayor que la que ha alcanzado hasta ahora».

Sentía con el padre Ramière, que hablaba de *esperanzas de la Iglesia*; y con san Luis María Grignon de Montfort, que hablaba de la venida de Cristo «como toda la Iglesia le espera, para reinar en todas partes».

Su convicción cierta en este punto, nutrida en el estudio de la Sagrada Escritura, especialmente de los textos de los Profetas, se integraba en el sentir del pueblo cristiano y en el magisterio pontificio ordinario, en el que reconocía no darse textos de carácter definitivo e infalible, pero cuya autenticidad y seriedad se le hacían patentes.

Recordaba con insistencia los textos de León XIII en la *Annum Sacrum*, al consagrar el género humano al Sagrado Corazón de Jesús en 11 de junio de 1899 –acto que ha sido recientemente recordado por Juan Pablo II desde Varsovia el día 11 de junio de 1999– y de Pío XI, que en la *Miserentissimus Redemptor* afirma que «al instituir la fiesta de Cristo Rey anticipamos las alegrías del día felicísimo en que el universo entero espontáneamente y de voluntad obedecerá al imperio suavísimo de Cristo Rey».

El padre Ramón Orlandis fue un verdadero *hombre de Iglesia*. Su comprensión de la devoción al Corazón de Jesús se integraba perfectamente con el espíritu del Apostolado de la Oración, que en sus estatutos de 28 de octubre de 1951, número 2, establecía:

«El Apostolado de la Oración considera la devoción al Sagrado Corazón como un medio que, según la mente de la Iglesia, responde de modo peculiar a las necesidades de nuestro tiempo, y prepara y promueve con fervor el advenimiento del Reino de Dios al mundo».

Sobre la realidad concreta e histórica de la misma devoción al Corazón de Jesús encontramos también una coincidencia muy decisiva entre la tarea del padre Orlandis y la actitud y espíritu del Apostolado de la Oración. Escribía en diciembre de 1950 su Dirección General:

«La moderna devoción de la Iglesia al Corazón

de Jesús está inseparablemente unida con Paray-le-Monial, y no puede entenderse, especialmente en su adecuación y trascendencia para nuestros tiempos, sin atender a las revelaciones a santa Margarita María de Alacoque.

«La devoción en que se pasaran en silencio estas revelaciones no sería ya la que la Iglesia nos propone en su liturgia y en los documentos pontificios».

Juan Pablo II en carta del 5 de octubre de 1986 al padre Kolvenbach, Prepósito de la Compañía de Jesús, en la capilla del entonces beato Claudio la Colombière, decía:

«Os pido que despleguéis todos los esfuerzos posibles para cumplir cada vez mejor el encargo que Cristo mismo os ha confiado: difundir el culto a su Corazón divino.

«Los abundantes frutos espirituales que ha producido son bien reconocidos. Expresándose sobre todo en la práctica de la Hora Santa, de la confesión y comunión en los primeros viernes de mes, ha servido para mover a generaciones de cristianos a orar más y a participar con más frecuencia en los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía. Se trata de caminos que es de desear se propongan también hoy a los fieles».

En el escrito «Pensamientos y ocurrencias» no son mencionados explícitamente dos nombres de importancia decisiva en la vida y en la tarea del padre Orlandis y de la sección por él fundada en el seno del Apostolado de la Oración: san Ignacio de Loyola y santo Tomás de Aquino.

No sería oportuno dejar de aludirlos aquí. Porque se dijo del padre Orlandis que era «hombre de tres libros»: los *Ejercicios*, de san Ignacio; la *Summa Theologica*, de santo Tomás y la *Historia de un alma*, de santa Teresita del Niño Jesús.

También en este punto nos encontramos con el criterio y la actitud de la búsqueda de la unidad. Veía él una continuidad profunda, sobre la que escribió en la revista *Manresa*, entre el sistema de teología espiritual del Doctor Angélico y el camino propuesto por san Ignacio en sus *Ejercicios espirituales*.

Es generalmente reconocida la continuidad entre la espiritualidad ignaciana y la devoción al Sagrado Corazón; y el padre Orlandis estudió intencionalmente el sentido de la meditación en la que «el llamamiento del Rey temporal ayuda a contemplar la vida del Rey eternal», para hacer patente la presencia del llamamiento del ejercitante al servicio de Cristo Rey del universo. No se puede olvidar tampoco que, en la vida de Schola Cordis Iesu, quiso que los *Ejercicios* de san Ignacio –que él mismo dio en varias ocasiones en retiros de diez días– tuvieran una función capital.

En cuanto a su magisterio tomista, lo ejercía en la perspectiva del reino de Cristo en las inteligencias y en la sociedad. Estando convencido de la fal-

ta de futuro de la escolástica suarista, advertía, no obstante, que «nos será más fácil colaborar con un suarista devoto del Corazón de Jesús que con un tomista que no lo sea».

Aquel magisterio tuvo como resultado aquello que, con la revista *Cristiandad*, ha sido lo más visible e internacionalmente reconocible de su tarea: lo que han llamado muchos la Escuela Tomista de Barcelona, que ha tenido como efecto el hecho, tal vez único, de más de medio siglo de presencia de profesores tomistas en una universidad civil.

Las líneas de fuerza de su apostolado, que pueden sugerirse con los nombres de santo Tomás de Aquino, san Ignacio de Loyola, el padre Enrique Ramière y santa Teresita del Niño Jesús, vienen a coincidir con las que fueron características del pontificado de Pío XI: la instauración del Reinado de Cristo como el único camino hacia la verdadera paz, la Paz de Cristo, y la esperanza en su Reinado por su Sagrado Corazón; el mostrar al mundo a santa Teresita del Niño Jesús como la estrella de su pontificado; la renovada aprobación y recomendación, realizada en encíclicas expresamente dedicadas a ello, del magisterio teológico y filosófico de santo Tomás de Aquino y del camino espiritual de san Ignacio de Loyola.

Reflexionando en una perspectiva global sobre estas actitudes y tareas del padre Orlandis, admiramos, con profundo agradecimiento a la divina Providencia, su perennidad y su fecundidad, y a la vez no sólo su sintonía con las líneas más centrales del magisterio pontificio, sino también el acierto de su discernimiento por el que, ante corrientes contrarias, parecía anticiparse a acontecimientos futuros. Podemos advertir como un signo de aquella sintonía algunos hechos que acaecieron ya después de su muerte en el año 1958:

Queridos hermanos y amigos en el Señor y en Nuestra Madre:

¡Si Cristo vive, vivimos nosotros también!

Por esto nos reunimos en señal de adoración y gratitud al Señor porque nos mostró su Corazón y el amor a su Iglesia, en Schola Cordis Iesu de la mano del padre Orlandis y de los que junto con él nos han mostrado y nos mostráis la anchura de su Corazón para que nos apoyemos y descansemos en Él.

Unidos en los Sagrados Corazones de Jesús y de María, recibid un fuerte abrazo.

FRAY RAMÓN MARÍA VALL-LLOSSERA
Monasterio de la Oliva (Navarra)

La canonización de san Claudio la Colombière, el testigo fiel del mensaje del Corazón de Jesús y primer destinatario de su «encargo suavísimo», de que habló Juan Pablo II en Paray en la ocasión antes citada, y que recordó nuevamente en audiencia al Apostolado de la Oración el día 1 de junio de 1992, al día siguiente de la canonización del Santo.

La beatificación de la religiosa del Buen Pastor María del Divino Corazón (Droste zu Vischering), la mensajera del Señor ante León XIII, la que le movió en nombre del Señor a realizar lo que el padre Enrique Ramière solicitaba de Pío IX.

La declaración como doctor de la Iglesia de santa Teresita del Niño Jesús, el carácter «doctoral» de cuya sabiduría afirmaba el padre Orlandis con decisión, según testimonio del padre Roberto Cayuela.

La ya inmediata beatificación de Jacinta y Francisco, los videntes de Fátima, que con sor Lucía recibieron de la Virgen María el llamamiento a la consagración del mundo a su Inmaculado Corazón.

El anuncio de la beatificación de Pío IX, el papa del Concilio Vaticano I, de la definición de la Concepción Inmaculada de María, de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en la liturgia, del patrocinio de san José sobre la Iglesia, querido y admirado por el padre Orlandis –como lo fue el papa san Pío X, cuya canonización vio como una milagrosa providencia de Dios para su Iglesia– como el gran defensor de la verdad católica y del orden cristiano en el *Syllabus* y en la definitiva encíclica *Quanta cura*.

Las enseñanzas del Concilio Vaticano II, para cuya comprensión nos preparó adecuadamente la tarea formativa del padre Orlandis; en especial sobre la naturaleza del apostolado de los laicos; la afirmación de que «queda íntegra la doctrina tradicional católica sobre el deber moral de los hombres y de las sociedades hacia la verdadera religión y la única Iglesia de Cristo», y la declaración de que «la Iglesia espera, junto con los Profetas y el Apóstol, el día, sólo de Dios conocido, en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz y le servirán como un solo hombre».

Finalmente, las doctrinas expresadas en el *Catecismo de la Iglesia católica*: «el Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, no ha llegado sin embargo a plenitud “con gran poder y gloria” con el advenimiento del Rey a la tierra»; y que hablan del glorioso advenimiento de Cristo como cumplimiento de la esperanza de Israel; a la vez que precisan, aludiendo al «Misterio de iniquidad», impostura religiosa que culminará en el Anticristo, que «el Reino no se realizará mediante un triunfo histórico de la Iglesia, en forma de un proceso creciente, sino por la victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal, que hará descender desde el Cielo a su Esposa».

El padre Ramón Orlandis, el maestro que se hizo niño

GERARDO MANRESA

DURANTE la celebración de la memoria del 50^a aniversario de la muerte del padre Orlandis, viendo la cantidad de personas que acudieron, las cartas recibidas con la adhesión de personas que no podían asistir, desde varias provincias españolas y varios países del extranjero, me puse a repasar la vida del padre Orlandis, que había leído en diversos artículos de la revista y trayendo a la memoria los recuerdos de mi padre, discípulo suyo también, pensando en qué debía tener el padre Orlandis para haber creado una «escuela» que dure, no ya cincuenta años, sino que, por las perspectivas que se ven, parece que lo hará muchos más años.

Si se observa en los documentos que quedan en el colegio de los padres jesuitas de Valencia, sobre el padre Orlandis vemos que, ya desde pequeño, no fue un alumno vulgar. Destacó especialmente en retórica, lenguas, filosofía y, aunque él mismo dice que las matemáticas no le iban bien, en 1892 fue príncipe perpetuo¹ en matemáticas. Pero claramente hay que decir que destacó principalmente en las asignaturas de humanidades. Las lenguas latina y griega las dominaba de tal manera que a los quince o dieciséis ya componía versos en estas lenguas.

En 1892 ingresa en la Universidad de Deusto y en tres años consigue hacer dos carreras, derecho y filosofía y letras, y el doctorado de la segunda de ellas, cuando lo normal era hacerlo en seis años. En todas las asignaturas de ambas carreras obtuvo la calificación de sobresaliente.

Durante esta época de estudiante, en los veranos, en su Mallorca natal cultiva su cualidad poética en las tertulias literarias de tal forma que personalidades como mosén Costa i Llobera, mosén Alcover, no dudan en recomendarlo, como persona de gran valía literaria a Rubió i Lluch.

En 1895 ingresa en la Compañía de Jesús en el Monasterio de Veruela. Pasados los dos años de noviciado, como persona ya formada en humanidades es elegido para dar clase a sus compañeros de juniorado.² Daba clases de latín superior, griego, historia antigua, retórica y poética. El encargo de todas estas clases al hermano Orlandis representaba

que sus superiores reconocían en él un talento extraordinario. El método de enseñanza que utilizaba el hermano Orlandis no era el habitual, por ejemplo en griego para conseguir que sus compañeros llegaran antes al perfecto conocimiento del idioma les componía sáficas griegas y llegó a componer una nueva gramática, que tuvo tanto éxito en mejorar el griego de sus compañeros, que la compañía de Jesús lo adoptó en lo sucesivo. El eminente escritor padre Bover no se recataba en decir que «vivía de la formación (humanística) recibida del Hno. Orlandis». «Era una delicia aprender griego con el padre Orlandis», decía otro alumno suyo, el padre Cayuela.

Pasó luego a estudiar la teología y Sagrada Escritura con los mismos resultados que los otros estudios. Sin duda fue uno de los alumnos más brillantes de la Compañía de Jesús de aquellos años. En 1908 fue ordenado sacerdote y en 1910 hizo la profesión solemne, después de la tercera probación. Lógicamente una vez completada su formación y hechos los votos perpetuos, sus superiores lo dedicaron para ser maestro de nuevos jóvenes.

Pero no se quedaba sólo en el latín o el griego el hermano Orlandis. Como dice el padre Cayuela, «vio también que la preceptiva literaria (de la Compañía de Jesús), en la teoría del estilo y en los fines y medios de los géneros literarios, debía cimentarse en una sólida y recta doctrina estética, que teniendo sus raíces en la metafísica y en la psicología de la filosofía perenne, y concretamente en la doctrina de santo Tomás, no se perdiese en las nebulosidades de la estética racionalista y panteísta, sino que fuese todo conforme a las leyes de la naturaleza humana y fuese iluminada y dirigida por la luz de la Revelación divina, enseñada por el magisterio de la Iglesia Católica». Cuarenta y cinco años más tarde, escribía el padre Cayuela: «Me parece que aún estoy asistiendo a sus clases de estética».

La labor del padre Orlandis no acabó aquí, sino que sus superiores, viendo su capacidad de «maestro de letras humanas» lo tomaron para formar a los mismos maestros de la Compañía, de tal forma que seleccionaron algunos jesuitas aventajados y «los tomó por su cuenta y los formó con singularísimo esmero», dice el padre Cayuela.

Después de esta época sus superiores le dieron cátedras de teología en diversos aspectos, dogmática, de los sacramentos, moral. Durante esta época

1. En las dignidades que cada trimestre se celebraban en los colegios de los jesuitas, príncipe era la máxima dignidad.

2. Juniorado: cursos que hacían los hermanos jesuitas después del noviciado, en los que aprendían humanidades.

estudia hebreo, da también clase de Sagrada Escritura y, junto con su sobrino, el padre Juan Rovira, S.I.,³ profundizan en la teología de la historia, que permitirá a éste hacer una gran obra sobre esta materia: *De consummatione Regni messianici in terris seu De Regno Christi in terris consummato*.

En este momento ocurrieron dos hechos que permitieron que la labor del padre Orlandis tuviera una fecundidad que nunca hubiera podido imaginar.

El primer hecho es que en 1921, el padre Orlandis es retirado de toda labor formativa en los colegios mayores de los jesuitas y es trasladado a la residencia de los de la calle Caspe, donde es designado director del Apostolado de la Oración. Con total espíritu de obediencia aceptó esta decisión. Parecería como si este traslado fuera a ser su fin como «maestro», quizás alguno así lo pretendiera, pero el carisma del padre Orlandis se extendería mucho más en este nuevo campo.

El padre Orlandis se convirtió, si no lo era ya, en un apóstol de la devoción al Sagrado Corazón. El padre Orlandis estaba convencido de que la devoción al Corazón de Jesús era el motor que haría que la misericordia de Dios se derramara sobre los hombres y así hacer renacer la esperanza en una sociedad en que Cristo fuera Rey. Con esta idea-fuerza el padre Orlandis se puso a trabajar en el Apostolado de la Oración, adonde le llegaban jóvenes desde la Congregación mariana.

También el confesionario de la iglesia de los padres jesuitas de Caspe fue una fuente de apostolado del Padre. Como dice el padre Cayuela, en el confesionario, «un amplísimo sector de la sociedad barcelonesa acudió a su dirección espiritual en las largas horas que pasaba en el confesionario; y como no era hombre para tomar las cosas de pasada y por cumplir lo estrictamente preciso, sino de grandes aspiraciones en todo lo que veía ser manifiesta voluntad de Dios, ponía alma y vida en la dirección de las almas, en formar bien las conciencias y llevar las almas por las sendas de la imitación de Cristo y menosprecio del mundo y auténtica santidad en cualquier estado de vida.»

En el Apostolado de la Oración la labor del padre Orlandis fue, como ya hemos dicho, mucho mayor. Creó Schola Cordis Iesu, para formar celadores del Apostolado de la Oración, y en ella, al llevar a las personas a la profundización de la devoción al Corazón de Jesús, al tiempo que les daba una profunda vida espiritual asentada en esta devoción, como él no era persona de cosas medias, les hacía ver que el Reinado social del Sagrado Corazón lo impregnaba

todo y que todo debía ser visto desde la óptica de Dios y así, al igual que lo hiciera en su época de formador de sus hermanos jesuitas, lo hacía ahora con las personas que llegaban a Schola; y así se fueron formando jóvenes que llegarían a ser catedráticos de temas tan diversos como Filosofía y Letras, Derecho o Ingeniería, incluso creando en la Universidad de Barcelona una «dinastía» de catedráticos, que han permitido que durante cincuenta años, en dicha Universidad la doctrina de santo Tomás haya sido la filosofía que se enseñara, como en los siglos medievales. También, aunque no dedicados al campo de la enseñanza, muchas personas han podido también trasladar esta formación a sus vidas profesionales y/o particulares con muchísimo fruto. Porque para el padre Orlandis todos los campos eran útiles para cristianizar.

Como ya se ha dicho, en el campo de la espiritualidad personal era también el padre Orlandis una persona extraordinaria y así en la predicación de los Ejercicios Espirituales nunca se separaba del criterio de san Ignacio, pero siempre profundizaba más en las meditaciones. El padre Múnera, S.I. lo llegaba a comparar con el padre la Palma.

El segundo hecho fue que por aquellos mismos años, entre 1920-1921, un discípulo suyo, el padre Massana, S. I., le regaló al padre Orlandis un libro de la vida de una monjita, que se llamaba *Historia de un alma*. Al primer momento el padre Orlandis, decía él, que lo dejó en su habitación pensando que sería «como otras vidas de santos». A los pocos días empezó a leerlo. Y como todos sabemos el resultado fue, que toda su vida estuvo impregnada de la espiritualidad que manaba de aquel libro.

El «maestro» padre Orlandis, «formador de maestros» de la Compañía de Jesús, hombre de una formación humana, en literatura, estética, filosofía, historia y lenguas, latina, griega y hebrea, y en muchos temas de teología y Sagrada Escritura, muy superior a todos sus contemporáneos, según comentaban algunos de sus compañeros jesuitas, se veía «aleccionado» por una monjita de veinticuatro años que apenas había ido al colegio cuatro años. Y el padre Orlandis vio que este era el «caminito» más directo para todo aquello a lo que él aspiraba. Todo lo sometió a este «caminito»: todos sus conocimientos, todos sus métodos y enseñanzas debían readaptarse a este «caminito». Dice el mismo padre Orlandis de la santita: «Sus enseñanzas van propuestas con tan sencilla llaneza y claridad transparente, que no hay espíritu, por poca cosa que sea, que no pueda hallar allí su alimento acomodado, luz que le guíe y no le ciegue. Y así son incontables las almas, antes decaídas y acobardadas, que atraídas y alentadas por el atractivo celestial de la Santa y lo consolador de su doctrina, han cobrado alientos increíbles, para subir

3. El padre Juan Rovira, S.I., murió mártir en la Guerra Civil en 1936.

por el ascensor de la humilde y suave confianza hasta la más elevada cumbre del amor de sacrificio; desde el humilde y sencillo sentimiento de su nada y de su impotencia, por el camino de la infancia espiritual, sembrado de rosas con espinas hasta la entrega eficaz, perfecta y absoluta de sí al Amor Misericordioso de Dios».

El padre Orlandis creía aquello que decía santa Teresita: «vale más un acto de puro amor hacia Dios que toda la Creación». Y así el padre Orlandis, no sólo no dejó de trabajar en conocer y propagar el reino de Cristo entre sus dirigidos, sino que lo intensificó si cabe, pero estaba tan convencido de que la infancia espiritual era el «caminito» más directo para alcanzar al Amor, que enseñó a vivirlo y él procuró hacerlo todo el resto de su vida. Era la máxima expresión del Amor del Sagrado Corazón: el abandono en sus brazos.

El padre Orlandis se hizo aún más pequeño, ya que físicamente ya lo era, pero su sencillez enamoraba los corazones de los que le trataban. Tenía una sencillez tal que parecía un niño y se le notaba disfrutar igual tratando cosas insignificantes con niños, en el colegio de Schola, que él había fundado, o con personas muy sencillas a quienes les hacía de maestro y los transformaba en maestros, como explicando la filosofía de santo Tomás de Aquino o dando

Ejercicios Espirituales de san Ignacio o enseñando la teología de la historia.

Todos los que lo oyeron hablar en conferencias decían que no era un gran orador, escribía poco, pues no hay muchas cosas escritas por él. Pues, ¿dónde estaba la fuerza que atraía a los discípulos? En primer lugar en la atracción de la idea-fuerza de Cristo Rey, en la que él creía como nadie, en segundo lugar en la fuerza de su palabra que aunque expresada poco elocuentemente llegaba al corazón, y la tercera en su sencillez y en la forma en que enseñaba. El maestro se hacía pequeño para que el discípulo fuera el que trabajase, no admitía en sus discípulos la vanidad, ni la curiosidad, ni la pereza, pero los quería, sobre todo y ante todo, de la legión de almas pequeñas de santa Teresita. Decía el mismo padre Orlandis que, en Schola Cordis Iesu, era más importante santa Teresita del Niño Jesús que el padre Ramière, el promotor del Reinado social de Jesucristo.

Y éste es el principal atractivo de la maestría del padre Orlandis y de Schola Cordis Iesu, y la primera meta que hemos de conservar los que nos consideramos sus discípulos: *ser de la legión de almas pequeñas víctimas del Amor misericordioso*. Sólo así podremos conseguir que Schola Cordis Iesu pueda proseguir su labor apostólica.

Personas pertenecientes a Schola Cordis Iesu que conocieron y trataron al padre Orlandis quedan Francisco Canals, Francisco Gomis, José M.^a Fondevila, Teresa Lamarca, José M.^a Minoves y alguna persona más que de la que pueda haberme olvidado. Excepto Teresa, todos tienen la fortuna de gozar de una edad que el Antiguo Testamento bendecía y alababa. La mayoría de las actuales personas mayores de Schola, nacieron en los años cuarenta y no conocieron personalmente al padre Orlandis. Conectaron y se incardinaron en Schola a través del magisterio de Francisco Canals. CRISTIANDAD al encargarme estas breves líneas sobre el padre Orlandis atiende a un caso en cierto modo único pues estoy entre ambas generaciones y posiblemente soy el único miembro de Schola activo de esta época. Nací poco antes de la guerra civil, pero tuve la suerte de conocer al padre Orlandis desde niño. Mi padre formaba parte del grupo de Schola anterior a la guerra. La familia de mi madre tenía también relación con el padre Orlandis. Por todo ello éste me vio, como quien dice, nacer y acabada la guerra en junio de 1940 me dio la primera comunión en la capilla de Schola Cordis Iesu en la calle Lauria.

A los quince años, cuando cursaba en los jesuitas de San Ignacio sexto curso del antiguo bachillerato empecé a acudir a las conferencias que daba el padre Orlandis el lunes a las 8 de la tarde en el viejo local de la calle Lauria. Asistía bastante gente que escuchaban con respeto e interés. Se percibía el gran prestigio del padre Orlandis. Era el único de mi edad y posteriormente un estudiante de medicina llamado Enrique Lience. Las personas más cercanas en edad eran Pablo López, y algún otro que iba con él. Recuerdo que el tema de aquel primer año fue el «Interim de Ausburgo».

Al acabar el colegio y empezar los estudios en la Universidad continué yendo a las conferencias de los lunes mientras duraron y, además, iba alguna vez a Schola, preferentemente en verano. Veía y hablaba alguna vez con el padre Orlandis y con Pablo López y con algún otro joven, y teníamos alguna charla con Jaime Bofill, catedrático de metafísica, pero sin periodicidad. En el verano de 1954, hice en Viladrau una tanda de Ejercicios Espirituales con el padre Orlandis, en la que recuerdo a Francisco Canals, Eugenio Vegas Latapié, Tomás Lamarca, Ignacio M.^a Serra Goday y otros. Yo era el único joven universita-

rio, pues tenía 19 años. Acabé la carrera y perdí el contacto con Schola y el padre Orlandis, que murió en 1958.

A pesar de que han transcurrido casi sesenta años podría repetir muchísimas de las cosas que dijo el Padre en aquellas conferencias. Recuerdo, por ejemplo, oírle decir referente a aquel agitado periodo de la reforma protestante del siglo XVI, en que se rompió la Cristiandad occidental, que, al igual que en toda la historia de la Iglesia, los males provenían de las actitudes acomodaticias y apaciguadoras con el mundo, lo que en aquellas fechas representaba el «Interim de Ausburgo», y, por el contrario, todos los bienes habían llegado a la Iglesia de actitudes firmes y sobrenaturales que en aquella época había representado el Concilio de Trento.

No volví a Schola hasta 1990, cuando me enteré por Paco Gomis que no había desaparecido, como siempre creí durante más de treinta años.

El padre Orlandis era una persona sin el menor asomo de afectación ni pedantería, pero que imponía un respeto, a mí y a todos, muy por encima del respeto ordinario que se tiene por una persona de su edad y su condición sacerdotal. Quizá ésta es la primera impresión que producía el padre Orlandis. Era algo brusco e impaciente, pero afectuoso y además demostraba que no le eras indiferente. No tenía nada del simpático profesional, que te trata muy bien pero te olvida al despedirte. Escribía poco con excelente estilo. Es una pena. Por el contrario, su magisterio fue casi siempre oral, y sin embargo no era orador, aunque tenía a la gente pendiente de sus palabras. Nunca había en ellas ni paja ni fuegos artificiales ni ningún tipo de exhibición. Era persona indudablemente piadosa, aunque sin demasiada apariencia. Sobre este particular le recuerdo explicar lo que en realidad debía de ser un dicho de sacristía, que entonces abundaban, pero que tenía algo de apropiación personal. Decía que los curas jóvenes parecen santos y no lo son; los maduros ni lo parecen ni lo son y los viejos no lo parecen y lo son.

La influencia del padre Orlandis en mí fue muy importante. Probablemente, ni él se enteró, ni entonces yo mismo tampoco. No puedo decir, como Canals, que el padre Orlandis fue mi maestro. No estuve con él el tiempo suficiente para ello ni tampoco determinó el hacer y devenir de mi vida. Pero ahora, mucho más que en vida del padre Orlandis, me doy cuenta, que las cosas que le oí decir quedaron impresas en mí con tal fuerza que en cierto modo, pude vivir de ellas durante trein-

ta años, sin que nadie me las repitiera, antes al contrario, en un ambiente en el que parecía que habían sido arrancadas. No olvidemos que el padre Orlandis muere en 1958; en octubre de aquel mismo año, muere Pío XII. Pocos años después se celebró el Concilio Vaticano II al que siguió el borrascoso postconcilio. En 1970, el papa Pablo VI dice que el humo de Satanás está dentro de la Iglesia. No es el momento de ponderar lo que ha sido y lo que se ha escrito en estos años y, sin embargo, la visión de las cosas que el padre Orlandis puso en mi alma en mis años juveniles pudieron enfriarse por la falta de cualquier contacto afín, durante más de treinta años, pero permanecieron en lo más nuclear de mi pensamiento y de mi ser.

El padre Suñer, en la homilía de la misa del día del «memorial Orlandis», resumió acertadamente las tres principales notas de la vida y magisterio del padre Orlandis: seriedad, sobrenaturalidad y cristiandad. Los que hemos sido influenciados por el padre Orlandis, tenemos el «ideal» de estas tres notas e intentamos acercarnos a ellas. La «seriedad» nos permite distinguir, en las personas y en los mensajes de todo tipo que nos llegan, la verdad y la profundidad de la vanagloria, la pedantería y la superficialidad, por desgracia tan frecuentes en los medios intelectuales y mediáticos. La «sobrenaturalidad» nos enseña a intentar mirarlo, vivirlo y juzgarlo todo (no es fácil) «sobrenaturalmente»; y, por último, la «cristiandad» y su consecuencia antiliberal proporcionan la inmunidad para evitar ser víctima de la moda y el espíritu del siglo. Chesterton decía en una de sus frases geniales que «sólo la Iglesia católica puede salvar al hombre de la destructora y humillante esclavitud de ser hijo de su tiempo». La moda suele ser lo peor de una época y lo más difícil de resistir. En la escuela del padre Orlandis se aprendía a hacerlo.

Una consideración final. El padre Orlandis tuvo una vida muy larga, llena de buenas obras. Schola era sin duda la obra por la que más trabajó, en el último tercio de su vida. Al morir el Padre, no parecía destinada a una larga vida. Cincuenta años después ha dado un fruto espiritual patente. El Sagrado Corazón prometió a los jesuitas que obtendrían fruto superior al esperado en su misión de propagar la devoción *-culto*, gustaba decir Pío XII-, al Sagrado Corazón de Jesús, «*ultra quam speraverint*». El padre Orlandis es prueba de ello.

JOSÉ-ORIO ANGUEIRA DE SOJO

CONTRAPORTADA

«¡Sed testigos de la misericordia!»

Hoy, en este santuario, quiero *consagrar solemnemente el mundo a la Misericordia divina*. Lo hago con el deseo ardiente de que el mensaje del amor misericordioso de Dios, proclamado aquí a través de santa Faustina, *llegue a todos los habitantes de la tierra* y llene su corazón de esperanza. Que este mensaje se difunda desde este lugar a toda nuestra amada patria y al mundo. Ojalá se cumpla la firme promesa del Señor Jesús: de aquí debe salir «la chispa que preparará al mundo para su última venida» (cf. *Diario*, 1732, ed. it., p. 568). Es preciso encender esta chispa de la gracia de Dios. Es preciso transmitir al mundo este fuego de la misericordia. *En la misericordia de Dios el mundo encontrará la paz, y el hombre, la felicidad*. Os encomiendo esta tarea a vosotros, amadísimos hermanos y hermanas, a la Iglesia que está en Cracovia y en Polonia, y a todos los devotos de la Misericordia divina que vengan de Polonia y del mundo entero. *¡Sed testigos de la misericordia!*

Dios, Padre misericordioso, que has revelado tu amor en tu Hijo Jesucristo y lo has derramado sobre nosotros en el Espíritu Santo, Consolador, te encomendamos hoy el destino del mundo y de todo hombre.

Inclínate hacia nosotros, pecadores; sana nuestra debilidad; derrota todo mal; haz que todos los habitantes de la tierra experimenten tu misericordia, para que en ti, Dios uno y trino, encuentren siempre la fuente de la esperanza.

Padre eterno, por la dolorosa pasión y resurrección de tu Hijo, ten misericordia de nosotros y del mundo entero. Amén.

Juan Pablo II, Santuario de la Misericordia Divina
(Cracovia)
17 de agosto de 2002